RODOLFO BENAVIDES
TORBELLINO DE SOMBRAS
DIARIO DE UN MORIBUNDO

Tienes en la mano, lector, el diario
cierto de un moribundo que habla con
la sinceridad del que de la vida nada
teme, porque de ella nada espera.

I
DIARIO DE UN MORIBUNDO

...Y mis pasos me llevaron a la fundición, donde el hombre doma al hierro, para convertirlo en mudo e incansable siervo.

Vi el torrente de fuego de donde se desprenden miríadas de estrellas, formando minúsculas constelaciones. Observé el suave, cadencioso movimiento de la pesada y gigantesca grúa que traslada con pasmosa facilidad, continentes de hierro líquido, que luego vacía en moldes de donde saldrán los lingotes, moles de acero que algún día serán estirados para hacer láminas, alambres, estructuras e instrumentos.

He visto a los hombres, pigmeos, con medio cuerpo desnudo que se hace a los colores que se desprenden del fuego. Pigmeos que en la lucha desigual y persistente, van enseñando a la naturaleza, que sobre la Tierra, el amo lo es el hombre.

Todas las batallas antiguas y modernas de hombres contra hombres, son nada frente a la perenne batalla del hombre del hombre contra la naturaleza. En las primeras, ha sido menester embrutecer los sentimientos, exaltar la vanidad, educar el egoísmo, caer en la barbarie y hundir al espíritu en el cieno. En las segundas, ha imperado la inteligencia y el brillo del espíritu. En las primeras el hombre se empequeñece porque el espíritu huye. En las segundas se agiganta porque el espíritu está presente.

Entre el humo de la pólvora, pestilente a infierno, van las almas de los hombres que murieron odiando, maldiciendo y matando. Entre el humo de los altos hornos donde se forja el hierro, va la conciencia del trabajo, va la música ejecutada por las máquinas, que se mueven a ritmo de concierto, en su intento de producir lo que al hombre hace falta para ser feliz.

Es necesaria alma de artista, para sentir la música que del torno en movimiento se desprende, para admirar la belleza de la máquina vestida con vapor de agua y la chimenea que al cielo manda el humo. Y disfruté de tal belleza. Y rendí culto al trabajo, hasta que llegó el día marcado en mi destino, para que un barandal cediera a mi peso y mi cuerpo se precipitara en el vacío. Suerte tuve al no caer en el torrente de fuego o sobre los lingotes rígidos e inertes. Se rompieron piezas vitales de mi cuerpo que entró en dolorosa parálisis perpetua.

A partir de entonces, me acompaña la miseria. Todavía la sociedad no ha reglamentado que un hombre tiene derecho a la vida por el hecho de haber nacido hombre. Ni se entiende tampoco, que no es héroe quien muere dando la muerte, mientras que lo es quien muere trabajando.

La parálisis, es ahora, después de meses de sufrimiento inenarrable, sólo parcial, pues tengo inútiles las piernas, razón que me obliga a vivir en el viejo y sucio camastro, casi solitario, en el interior del oscuro cuarto de construcción antigua, en el que me acompañan las arañas y los ratones. Una puerta desvencijada está en la pared de mi cabecera, a mi derecha.

En la pared opuesta hay una ventana apolillada, con trozos de tela vieja, amarillenta, donde se han roto los cristales. Esa ventana es muy importante en mi presente y siempre, o casi siempre, está abierta, porque no tengo sirvientes que obedezcan mis órdenes. Por ella entra la poca luz, puesto que lo impide el gigantesco y moderno edificio de enfrente que, con su peso, va cuarteando mi habitación.

En el exterior, a un lado, a la altura de mi ventana, está la azotea donde las vecinas tienden su ropa. Este es todo mi mundo actual, en el que minuto a minuto va declinando mi vida, tan próxima a su fin, que varias veces he creído llegado el momento de trascender esta existencia.

No soy un pordiosero a media calle, y gozo del lecho y la habitación, por el favor de personas casi tan pobres como yo, y que, además, no reclaman recompensa. ¿Qué de importante podría decirse de un hombre que vive como vivo yo? ¿Será interesante mi diario cuando soy sólo un moribundo? Si es o no importante lo mío, juzgue el lector. Más difícil le será entender lo que adelante digo, si no empieza por despojarse de prejuicios, tratando de ser sincero consigo mismo. Quien voluntariamente se encadena al prejuicio, a las sombras y al pasado, es simplemente un ser esclavo. Quien ama la libertad, busca que ésta empiece en su conciencia, por eso brega en pos de la luz ignorando las cadenas. Este libro así fue escrito; sin cadenas.

II
UN GATO

Hoy he llorado toda la tarde, oí la llamada al rosario cuando el llanto me sacudía. La anciana vecina que sin ninguna obligación ni recompensa atiende a mis necesidades, silenciosa, me trajo una taza de té caliente. Yo seguí llorando. Es la alta noche, y siguen mis lágrimas en mis ojos e intenso dolor en el alma. Lloro, porque he perdido un fiel compañero, quizá el único que en esta vida me ha comprendido.

La historia empezó meses atrás, en una tarde como ésta. También entonces, las campanas de la capilla cercana llamaban al Rosario, cuando un gato, maravillosamente saltó de la azotea vecina a mi ventana, y de ahí, tímidamente, maullando interrogante, se acercó a mi cama.

Le ofrecí migajas de mi pan; pero desconfiado saltó a la ventana y allí estuvo por largas horas, a veces observándome. Al fin se fue.

Al día siguiente volvió con más confianza y comió las migajas en mi mano, luego se fue. Volvió un día y otro, hasta que saltó a mi cama, restregó su cabeza contra mi mano, caminó hasta olfatear mi cara y buscando acomodo, con la cabeza sobre mi hombro, durmió por largas horas mientras yo acariciaba su largo pelo blanco.

Por la noche se iba a ratos, para regresar en la madrugada. Me maullaba saludando, me besaba las manos, me olfateaba en el rostro, recorría toda la cama, y al fin buscaba acomodo poniendo la cabeza sobre mi hombro. Nuestra mutua confianza fue grande. El buscaba mis manos. Yo buscaba su pelo blanco. Y le hablaba, y él me entendía, y le hacía bromas y él se regocijaba. Al verme contento saltaba de mi cama al suelo, corría desbocado por toda la habitación, saltaba a la ventana, y de ella al suelo, mordía las deshilachaduchas de los cobertores de mi cama, y volvía a subir para buscar mis manos.

No le puse nombre; era simplemente mi amigo, un amigo sincero que no iba por comida, puesto que muy poco podía darle. Cuando las dolencias en mi cuerpo me atormentaban, él comprendía; y entonces no jugaba,

simplemente se enroscaba en los pies de mi cama, dormitando, observándome. Es increíble hasta qué grado el hombre puede querer a un animal, y hasta dónde un animal puede amar al hombre.
En un principio, la anciana que me atiende, se enfadó y lo hizo huir; pero luego ella se acostumbró a verlo cerca de mí, acabando por llevarle un poco de leche que él rara vez tomó.
En la época de lluvias sus visitas nunca fallaron. Llegaba mojado; pero llegaba, con su maullar alegre que me alegraba. Dejaba que le alisara el pelo, que se lo secara, y luego buscaba mi hombro para poner su cabeza que yo, por horas y horas, por días y meses acaricié.
Soy un ser sin fortuna, seré un cadáver sin deudos; pero antes, al menos tenía un compañero con quien monologar.
Hace tres noches recibí el aviso de la tragedia. Soñé que mi amigo moría y, que yo lo veía tapado con una toalla, sólo con la cabeza descubierta. Lloré intensamente en sueños, no queriendo creer en tanta desgracia. Desperté sobresaltado y así seguí el resto de la madrugada, hasta que mi amigo llegó con su maullido alegre. Se disiparon de momento mis temores, aunque ya había penetrado en mi ser la duda, que creció ayer porque no vino mi fiel compañero, y llegó a su límite máximo hoy que tampoco vino.
Por la tarde oí en el pasillo, fuera de mi puerta, los pasos de la anciana. A lo lejos las campanas llamaban al rosario; aquí cerca, las ratas que hace tiempo habían huido.
Se abrió la puerta; y sin palabras, la anciana puso en mi cama a mi querido amigo el gato, envuelto en una toalla, y aunque no lo he querido creer, sé que está muerto. Tengo horas de estarle acariciando la cabeza, mientras que siento pánico en el alma al saber que vendrán por él mañana. El, al menos, ha tenido un doliente.
Me pregunto si el alma de los animales obedece también a un destino, pues, ¿cómo es que vino a aliviar mis horas amargas, y cómo es que me anticipé a si fin repentino?
He palpado todo su cuerpo; no tiene heridas, no hay huellas de sangre. Se ha quedado con los ojos entreabiertos como cuando me espiaba. Tiene la boca lo mismo que cuando ronroneaba; pero ya no se mueve, ya no trata de quitarme la pluma de la mano, ya no ve que las líneas no son hilos, ya no mancha ni desparpaja mis papeles, porque ahora, está muerto mi gato.
¡Ha huido de la vida como yo he querido hacer tantas veces!
¿Por qué, Dios mío, un hombre vive indiferente frente a la muerte de sus semejantes, mientras que, como ahora me sucede, se le desgarra el alma por la muerte de un gato?

III
SILLA DE RUEDAS

Te he visto sentada en una silla de ruedas, mirando al horizonte del mar que se diluye en las nubes y en el cielo. He visto tus ojos azules y tu pelo de oro agitado por el viento salobre. He visto que aquella corta vida te fue un martirio, pues de la cuna pasaste a la silla de ruedas que 12 años acarició tu cuerpo; luego, emprendiste el vuelo.
-¿Quién eres tú que así he visto, niña del ayer lejano? ¿Quién fuiste antes y quién después?
Te amé entonces como a una hija, me dolió tu sufrir; pero dime si estás cerca de mí; ¿para qué viene ese recuerdo? ¿Eres espíritu o vives en la

materia? ¿Quién eres de los que vivos se acercan o de los muertos que han venido hasta mí?

IV
NIÑA

Acompañando a la anciana, viene con frecuencia una niña que nunca habla y rara vez da más de un paso dentro de mi puerta, desde donde sólo hace mirarme y más mirarme. He sorprendido en sus grandes ojos la sorpresa, el dolor, la compasión y, sobre todo, la interrogación. A veces he creído que intenta penetrar en mi pensamiento, en mi YO interno. No es una niña rica, sino una harapienta chiquilla de vecindad, casi siempre sucia y desgreñada.

No ha necesitado nunca hablar, para que yo sepa que se acerca a mi buhardilla. A veces oigo sus pasos menuditos en la escalera de madera, otras no los oigo, sin embargo, sé que llega.

Nunca se acercó bastante para dejar que la acariciara. Yo quería saber de su pasado, y finalmente, hoy, al oír sus pasos afuera de mi puerta, he descubierto el misterio: la he visto anciana y andrajosa; yo, entonces, siendo su hijo, era pescador. La humilde residencia nuestra estaba en una isla árida, cubierta de lava volcánica. Cerca de un cráter se elevaba espesa columna de humo.

Para mí, el mundo se ampliaba a las islas cercanas. Para ella, aquel era todo su mundo y hubiera querido que yo fuera el rey. Sí, sus aspiraciones fueron grandes; pero murió sin verlas realizadas, pues en esa tierra deshabitada e inhóspita, empecé a ser alguien, después de muerta ella. y. ¡oh! Misterio de la vida, he aquí que varios siglos más tarde, de nuevo nos encontramos en la carne, y en la Tierra.

Ella, aunque leyera esto, no lo comprendería, como no comprende su tristeza cuando ve que sufro mi dolencia. Ahora comprendo por qué siento su presencia sin verla, y el porqué de su mirada triste e interrogante. Es que me pregunta su alma, si algo recuerdo de aquello que ambos creíamos muerto. ¿Qué de raro tiene que ella me busque y que yo me alegre de su presencia, si esa, ahora niña, ya una vez fue mi madre?

V
VIRGEN INCA

Cuando oí hablar de ti, pensé en una vieja gruñona y fea, más se transformó mi mente cuando te vi. Escucha, sin pensar mal de lo que voy a decir: Hace nueve siglos, sí, poco más o menos, los dos vimos el sol desde la tierra Inca. Tu eras virgen en el templo; yo, guerrero.

Difícil me era verte; pero siempre lo conseguía, cuando el Sol, con sus primeros rayos rasgaba las tinieblas y que tú, con las otras vírgenes que cuidaban el fuego sagrado, elevabas tu voz a nuestro Dios. Y de ese coro sólo tu voz escuché, tanto al despertar el día, como en los cantos sagrados al morir la tarde.

Te vi paseando tu porte grácil y esbelto, cuidado para los dioses. Te vi a diario sin que tú me vieras, y te amé sin que lo sospecharas.

Sentí celos de nuestro Dios a quien no podía quitar una de sus más bellas amantes. Y, no pudiendo resignarme a mi soledad, decidí que esperarte en la muerte era menos sufrir, que vivir sin fe ni destino.

Por eso, un día, en la batalla fiera caí con el pecho sangrando. Fue de esa mi derrota, de donde nació mi gloria, pues a partir de entonces, viví cada minuto cerca de ti.
Así fue como recibí la gran sorpresa, en la que aún estoy. Te acompañaba en tus cantos y en tus éxtasis, y cada vez que te elevabas, no ibas al Sol como yo en un principio esperaba y en vida suponía, sino que ibas a mí.
Nunca comprendiste ese profundo sentimiento que tú, los sacerdotes y las otras vírgenes, creyeron siempre dedicado al Sol. No lo comprendiste, sólo sabías que en el éxtasis gozabas, porque abandonabas la humana miseria, para ir los dos, tú y yo a donde está la vida y la verdad. Así, cada espíritu, por los siglos que lleva de vida, tiene en su lista muchos espíritus amantes, muchos también a quienes ama. No sé si estando en el espacio alguna vez he recordado aquello; mas debes saber, que al verte, me parece que hubiera detenido la historia pues nuevamente te veo frágil, vestida de sol con el pelo suelto, y los ojos amorosos en el cielo, desde donde te acariciaba yo.
Absurdo, odioso sería hablar de esto a tu materia. No, no es para eso que escribo, sino para que tu espíritu sepa que entre los que te aman, estoy yo, mas como otrora sucediera, en la carne nunca lo sabrás, porque no es pasión lo que me anima, sino amor de espíritu amante.
Hasta pronto, y recuerda que los minutos pasan presto para la carne, mientras que para el espíritu está la eternidad.

VI
ANGEL DE MI GUARDA

A ti que me ayudas en el duro paso que llevo por desfiladeros y acantilados, a ti, que sé que me amas, doy mi amor. Sonreía mi vida que prometía felicidad, cuando lo imprevisto me tumbó en el lecho en que estoy. Era injusto atar juventud y belleza a las piltrafas que son mí ser, y huí de mi espíritu gemelo deseándole felicidad. Ella llora mi ausencia, yo sufro por mis sueños que rompí. Se busca la felicidad en el oro y el placer, en el poder y la fuerza, en la vanidad y en el dolor ajeno. He aprendido que la felicidad no es de fórmula tan complicada, pues basta amar, amar intensamente, y no es necesario amar a persona presente, que para los espíritus, desaparecen las distancias.
Este mi ser amado, me acompaña muy de cerca desde hace muchos siglos, y siempre, en los momentos duros de cada vida, he encontrado en su recuerdo el oasis que mitiga mi sed. Sin el amor de ese espíritu, la vida habría sido difícil y tal vez habría caído en la avaricia, o en cualquier vicio, pues quienes tal hacen, es porque no aman ni son amados, por eso concentran su ternura en el metal frio de las monedas, por eso odian y atacan a los pueblos que dicen defender, porque no son amados ni pueden comprar el amor, ni pueden, por la fuerza, ganar un poco de amor. Son en verdad, espíritus primitivos vestidos a la moderna, que no distinguen entre el hoy y el ayer.
El gobernante que ama a su pueblo, no lo sume en la miseria robando el jornal del pobre jornalero. Tampoco necesita pagar para que se hable de él, ni comprar flores para que serviles se las arrojen a los pies. Y no necesita gastar dinero del pueblo en halagar su propia vanidad, porque si de verdad ama a su pueblo, éste, gratis lo aplaudirá.
Mi tragedia por eso es relativa, porque tengo quien me ame. Los dolores físicos, y el hambre, que en mi es ya costumbre, desaparecen cuando espíritus de tan alto linaje me visitan, aunque algunos, con su YO,

manchan la seda que visten. Ese espíritu amante también ha venido a verme. Espíritus buenos y malos han llegado hasta mi cama. ¿Quieres conocerlos, amable lector? ¡Sigue leyendo!

VII
TORBELLINO DE SOMBRAS

Yo, que soñé en otro tiempo gozar de la vida a plena luz del sol, vivo ahora la soledad oscura de una revuelta alcoba de soltero, donde arrastro mis piernas muertas para ir a mi ventana y parcialmente ver el trasiego de las estrellas, para sentir el soplo del viento, para recibir las caricias de un sol que me adormece.

Se acabaron los sueños niños, de aventura en las selvas, se acabaron los cantos guerreros y los anhelos codiciosos. No vivo ya de la materia que día a día languidece, sino del espíritu que poco a poco recobra su libertad.

¿Por qué, yo hablo de mí? ¿Es acaso egolatría? ¿Y qué valor tiene cantarle a un cuerpo moribundo que en la hora cercana rendirá su tributo? ¿Qué importancia tiene hablar del mediocre que en esta parte del siglo piso la tierra sin dejar semilla?

No, no es a mí a quien dedico mi último aliento, sino a la vida. A la vida que empezó en la noche de los tiempos, muy antes de que el mundo empezara a rodar.

No soy lo que en la Tierra aparento. Soy ágil, flúidico, transparente y veloz. Nada detiene mi paso, nada enturbia mi pensar, pero es ley del progreso el uso de herramientas para trabajar, y en esta parte de mi vida, como hombre, soy sólo una herramienta mellada.

Por razones que no comprendo y sin saber cómo, nací, viviendo como pedrusco en un mundo, después en otro y en otro, y otro más, hasta que un día, partiendo de las costas del infinito, arribé con movimiento a las riberas de un río prehistórico, cuyas huellas están en las capas geológicas de la Tierra.

Es de entonces que empieza mi memoria, es de entonces que empecé a ser el héroe de mi propia vida, el guerrero feroz que aún no he podido vencer.

A veces juguete de poderes ocultos, otras instrumento consciente de poderes luminosos, a veces victima de rencores implacables, otras, amado por los que no me ven, he pasado crudas pruebas, sin las que no habría podido progresar.

Viví cuando se pusieron los cimientos de la primera civilización, y pronto asistí a su estrepitoso derrumbe. Mi sangre fertilizó la actual decadente civilización, y ahora veo cómo se pulveriza hundiéndose en el más abyecto oscurantismo.

Necesitaré más sangre y otras piernas, para volver a hacer la argamasa donde se pondrá la nueva piedra que verá un mundo nuevo, y una nueva cultura, dejando en la distancia las raíces muertas de razas efímeras que creyeron ser lo que nunca fueron.

¡Musa!, ¿por qué no vences mi impotencia, para que pueda decir lo que quiero decir?

¿Por qué se me cierra el entendimiento cuando quiero pintar lo que vi? ¿Es que la magia producida por el odio me rodea impidiendo mi mover y pensar? ¿O es que contrarío designios de hombres dioses? Pero si son dioses, ¿por qué ira tanta contra el que sólo relata lo que vio?

Frente a mí se levanta un porvenir luminoso; la muerte. Morir ahora para intentar hacer mañana lo que hoy no se hizo, esa es la verdadera vida.

¡Volveré a ser niño, y volveré a vivir de ilusiones; ese es el anhelo ferviente de todo espíritu cuando encarcelado en materia inútil se encuentra; yo por eso, no sólo sé que volveré a ser niño, sino que sé a donde volveré, como sé de dónde y por qué vine!
Empezaba el pasado siglo, cuando la mano del odio segó una vida útil; la segó, porque decía su verdad, porque no se arrodilló ante la sandalia que calza la vanidad, la intransigencia, la infalibilidad.
Lo recuerdo bien, no ha pasado tanto tiempo como para olvidarlo; muerto estaba, según creyeron haberme dejado, cuando juré venganza, y vengándome estoy al volver a decir mi verdad. Un día vino quien segó aquella vida, y juróme inocencia, pues que él sólo obedecía órdenes; y por aquella vida caída, el pagó después con la suya, siendo de nuevo soldado del oscurantismo.
Pero, ¡Santo Dios!; ¿qué es lo que embrutece tanto a los hombres al grado de asesinar en nombre de Dios, del Dios que es todo amor? ¿De qué sirven tus lágrimas Loco de San Vicente, según te llaman en tu última vida, si al fin mañana volverás a empuñar en la diestra el símbolo del martirio y en la siniestra el acero asesino?
¡Es increíble que el hombre se torne bandido sólo por no trabajar! ¿No robar, es trabajar? ¿No estar a diario urdiendo embustes es trabajar? ¿No sostener la mentira y lo absurdo contra el progreso que incontenible avanza, es también un duro trabajar? ¿Quién dirá que puede detener las aguas de un arroyo? Muchos lo harían; pero ¿cuántos lo detendrán cuando se torne torrente? ¿Para qué insistir en lo que es inútil ya sostener?
Cuando se puede mirar el pasado, no es difícil vislumbrar un corto porvenir, por eso digo al buen hermano Loco de San Vicente, que le será inútil volver a vestir las ropas talares, porque la suerte de su causa está ya echada. En el último albur, perdió su carta. Y cuando todo haya pasado, de los infalibles dioses de barro sólo quedará la vergüenza de haber escrito renglones de atrocidades. Porque sé que esto pronto sucederá, yo, desde mi oscura buhardilla os digo, poderosos de la Tierra, con la alegría del próximo a vivir en los labios: Ave Negra, el que va a morir, os saluda.

VIII
LOCO DE SAN VICENTE

Y el espíritu apodado “El Loco de San Vicente”, así conocido en la ciudad de Monterrey, dijo lo que a continuación repito: “estamos en el año de 1814. Han ocurrido grandes acontecimientos. Francia ha sufrido un drama horroroso y aprovechando esa situación, Pío VII envió una circular a todos los monarcas del mundo; invitándolos a trabajar para levantar la mentalidad religiosa del pueblo, porque esa es la única manera de asegurar la estabilidad de su reinado; mantener las masas sumisas. Es lo único que puede asegurar su existencia, convirtiéndolos en reyes absolutistas.”
“Copia de esta carta llega a manos de Meternich, canciller austriaco, quien medita profundamente. Cuando más preocupado está, llega a visitarlo la baronesa Juliana Krunenberg, que lleva una vida escandalosa y repugnante; pero es inteligente, astuta y hábil. Meternich descubre que esta mujer es la indicada para formar parte de la comisión, integrada por un teósofo, otro hombre y ella, que se convierte en el cerebro que recibe de Pío VII las instrucciones para visitar a todos los políticos de Europa con el fin de formar la Santa Alianza, que los hará intocables para sus pueblos.

Marchan en su misión, y firman en 1814 el pacto, en primer lugar el zar de Rusia."

"El jefe del gobierno otomano en Turquía es invitado a formar parte de esta alianza en que no se excluían los credos, entrando todos en una manga muy ancha."

"Pío VII se excusó de firmar el documento alegando falta de tiempo para hacerlo. De esa manera quedó a cubierto, y cuando el rey católico de España preguntó si podrían entenderse con doctrinas tan opuestas como las turcas, contestaba:

"Siempre nos quedará la esperanza de que Dios nos perdone y si ganamos, haremos que todo el mundo lo adore." "España e Inglaterra –sigue diciendo el Loco de San Vicente- se opusieron abiertamente; pero la política dirigida desde el Vaticano, puso en tal aprieto a Fernando VII, que no tuvo más remedio que firmar el pacto de tres cláusulas, que ha sido lo más denigrante y terrible que ha hecho España, pues se comprometió a dar una cuota anual para que otro país diera ejércitos para aplastar revoluciones. Veinte millones de francos anuales, fueron entregados a Francia, para organizar los ejércitos que irían a aplastar a todo el que intentara levantarse contra los príncipes." "El Zar de Rusia tenía intereses que supo hacer comprender. Quería apoderarse del territorio turco, y sencillamente no se envió invitación a los turcos a la firma del pacto de la Santa Alianza."

"Gracias a la firma de este pacto, Fernando VII regresó a España con ejércitos franceses mandados por el duque de Angulema, quien obligó al pueblo a reconocer el derecho divino de ser rey. Pero Angulema se asusta al ver la tormenta que desencadenó. Entonces se proponen los firmantes de la Santa Alianza, encabezados por Francia, apoderarse de las colonias españolas, Inglaterra mantiene su repulsa a esa Alianza, pues ve que la maniobra es convertirla en un estado esclavo de Francia; pero en el Nuevo Mundo, donde están aún gran parte de pueblos que siguen ligados a España, en los Estados Unidos de Norte América, existe como presidente un hombre fuerte: Santiago Monroe, que al darse cuenta de los preparativos de invasión, envía una carta al Vaticano con copia a los miembros de la Santa Alianza, notificándoles que intervendrá para impedir que los pueblos que se han libertado puedan ser dominados." "Nunca pensó este hombre que su pensamiento convertido en doctrina, fuera la base del imperialismo americano, que su grito de defensa de los pueblos que se liberaron, fuera utilizado para esclavizarlos y uncirlos a sus costados."

"Esto venía ocurriendo, casi a los diez años de haber empezado a ponerse en marcha el arreglo de la misión encabezada por Juliana, baronesa de Krunenberg, que glorificada y rodeada de honores murió el 25 de diciembre de 1826, y tú, Tarquino, caíste entonces como cayeron todos los que osaron estorbar a la baronesa Juliana de Krunenberg, quien gozaba de la aprobación y bendición papal."

"Más tarde, ya en el presente siglo, hubo en México un sacerdote de nombre Juan de Jesús Lozano. Los acontecimientos políticos de México lo sorprendieron en el convento de San Vicente, ciudad de Monterrey, donde una gavilla de malvados el día 25 de diciembre de 1918 le amputó la lengua y otros órganos delicados."

"Nueves años de sufrimiento trastornaron su mente que gritaba a Dios pidiendo misericordia. Murió el 25 de diciembre de 1927".

"Es entonces cuando se ligan las dos etapas y se identifica el espíritu, reconociéndose el Loco de San Vicente con el mismo espíritu dinámico y

tormentoso de Juliana de krunenberg, y ese espíritu soy yo, y tú, Tarquino una de mis victimas."
"¡Mucho trabajo me costó reconocer esto! Mucho trabajo me costó reconocer que mis plegarias jamás tuvieron eco, porque sólo hacía pagar por mis delitos de un siglo antes; pero al fin, lo estoy reconociendo."
Así terminó el visitante, quien sin despedirse, se fue para no volver más.

IX
CAOS

En el caos se precipita el pensamiento que pretende entender el porqué de cómo vive el hombre actual. Dolor atroz entumece mi cuerpo, dolor que jamás ha sido tanto como el que me atormenta a mi alma, cuando veo que las sombras que me rodean, son nada comparadas con las que envuelven al mundo. Lo que en verdad sucede es que en el caos vivimos, por eso el razonamiento es tan limitado.
Vivimos la edad caótica del mundo y muchos viven del caos, como el buitre vive de la carroña. Los audaces aspiran a bañarse en oro y a hundirse en los placeres. Los otros, los no audaces, se conforman con pertenecer al rebaño que lame la mano de los poderosos y piden como recompensa, sólo, que se les deje embriagar hasta ahogarse. Y así, se ha encadenado la vida moderna, mísera y odiosa, que gira y se bate constante en el fango, en que el hombre honesto y de estudio, se encuentra expuesto a ser víctima del latrocinio organizado.
¡Oh, cuán equivocados estaban los que entregaron su vida soñando en un futuro mejor! De ellos, muchos están de nuevo en la carne; otros han venido a mi pobre vivienda con el desencanto pintado en el rostro, pues reconocen que nada vale tratar de desencadenar a un esclavo, cuando él quiere seguir encadenado.
El mundo ha sido libertado varias veces, y otras tantas vuelto a encadenar con más resistentes eslabones. Se han dictado leyes, ejemplo de civilización; sin embargo, sólo viven bien, protegidos por la ley, los que viven el libertinaje. Pagan altos impuestos quienes trabajan, para que con ese dinero el crimen sea subvencionado, la traición condecorada y el libre pensamiento encarcelado.
Parece que no obedeciéramos a las leyes de la evolución que hacen que el hombre sea mejor hoy que ayer; antes al contrario, se antoja nuestra raza si así conviene llamarla, una raza decadente que jamás servirá para otra cosa que servidumbre.
El valor y el honor van siendo ya palabras vanas, puesto que quienes debían dar el ejemplo, son precisamente los peores salteadores, tránsfugas que arrebatan al pueblo el mendrugo que antes hipócritamente le habían dejado. Son los desvergonzados que hincan la rodilla en el suelo frente a los ídolos, besan las maderas apolilladas y agachan la cerviz frente al despotismo. Humillación tal, es nuestra peor desgracia; y cada día la libertad es menor, quedando sólo la de hablar: hablar alabando a los poderosos.
Se van convirtiendo en eunucos los que antes fueron hombres, perdiendo de vista que para todos hay un mañana en que haránse preguntas, que cada cual habrá de contestar.
Somos seres cautivos, y en nuestra prisión no hay una sola herramienta llamada esperanza que nos pueda servir para obtener la libertad.
Nacer, crecer, multiplicarse y morir para volver a nacer hasta completar el nuevo ciclo es la eterna vida. Y es vida de un modo, vivir en la carne; y es

vida de otro modo, vivir sólo como espíritu. Encarnar es la muerte para el espíritu; morir es nacer para el espíritu; por eso, recién salí de la tumba, cuando de nuevo volví a la muerte, porque muerte es vivir como ahora se vive. Pero he de aprovechar el instante que me encuentre sobre tierra firme, para confesar con la sinceridad del moribundo, que nada de esta vida me ha dejado satisfecho. Que recién nací, cuando los campos fueron bañados de sangre humana, creyendo algunos ingenuos de esa manera regar la simiente de la libertad; y ahora, casi medio siglo después, se habla de renovar la lucha porque en la primera vorágine no se alcanzó la meta anhelada.
Pienso que no será con sangre como se abreviará el trayecto hacia el horizonte luminoso, bastaría con que se obedecieran las leyes dictadas al calor de la lucha y del ideal. Bastaría con trabajar y ser decentes, bastaría con que el representante de las multitudes no vendiera su conciencia como vulgar ramera apoyando a los gobernantes deleznables. Pero eso, por algún tiempo no será posible, porque la avaricia y la maldad hábilmente se visten de fortuna, para sonreír a los ignorantes audaces que así se transforman de malvados a coronados de laureles.
Pero, estos zánganos, ¿no han sido a su vez engañados? ¿Preguntemos a la historia si ha existido fortuna bastante para comprar la fuente de la vida! ¿Dónde están ahora, y qué tanto gozan de lo que arrebataron al pueblo hambriento los que todavía ayer eran los amos?
Para la cura de todos estos males, la religión recomienda conformidad. Para los males que el hombre sufre se recomienda resignación. Yo refuto: No es conformidad lo que necesitamos, sino conocimiento del porqué del sufrimiento. No es suerte lo que hace falta, sino un pasado limpio, pues el fango de hoy nos saldrá a la cara en la próxima vida, que entonces por ignorancia llamaremos; mala suerte.

X
LLAMADO A LA JUVENTUD

A veces, en escenas fugaces como relámpagos a media noche, aparecen a mi vista hechos presentes que por su significado tienen evidente proyección hacia el futuro, y de esas escenas siempre salen espontáneas las conclusiones.
Hace un instante precisamente, he visto algo de eso, que a veces me inspira tal pánico que congela la voz de mi garganta. Otras es sólo música y poesía.´
Esta vez, lo que por voluntad, no mía, me ha tocado ver, ha sido la tragedia que la humanidad vive. He visto el tumulto que despavorido se agita en las calles del mundo, mientras el rugir de odio y guerra, entre llamaradas, de los campos se levanta.
Y en campos y ciudades el clamor reclama venganza, implora justicia, llora por un pan, exige equidad. Pero, ¿Quién negará que es más ladrón el que roba un continente que quien roba un pan? Y sin embargo, al primero se le llama gran estadista y en nombre de Dios se le corona con oro y laureles, mientras que al segundo se le encarcela, con todo el peso de la ley encima.
Alguien ha desencadenado a las furias, que ahora vagan por el mundo arrebatando vidas. Y no hay quien las detenga, pues los que fueron hombres, son eunucos o serviles. Serviles que lamen dóciles la mano ensangrentada del que les dará la muerte cuando se haya cansado de arrojarles desperdicios.

Angustiada, anhelante, la vista vaga sobre la faz de la Tierra en busca de salvación, sin encontrarla. Sólo queda la juventud como esperanza.
Juventud de hoy, que has nacido en un mundo sucio y decrépito: el futuro es tuyo. Poco le queda de vida al mundo, y eres tú quien hará de ella la gloria o el infierno. El futuro es tuyo, juventud, que duermes insensible entre el humo pegajoso del tabaco en los billares, o entre el amargo y repugnante olor de vinos adulterados en las tabernas y lupanares. ¿Qué haces, juventud, que no tomas el mando? ¿Es que también estás corrompida como la sociedad en que has nacido? ¿Eres como los viejos que ya se van, dejando de su paso una estela de odio y sangre? ¿Piensan tan rudimentariamente como piensan ellos, o acaso naciste sin pensamiento?
No es tu pecado haber nacido en el fango producto del delito organizado, del vicio, de la delación y de la hipocresía. No, no es tu culpa haber nacido en época tan lamentable en que más honor se rinde a quien más oro tiene, aunque lleve las manos ensangrentadas. Mas será tu culpa, juventud, si esa vida caótica y primitiva te agrada y la haces tuya en vez de repudiarla.
La historia dirá que es culpa de los que se van haberte obligado a nacer entre los miasmas de la miseria moral; mas sabes que no es un pecado original hereditario que, como maldición, debas soportar por la eternidad.
Puedes levantarte de los escombros de este pobre mundo en guerra, y alzar el vuelo para ser águila, en vez de murciélago.
Pero antes, recuérdalo, debes revisar la historia, no caigas en los errores que nos han arrastrado a esta encrucijada.
Si la guerra tiene que acabar con la guerra, y tú, juventud, para fundar una nueva raza tienes que hacer la guerra, mira que sea una guerra de principios altos, que garanticen futura felicidad humana, no guerra cruel inspirada por los bajos intereses, pasiones que más hunden al hombre. ¡Juventud del mundo, el mundo es tuyo, con tal que sepas manejarlo sin hacerlo explotar! Si la generación que se va para no volver más no supo labrar tu felicidad porque creyera que se encontraba en la base de las montañas de oro, enséñales tú, juventud, que la vida vale más que el oro, y que es posible vivir sin él, y tener justicia sin él, y desenvolver los valores espirituales y morales sin él, y ser escuchado cada cual de su Dios, sin él, sin el oro, metal inmundo que por ley natural habráse de convertir en plomo, pues lo que plomo es, oro fue, con lo que la naturaleza demuestra lo vano del afán del avaro, y lo mezquino de quien cree poner de su parte a Dios, cuando le ofrenda oro, mismo que Dios, desde la fundación de sus antiquísimas leyes, viene convirtiendo en metales pobres y éstos en oro.
Triste es el momento histórico que vivimos; pero interesante será el siglo en la historia, puesto que de este siglo saldrán los hombres de luz.
Mientras tanto, del tumulto que despavorido se agita entre llamaradas candentes que hacia el cielo arrastran a las almas, se desprende el doliente y desesperado clamor humano que sube ya hasta las estrellas implorando justicia divina, puesto que la humana no existe.
¡Juventud, estás en el turno de la palabra; veremos lo que sabes hacer!

XI
CONTESTANDO AL SARCASMO

Poco me visitan los amigos, y menos los doctores; así, pues, sólo de vez en vez se me acerca algún curioso que pretende conocer los secretos del

Universo, porque alguna vez haya asomado al microscopio, o quizá por morbo haya examinado un esqueleto. Y si tal sucede es porque en el barrio ya va haciendo fama mi pieza, que han empezado a llamar: la casa de los espantos. Prácticamente a nadie importan mis dolencias, ni nadie se preocupa por saber si paso hambre; de manera que, cuando no es un necio que se juzga sabio, es otro necio que, por ser rico, siente placer de ostentar su riqueza frente a la miseria.
Si estas personas han sido científicos o no, quién sabe, jamás los he juzgado por el título, sino por su YO etéreo, para ellos invisible. Cuando la luz y condiciones ambiente lo favorecen, veo claramente alrededor de los cuerpos humanos las auras más o menos luminosas, siempre del color de las pasiones que a esas personas dominan.
Más aún, he podido ver con frecuencia y facilidad relativa: el alma que, desprendiéndose un tanto del cuerpo, actúa por aparte de éste; a veces, hasta opuestamente. ¿Qué cómo puede ser esto? ¡Contéstele quien sepa hacerlo! Yo solo hago relatar lo que me consta.
Ya con estos antecedentes sepa el amable lector, que recientemente me visitó uno de esos individuos que se ríen de todo lo que no comprenden, que se suponen inteligentes porque gozan de fantástica memoria, que se han aprendido algunas frases hechas y que recitan de corrido los nombres de muchos sabios lo mismo antiguos que de la época, claro, sin haberlos entendido. El pretexto de la visita fue recetarme. ¿Era médico? ¡Sólo Dios lo sabe, pues no curó ninguno de mis males! Sospecho que, en realidad, sólo vino a burlarse de mí y de mis espíritus, según fueron sus frecuentes exclamaciones.
A mis respuestas, siempre cortadas por su mofa, él, con carcajadas contestadas, exigiendo inmediata definición exacta, de qué es el alma y qué el espíritu.
Contrastando con su actitud nerviosa e irreflexiva, que él supuso inteligente, el rostro de su cuerpo etéreo, un poco acartonado y de color amarillento oscuro, revelaba encontrarse aún en estado muy primitivo. Corroboré esa mi impresión por el aspecto de su rostro físico, que, sin ser brutal, era ancho; nariz chata y labios sensuales; además, y para remate, sus manos eran gordas con dedos cortos y achatados. Así, pues, el aspecto físico confirmaba lo que yo estaba mirando en su etéreo.
Aún antes de que su cascabeleante monólogo avanzara, yo estaba mirando que se trataba de un ser vestido a la moderna, quizá con un titulo en el bolsillo; pero aún muy atrasado en la escala del progreso humano, y, por tanto, rezagado en la evolución espiritual.
Sabiendo esto, es necio tratar de razonar con tales entes; por eso, por este medio contesto a tan ilustre desconocido; y contesto para su materia únicamente, pues dudo que de esto llegue algo a su espíritu. Señor mío –me dirijo al sonriente visitante- para contestar a lo que más parece inquietarle, aventuraré una teoría, y conste que es teoría: le ruego leer En la Noche de los Tiempos. Allí encontrará que supongo al espíritu como energía aún desconocida, y al alma, la organizadora de la materia: horma de la forma.
Lo lamento, pero no puedo expresarme de otra manera; y, en descargo a mi ignorancia, pregunto: ¿Cuántos hombres sobre la Tierra, real y verdaderamente entienden lo que es un ser humano? ¿Habrá un sabio, siquiera uno solo, que defina el cómo y porqué de la vida y de nuestra existencia como seres humanos? ¿Será mi visitante risueño el sabio capaz de despejar la incógnita y definir al hombre y su vida? Y si no lo es él, sabio materialista según de sí mismo dijo, mucho menos un lego como yo

lo podrá hacer; y si, pues, no entiendo al ser humano, no obstante ser un hombre, ¿cómo penetraré en la ciencia superior que es el alma, y mucho más profunda la del espíritu?
Puedo visitar una selva, y luego hablar de su flora, sin entender nada de ella. ¿Tendré que ser un experto botánico para describir una flor, para mi rara, encontrada en mi camino? Puedo ir al fondo del mar y ver lo que otros han visto ¿Seré mentiroso al relatar, sólo porque no entiendo, la vida de los peces de aguas profundas? ¿Será fantasía o desequilibrio mental el que no pueda explicar el cómo y el porqué de la fauna y flora submarina?
Más que reír, el visitante de marras necesita estudiar para que sepa que cuanto más se ve, más queda sin verse; y que cuando más se estudia, más nos falta de aprender.
Yo, digo que veo a los espíritus, y es que los veo. Digo que veo a los seres humanos, y es que los veo. Digo que oigo a los seres de ultratumba que son mis amigos, aun los más irrazonables, y es que los oigo, como también oigo las voces humanas; pero, en verdad, nada sé de de mí ni de mis semejantes. ¿Me quita esto el derecho de clasificarme entre los hombres? Soy un hombre y nada sé de mí, también soy un espíritu, sin saber nada de mí; luego lo primero es: conocerme a mí mismo. Decir lo que se ve y se oye no es sinónimo de ignorancia, amigo mío; ignorancia, en todo caso, es no entender lo que, se ve y se oye.
El ciego puede negar la existencia del Sol si lo desea, puesto que no le consta que exista. El sordomudo puede negar el sonido, puesto que jamás lo ha percibido. El loco piensa que son los demás quienes están locos; y el señor del cuento, porque quizá tenga un título, piensa que todos los demás son ignorantes.
Afirmando ser materialista y ateo, dijo que fuera del materialismo todo es mentira, suponiendo al espiritismo como una religión. Le contesto desde mi sucia buhardilla: ¿Niega el materialismo la existencia de la energía? ¿Niega el materialismo la existencia de la materia? ¿No sabía mi médico ilustre que el alma es materia?
Si, amigo mío, el alma ya fue pesada y fotografiada; y sí refleja luz es un cuerpo, ¿no es verdad? Siendo las cosas así, puesto que eso es lo que los sabios han encontrado, quiere decir que el alma es un efecto físico, quizá químico, como lo es el cuerpo humano; y en ese caso está sujeta por lo menos a algunas de las leyes de la materia. Y así, por la puerta principal de la Universidad, el espiritismo, quiérase o no, entra en el campo del materialismo para que su estudio no se teológico, sino científico. ¿Qué sucedió? ¿Qué porque un miope no vio un poste, el poste se quitará para que el miope no se dé un tope?
El gran error general estriba en juzgar sobrenatural la existencia de las almas y espíritus, haciendo con ellas un tipo especial de religión; y eso es tan absurdo como hacer una religión con los átomos porque no se ven, o con los electrones porque tampoco se ven.
No, señores científicos; por lo que llevo visto y oído, no se entenderá la vida de ultratumba sin previo y profundo estudio, sin previo y profundo análisis. Es muy fácil hacer una religión de lo que no se entiende; pero eso ni resuelve el problema, ni mejora ni hace evolucionar al hombre, antes, al contrario, lo estanca. Y es esto precisamente lo que ha ocurrido a nuestro visitante; en él no ha evolucionado el concepto religioso que existe del alma, y piensa de esos seres como pensaban las supersticiones de épocas lejanas.
El alma existe; miles y millones las han visto. El alma no es un mito como no lo fue la electricidad, a pesar de que no se le hubiera descubierto sino

hasta época reciente. El alma humana y el espíritu humano, elementos distintos, pero siempre unidos, existen; lo que falta es estudiarlos, y no seré yo quien lo haga; serán los sabios, cuando terminen de reírse para empezar a trabajar sobre tema tan arduo.
De cierto digo, que tan equivocado vive el materialista que niega a los espíritus porque no los ve, como el místico que piensa en ellos como si fueran dioses milagrosos. Es verdad, lo que a ambos hace falta es verlos con la naturalidad con que los veo yo, charlar con ellos como lo hago yo y entender que son seres ligeros y ágiles, unos buenos y otros malos; pero que no son ni ángeles ni diablos. Que piensan como pensamos antes de última muerte y que sólo mejorarán cuando hayan vivido muchas veces más, como seres humanos.
¿No el pensamiento ya parcialmente se registra en aparatos especiales? ¿No está de moda la psiquis? ¡Pues señor, eso es el espíritu: pensamiento individualizado y eterno, en constante proceso evolutivo! ¿Está eso en contra de su materialismo, señor visitante?
Si con lo dicho algún dogma se derrumba, qué le vamos a hacer; la verdad es la verdad, que nadie puede detener.

XII
ROOSEVELT

¿Quién habría de imaginar que oscura buhardilla como la mía, habitación de un ser anónimo, podría ser el recibidor de gigantescas personalidades del hoy y del ayer?
Contra todas las opiniones está la realidad que vivo como hombre solitario, abandonado de los otros hombres, y, sin embargo, constantemente visitado de quienes transcendieron la tumba y de quienes, desprendiéndose de su cuerpo, me buscan para argumentar. Negar que esto pueda ser, es fácil; demostrar que no puede ser, es difícil.
Hace anos, cuando yo aún vivía de ilusión, se me presentó Roosevelt y me dijo: -Mi tiempo es llegado. Y su rostro mostraba la tristeza, el agobio. Contesté sin idea clara de la trascendencia de aquella visita: -¿Es que tu desencarnación se aproxima? ¿No será eso catastrófico en estos momentos cruciales para el mundo? Y él contestó bajo el peso del dolor: -Me adelanto.
Me adelanto al momento que debió ser, porque no acepto responsabilidad en lo que está por suceder. No dijo más, y se fue. Tres días más tarde, el pueblo americano lloraba la muerte de su Presidente; y unas semanas después Japón lloraba la muerte de dos ciudades: Hiroshima y Nagasaki. Ha vuelto Roosevelt a visitarme. Ya no está bajo la pesadumbre. Me ha infundido valor, afirmando que la silla de ruedas no le impidió vivir y viajar. Y un instante antes de dejar la orilla de mí lecho, me ha preguntado:
¿Comprendes ahora el porqué de aquello que te dije? ¡Me asustó tanta responsabilidad, era demasiada para mí, demasiada para cualquier espíritu, demasiada aun para todo mi pueblo! Y se fue, con una sonrisa triste en los labios.
Mucho he pensado al respecto, llegando siempre a esta inevitable conclusión: si un espíritu comprende su responsabilidad hasta el grado de preferir desencarnar, ¿es de creerse que los otros la ignoren? Y si la conocen, ¿qué será de ellos cuando empiecen las preguntas? ¿De qué valdrán entonces los oropeles y la quincalla ganada en el campo de la muerte?

¡Ciertamente; a los que aún no mueren, pero que próximamente morirán, más les convendría reflexionar en su mañana!

XIII
HERODES

Entra una luz gris por la ventana de mi alcoba que está en el segundo piso y da al patio sucio, donde la plebe gesticula por el hambre y el alcoholismo. Por ella apenas si ha entrado el sol, sólo el viento helado del septentrión. Esa ventana, a seis metros del muro gris de enfrente, a veces me ha servido de maravillosa pantalla donde he visto lo que es creación divina, no del hombre: la vida. Las horas de tristeza han sido borradas de mi mente al aparecer mares encrespados, verdes, y azules, rasgados por la proa de antiguas naves de vela y remo que son todo poesía; poesía trágica porque los remos se movieron al ritmo de blasfemias.

Naves que viajaron sedientas de aventura, cargadas de hombres sedientos de sangre para quienes la vida ni la muerte valían.

Partieron los hombres y bajo sus plantas las naves, con la pretensión de imponer una cultura; y regresaban, hombres y naves, jadeantes por el peso del botín: hombres esclavos.

Los débiles, como ha sucedido siempre a los pueblos débiles, viajaban sin destino por todos los mares, buscando en la inmensidad de la líquida llanura un oasis de piedad.

Para los que no tenían armas, no existía el linaje, ni la belleza, ni la razón, ni el derecho. Eran y siguen siendo sólo parias sin alma, con rango de esclavos; y, para desquite, viven en el resentimiento, odiando al pie de los muros que albergan el despotismo.

He visto en mi pantalla mágica aparecer y desaparecer la vanidad y el orgullo, en forma de ciudades gigantescas donde se escribieron múltiples reglones de la historia: Cartago, Atenas, Roma, Jerusalén, Babilonia.

¿Y qué de tanto como se hizo y se dijo? ¿Dónde quedó la cicuta que pretendió matar el pensamiento? ¿Dónde la leña, semilla de llamaradas que acariciaban cuerpos como el de Giordano Bruno? ¿Y dónde están los imbéciles que en nombre de un Dios impotente le exigieron a un hombre que negara el movimiento de la Tierra?

¡Necios, peor que necios! ¡La Tierra ya se movía mucho antes de que ellos inventaran a Dios!

Esas sombras trágicas que tanto han hecho por detener el avance del pensamiento, frecuentemente han oscurecido la maravillosa pantalla de mi alcoba; y siempre, detrás de esta caterva que vive de la miseria material y mental, aparece algún destacado personaje, a veces arrepentido, triste y compungido; otras, haciendo alarde de los que debía ser su vergüenza; otras más, cubriendo con lágrimas su hipocresía.

Así fue como tuve de visita a Herodes. Se presentó obligado por alguien que podía más que él. Iba embrutecido por veinte siglos de sufrimiento constante. Sufrimiento porque, según dijo, escogió, después de ser Herodes, ser sufriente.

Viviendo a veces en la carne y a veces sólo como espíritu, ha sido siempre un infeliz; y siempre, al volver a ser espíritu, ha usado las vestiduras de Herodes, y el rostro de Herodes, y la apariencia repugnante de Herodes.

Su tipo ventrudo, propio de alcohólico, era repelente; las manos achatadas y primitivas hablaban de insensibilidad artística y de incapacidad mental; el rostro redondo, enrojecido e hinchado por el vino, con manchas de sífilis en los carrillos y la frente angosta que servía de visera a un par de

pequeños ojos azules y penetrantes, era más la cara de un mico, o de un infrahombre, que la de un rey. Cubría la sífilis de la frente con angosto listón azul pálido coquetamente anudado atrás. Vestía rica túnica de tela delgada con la apariencia del terciopelo, color rojo quemado, bordada de oro a todo lo largo de la orilla, incluyendo las mangas exageradamente anchas.

Levantóse la falta, demasiado larga para las costumbres de su época, a fin de que yo viera que con tan rica tela cubría las fístulas de sus piernas entecas.

Me dio lastima, y aunque fui su contemporáneo no creo haberlo visto de cerca en los días de su triste gloria. Supongo que su aspecto causaba terror pues era, ciertamente, un almácigo de microbios en fístulas purulentas que habían minado su voluntad. Me dijo en presencia de quien lo llevaba: -Retroceder después de cada encarnación a este cuerpo es mi expiación, es mi vergüenza y es lo que me está haciendo progresar. De Herodes a la fecha llevo quince encarnaciones de tropezones y sin suerte.

Rato largo observé en silencio a tan famoso personaje mientras que reino en mi alcoba el silencio de la alta noche, de vez en cuando rasgado por el aullar de un perro asustado quizás por fantasmas. Tal vez siente Herodes más placer en el dolor, que vergüenza por lo que fue.

Yo, acostumbrado ya a las visitas más desconcertantes, me sobresaltó al principio, luego quedó sólo curiosidad. Curiosidad tal en este caso, que ninguna atención ponía en el que acompañaba al vicioso, sin cuya presencia la luz que iluminaba el cuarto habría sido imposible. Herodes, descargando un largo y sonoro suspiro que me recordó al toro que bufa, afirmó golpeando con el pie la madera podrida de mi piso.

-Fue costumbre judía sacrificar un chivo para expiar ajenas culpas, creyendo con esto ganarse divinos favores. Así, de los de mi tiempo, Juan y Jesús fueron los corderos necesarios en toda fiesta de pascua; yo fui el chivo expiatorio. Mi sorpresa, grande, dejóme sin aliento. El siguió de esta guisa: -Tiempos próximos dirán la verdad, para que sepas que el culpable de todos los desaguisados fue el pontífice judío, quien escondido en el templo sombrío, tramaba todos los crímenes. Algunos, mucho peores que los que tanto han sonado.

-Luego, tú, ¿inocente te declaras? –pregunté sorprendido.

-No me declaro, me declararon en el juicio que a todo difunto se instruye. Culpable resulté de vicio, corrupción, malversión del trabajo ajeno, déspota, servil de los romanos, y otras pequeñeces; pero de la muerte de Juan fui sólo el instrumento que empuño Herodías, mi cuñada y amante, que era quien llevaba el gobierno; yo sólo me embriagaba.

No me atreví a responder. No le creía. El clavó sus ojillos penetrantes en los míos y dijo así:

-La invención de cuentos fantásticos para ocultar la propia culpa ha sido antiquísima costumbre sacerdotal, y tolerarla en perjuicio del pueblo fue otra culpa mía, tan grande como fue la de todos los reyes que la vieron y la apoyaron y como lo es de todo actual gobernante que la ve y la apoya.

Corta pausa le dio aliento para continuar: -Trescientos años después de mi muerte, cuando ya no me podía defender, se dio forma a fantástica leyenda en que los hombres dejaron de ser hombres para ser muñecos, dioses; todos sujetos a voluntades ajenas, a divinos caprichos como era habitual en esa época. Y si algo sucedió, se le inventó una profecía que lo justificara; y si la profecía estaba, completóse con algún hecho trivial.

Yo sonreía incrédulo, él continuó: -¡Dícese que hice degollina de niños!; ¡bah! Tan absurdo es que no quisiera perder el tiempo en refutar. ¿Por qué

la historia de Roma no habla de ello? ¿Acaso se piensa que yo era absoluto? ¿Y entonces qué papel jugaba Augusto y Tiberio? ¡Bah! ¿No sabes que en Canaán fueron ellos quienes mandaron y yo quien obedecía? El rostro de Herodes por momentos se encendía.
-Pero ¡si me parece increíble ceguera tan absoluta! ¿Cuántas degollinas existen relatadas en las sagradas escrituras de las diversas religiones? ¿No tiene el hombre juicio bastante para ver que las recientes fueron sólo burdas copias de las antiguas? ¡Y más aún: antes de mí otro Herodes fue también tetrarca al servicio de Roma, quien degolló a sus hijos, jóvenes que merecido se lo tuvieron por revoltosos, pues se confabularon para asesinar a su padre y ellos tomar el poder. ¿Es de ahí de donde arrancó la leyenda? ¿Ves lo absurdo y la malicia de quienes la inventaron? ¡Eso es lo que la gente debía saber! ¿Por ventura lo sabes tú? Me encogí de hombros negando con la cabeza. Afirmó:
-La desgracia que el actual mundo vive empezó bajo la protección de un imbécil militar multiplicadamente derrotado, asesino de su propio padre y que se hacia llamar Constantino, emperador romano. Fueron razones políticas, hábilmente manejadas por sus secuaces, que dieron forma a lo que nunca debió haber sido religión. Y fue la censura del emperador lo que ocultó la verdad, y los nombres, la justicia y la razón. Fue esta maniobra de sucia política lo que juntó los escombros de viejas y deterioradas religiones, para hacer levantar con ese material destruido por el tiempo el nuevo templo que pretenciosamente se hizo llamar universal. Respiró profundamente para continuar:
-Curiosidad tenía yo por conocer el resultado del juicio instruido a Constantino, y en mi deseo no quedó pues asistí a él, que resultó reo de muchos más delitos que yo. Muchos más; porque, a partir de entonces, de cuanto crimen comete la iglesia que él fundó, Constantino recibe el tanto por ciento de culpa que le corresponde y ahora, si hay alguien interesado en destruir la iglesia es precisamente el que la fundó.
Herodes soltó estridente carcajada que me estremeció; y, ahogadas las palabras por el acceso de risa, dijo: -¡A Constantino, el hombre moderno lo tiene en mucha estima; a Herodes lo detesta! Pero acá, donde los libros de la vida se llevan, yo resulto ser, en la justa del crimen, un pigmeo! ¡Con decirte que ni Nerón, ni Calígula, son peores que Constantino!
-¿Es eso de creerse? –pregunté sorprendido, y él contestó sin vacilación:
-Calígula fue lo que fue. Nerón mató gente y quemó Roma; pero en ambos la cuenta de muertos y delitos se cerró dando un saldo fijo. En el caso de Constantino la cuenta es variable y aumenta cada día. Los circos romanos en toda su historia no dieron el volumen de sangre que produjeron las cruzadas, ni hubo allí maldad tan refinada como durante la Inquisición. Yo no fui mejor que Calígula ni Nerón; pero es sí, afirmó que fui mejor que Caifás y que su suegro Anás. La verdad, o por lo menos la sinceridad de un dicho, se conoce por el acento de quien habla; y Herodes hablaba con tal firmeza y en tono tan alto, que yo estaba temiendo su voz despertara a los vecinos. Siguió diciendo:
-Se me acusa en la Tierra de haber degollado a Juan. ¿De verdad lo hice? ¡Sí!; estando en estado de ebriedad por mano de mi amante que todo lo había preparado, incluyendo a su hija Salomé, tan víbora como la madre. Firmé la orden para cumplirse días después, ya que, según mis órdenes, Juan debía estar en prisión a casi dos días de camino de mi palacio en Tiberíades; así que, calcula mi sorpresa cuando me presentaron la cabeza en una charola de plata que chorreaba sangre. No acostumbré nunca ir a ver las cabezas de los degollados. ¿Por qué en esta vez me la llevaron sin

mi orden? ¡Porque así lo pidió Salomé quien, en siglos idos, llamóse en la Atlántida Gripia la sacerdotisa; y más tarde Lucrecia Borgía. Ella me odiaba casi tanto como la madre, que estaba a mi lado por la conveniencia que le tenía. La mujer que bailaba para mí podía ser mía si yo lo deseaba. Salomé bailó para mí; pero no pudo ser mía porque la sangre de Juan quedó entre ella y yo.

Hizo una pausa para tomar respiración y siguió hablando, lentamente, en voz baja:

-En toda esta intriga había un cerebro. ¿Herodías, mi amante? ¡No! Ella era a la vez instrumento para manejarme. El cerebro lo fue siempre el pontífice judío: Ananías primero, Caifás después. Ellos manejaban todos los negocios sin detenerse por escrúpulos. ¿Por qué persiguieron a Juan hasta culminar en lo que el mundo sabe? ¡Porque Juan era un nazarita enemigo irreconciliable de la iglesia! Por eso buscaron y buscaron la manera de hacerlo aparecer como enemigo político mío; pero, ¿sabes una cosa?, yo simpatizaba con él porque también fui enemigo de la iglesia judía, que de iglesia sólo tuvo la apariencia, pues en verdad fue siempre sólo un instrumento político en manos de ambiciosos y degenerados, tanto o más que yo. -¿Y tú sabías todo eso? –pregunté sorprendido. Herodes contestó con resignación:

-Lo sabía, y eso me avergüenza: haber aceptado hasta tal punto mi degradación, a cambio de placer. Sentóse Herodes a la orilla de mi cama. Vio los cobertores que cubrían mis piernas muertas, las acarició con un impulso espontáneo. Continuó diciendo:

-Juan no fue ningún santo. Fue, simplemente, un hombre muy completo y valiente, eso es todo. Pronto me arrepentí del crimen, porque me hizo comprender hasta qué grado me había convertido en instrumento dócil y ciego de la iglesia, no obstante nuestra mutua repulsión; y todo porque siempre estaba ebrio. Muchas veces, en mis buenos tiempos, les ajusté las clavijas; pero en final fui un infeliz sin voluntad propia y a su servicio. Esa es la verdad. ¿Qué se dijo que Juan fue Elías? Es cierto; pero eso era vulgar. Los judíos siempre estuvimos esperando el retorno de nuestros antepasados. ¿Qué de raro tenia que se dijera eso? Los profetas se daban como la hierba mala, quedando en la historia sólo aquellos que algo valieron; pero lo que se dice en las escrituras y no se repite de viva voz, es que todos los profetas que algo valieron, fueron siempre enemigos de la iglesia judía, tal como lo fueron Juan y Jesús. Herodes levantó la vista hacia el rostro del espíritu que lo acompañaba y luego, dirigiéndose a mí, dijo:

-Juan estaba condenado a morir, y él lo sabía pues hubo amenazas e intentos de asesinato. La iglesia lo habría sacrificado de todas maneras, aunque después lo hubiera deificado; pero Caifás era más astuto que yo; y fui yo quien lo mató, sin haber tenido jamás deseos de hacerlo.

Se oscureció el rostro de Herodes. Se le encorvó la espalda, entró en decaimiento, visiblemente envejecía. Sin levantar la cara, haciendo sólo un ademán con la mano derecha, señaló a su compañero a la vez que en voz muy baja decía.

-Te presento a Juan, el degollado. ¿No lo habías visto? ¿Tan ingrato eres que lo has olvidado?

Di un salto de sorpresa en mi lecho al rasgarse en mi memoria el velo del pasado, y ver al maestro que, majestuoso, se me acercaba. Enmudeció mi garganta. Sentí inefable placer en el alma. Juan se redujo a decir: -Confirmo lo dicho, que tú, tanto como yo, sabes que es verdad; y ya volveré, ya volveré… entre otras razones para que veamos en que has trabajado…

XIV
MISTERIOS

¡Oh!, Misterios de la vida que infunden terror en vez de hacer pensar. ¿Por qué después de tantos siglos de existir, el ser humano aún no oye lo que ya debía oír, ni ve lo que ya debía ver? ¿Por qué llorarle a los muertos, que perfectamente vivos están a nuestro lado ayudando para que la vida sea menos penar?
¿Por qué aterrorizada huye la madre cuando aparece a su vista, feliz, el hijo que ella creyó haber dejado en una tumba? ¿Por qué se le llora al viejo adolorido y cansado que sólo busca un paréntesis de sueño para empezar de nuevo a jugar, y vivir y trabajar para siempre progresar? Así me han hablado los que en la antigüedad se llamaron hados; los que las religiones convirtieron en ángeles, santos y dioses; los que la ciencia aún no ha encontrado en el microscopio; pero que sin embargo existen, pues ¿cómo se pretende ver con microscopio lo que tiene el tamaño de un hombre?

XV
ACERTIJO

Probablemente la más extraña de todas las visitas hasta aquí registradas fue la muy fugaz de un espíritu que, sonriente, me dijo:
-Vine y me voy luego, dejándote este acertijo que si eres inteligente sabrás interpretar: he encarnado en América tres veces con el mismo ideal. En una fui Simón Bolívar, en otra José Martí, ¿cuál es la tercera? Piensa antes de contestar.
Se fue sin darme tiempo a pronunciar palabra.
Por lo que hasta ahora he aprendido, cuando estas visitas son así de fugases se trata de espíritus encarnados que no disponen de tiempo para más aclaraciones; y aunque no pretendo afirmar que de nuevo esté encarnado, es muy probable que así sea. ¿En qué país estará? ¿Se le hará esta vez justicia? ¿Se le encarcelará de nuevo por sedicioso, y se le acusará de actividades antiamericanas si llega a pisar tierra de Cuba? ¡El tiempo contestará el acertijo!

VI
HOY HE VISTO A DIOS

Hoy he visto a Dios; de ello estoy cierto.
A la sombra de un árbol, en la margen de un pequeño lago, estaba a solas con mi ego; ambos en la contemplación del cielo reflejado por el agua quieta y transparente.
Al agua rodeaba el bosque, a mí me rodeaban las flores.
Poco necesité para sentirme pequeño en medio de aquella grandeza de donde parecióme salía una voz que decía: “Dios soy yo”.
Sorprendióme tal prodigio; y al buscar con la vista inquieta encontré que había hablado el bosque gigante movido por el oloroso y fresco viento.
Mas la voz se repitió diciendo: “Dios soy yo”, y fue entonces el chasquido de algo que cayó moviendo al líquido elemento.
Todo parecía canto suave. El viento húmedo me acariciaba. La naturaleza toda parecióme un altar. En tal éxtasis me interrogué si sería posible construir un templo superior a aquello, y convine en que intentarlo sería un vano esfuerzo.

Bajo el impacto de la belleza que me arrobaba, recordé viejo escrito de quien afirmó, en serio y valiéndose de insidiosos artificios, que habiendo buscado a Dios por todas partes sin encontrarlo, buscólo entre los cacharros de su cocina con el mismo negativo resultado.
Pobre mentalidad exhibe quien así piensa, además de gran descuido, pues buscó seguramente hasta en lugares obscenos, menos en sí mismo.
Pero esa manera de juzgar no es peor que la del idólatra deleznable que crucifica al hombre a un madero sangrante para luego adorarle con lágrimas fingidas.
Ambos, a fe mía, están equivocados, y un vulgar razonamiento nos lo demuestra: Existe una estrella gigante llamada Epsilón, tan lejana que sólo con poderosos lentes se aprecia su belleza; y tan enorme que su ecuador puede contener hasta más allá de la órbita de Neptuno.
Así, pues, si en ese cuerpo celeste hay vida y los hombres están en relación al tamaño de su mundo, uno de esos hombres parado en la Tierra alcanzaría la Luna y con la mano podría detener su carrera. Con la suela de su zapato aplastaría a la República Mexicana, y al romper la marcha partiendo de un polo mediaría su paso hasta el Ecuador y el siguiente en el otro polo, y la profundidad de los mares no cubriría su pie. Pavoroso sería ese hombre súper gigante que, al agacharse para examinar nuestra vida en ciudades y campos deportivos donde la humanidad se aglomera, nos juzgaría míseras colonias de gusanos despreciables.
Pienso así, porque, al arrastrarme hasta la orilla del lago para ver cómo en ella las ondas mueren, he visto en el cercano fondo la arena movida por el agua que brota de un venero. Y cerca del venero entre la vegetación acuática, millares y millones de minúsculos seres se agitan, aparentemente sin meta, sin razón ni sentido, tal como el gigante de Epsilón nos vería.
Y supongo que ese hombre, al pensar en su Dios, diría: “Fui hecho a su semejanza”. Y claro, ese Dios, más grande y superior al nuestro resultaría, además de que aquel hombre, por la ley del fuerte nos lo podría imponer, eso si no desde antes juzgábamos al gigante como un Dios.
¿Cuál entonces sería el verdadero y justo Dios?; ¿el que creó a ese gigante o el que nos dio vida? El problema se complica si resulta que el gigante, además de gigante es un monstruo de varias piernas o de dos cabezas, o de tres ojos, o de muchos brazos. ¿Cuál, me pregunto, sería el justo Dios creador del Universo? Lo que parece fantástico se torna real cuando se sabe que hay tantos y tantos cuerpos estelares en el espacio, todos superiores a nuestro planeta; así, pues, ¿qué razón hay que justifique nuestra negación de humanidades en otros mundos? ¿Cuál sería en ese caso el verdadero Dios, el gigante o el nuestro enano?
Pero puede haber estrellas más grandes que Epsilón, y, por lo tanto, hombres más gigantes; y pueden haber también hombres enanos de muy alto pensar, para quienes estas disquisiciones resulten triviales. Quiere decir esto, que lo que nos rodea es todo relativo a nuestro tamaño y que nuestra mente aún sigue siendo enana; por tanto, el Dios que nuestra mente ha creado es un Dios pigmeo. Mas yo, entre la idolatría y la creencia ciega que dan forma a las religiones dogmáticas y la negación cerrada por el materialismo que también es dogmático, entro al tercio para afirmar que Dios lo es todo, que vive en las ondas del agua clara y tranquila, en los peces y los seres microscópicos, en el venero y la arena que se mueve, en el torrente que pule las rocas, en las ramas de los árboles que besan el agua, en los insectos, en las nubes que viajan, en el azul del cielo, y en mí también. Por eso, si me preguntan cuál es mi deber

hacia Dios, me resulta ingenua la pregunta pues mi deber es hacia mí mismo y yo soy sólo un fragmento de la humanidad.
Dios nos rodea, y vivimos en, y por El. Dios está en nuestra habla y en nuestro pensamiento. Dios me trajo aquí a meditar, Dios me volverá a mi hogar. Dios no es un ente individualizado ni existe con él semejanza, porque también en la semejanza está.
Pensaba también: ¿no es lo que nos rodea prueba de constante y perenne trabajo?
¿No será en los valores de la creación, que un hombre valga tanto como el pétalo de una flor?
Eso debe ser, porque todo lo que nos rodea representa un gigantesco valor del trabajo. La encima, desde cuando fue bellota trabajó tanto como la espiga a partir de cuando fue grano. El ave de cuando fue huevo, o la mariposa de cuando fue gusano.
Todo es valor de trabajo: la Luna requirió tiempo inimaginable para ser la Luna que conocemos, y la Tierra más aún para darnos la vida que tan mal llevamos.
Y si todo en el universo es trabajo, intenso y perenne trabajo, ¿quién es el que trabaja? ¡Alguien deber ser! Para mí, por no comprender el problema, digo que quien todo lo hace, hizo y hará, es Dios ¿Qué algunos lo llaman Naturaleza y otros energía, es lo de menos, que el pensamiento queda mientras que las palabras pasan con la evolución de las lenguas. Si, los hechos quedan, por eso las palabras que mucho dijeron nada dicen; en cambio, el hecho ha sido, es y será testimonio de que la creación existe.
Mi Dios es mucho más perfecto que tanto vano concepto y que tanta bárbara idolatría. Mi Dios no mata, hiere ni castiga. No aconseja el mal a los pueblos como lo afirma la Biblia, ni aplaude a los perversos como reza el viejo testamento, ni detiene la evolución y el progreso, ni ha dicho jamás que a lo escrito por los hombres no deba cambiársele ni una coma, pues, ¿dónde quedará tan soberbio reglamento cuando el actual castellano sea una lengua muerta?
No, a mi Dios no se le comprende, por eso se le hace intervenir en vanidades; más ya se debía saber que El es congruente, que no corona reyes torvos como pretenden los falsos intérpretes que si a sí mismos no se comprenden, mal pueden entender a su creador. Tampoco da derechos divinos porque nada hay divino, excepto cuando no se entiende. Mi Dios no está sentado pensando en venganzas ni dejándose arrebatar por la ira, tampoco tiene la vanidad de repartir bendiciones ni exige declaración ciega y forzada de su existencia. Y no hace nada de esto porque constante e intensamente trabaja. El trabaja, mientras el hombre ríe o discute sobre lo que se debía reír.
Sí, mi Dios es más, mucho más perfecto que todo cuanto hasta hoy de El se ha dicho y el producto de su trabajo lo revela. Por eso afirmo que hoy, entre el canto de las aves, el susurro de los árboles movidos por el viento matinal, el chasquido del agua rota por los peces, el murmullo de la cascada lejana y el silencio de un cielo impasible, he oído a mi Dios que habla. Y le he visto en la flora, la fauna y el arco iris, en el misterio de la vida y en mí mismo, puesto que me hace pensar. Y pensando estoy al arrastrarme sobre la hojarasca, cuando una zarza pincha mi carne y derrama mi sangre. Entonces veo que allí, en la zarza y en mi sangre, también está mi Dios.

XVII
JESUS

No obedece este libro a plan alguno; es sólo esfuerzo del último momento, últimos latidos de un corazón que fallece.
Anoto lo que pienso y levanto constancia de lo que dicen quienes me visitan, algunos que, viviendo en la carne hoy, también en la carne vivieron ayer. Hace dos noches que vivía los instantes más felices de mi presente vida: creía morir.
Había perdido casi por completo la sensibilidad en todo mi cuerpo y mi cerebro adquirió desusada lucidez. Desde lo alto veía mi covacha sucia, creía que ya empezaba a volar.
Me despertó la sensación de una mano fresca sobre mi frente pálida. Volviendo a esta mísera vida clavé la vista en quien me resucitaba. De momento no lo reconocí. Me sonreía. Sentí calor en la habitación que cada día es más fría. No quería yo, tal vez no podía yo hablar. El visitante me dijo; -No es tiempo todavía. Lo que es de Dios a Dios, y lo que es de César al César. Tú no te irás sin antes haber pagado el último coronado.
¡Oh! Amigos, muchos habréis tenido penas duras; pero ninguna tanto, como volver de la muerte para vivir; y si vivir escuchando a tan insigne personaje fuera la misión, misión halagadora sería; pero eso, por ser felicidad, es normal que poco dure.
-Hablemos –me dijo- del hombre que en la actual época más se vende y mayores utilidades produce. Hablemos del que, sin haber siquiera pensado en formar religión alguna puesto que fue enemigo de todas ellas, es, hoy, la más ensangrentada piedra de sacrificio de las más temible religión. No contesté. Estaba en mi cerebro la lucidez; pero a los pensamientos mis órganos muy poco obedecían. El visitante siguió diciendo:
-Naturalmente es difícil olvidar los propios infortunios, y en verdad no hay para qué intentarlo. Así, pues, levántate y escucha para que recuerdes un poco de tu ayer.
Hizo corta pausa y continuó: -Fue salvaje costumbre romana condenar sin previo juicio a la gente, y mandarla crucificar para adornar la Vía Apia, que entonces era arteria importante y que ahora va desde el límite Norte hasta el talón de la península itálica. Muchos de esos crucificados, a veces por sí mismos, otros con ayuda, lograron huir; y entonces el imperio resolvió que para que esto no volviera a ocurrir, conveniente era poner las piernas del condenado en hueco, para que el verdugo sobre las rodillas dejara caer pesado madero. Entonces seguía la crucifixión. El castigado, en esas condiciones ya no deseaba huir, sino cuanto antes morir. El visitante me miró interrogante, hasta que contesté muy débilmente:
-Ahora lo recuerdo; siendo esclavo del imperio ejercí por algún tiempo tan horrenda profesión. ¿Es ahí donde viene el mal de mis piernas? –pregunté y me contesté-. Sí, antes de encarnar se me dijo que de aquello algo me faltaba por pagar.
Al reconocer el porqué de mi mal, sentí que mis dolores se aliviaban. Dije:
-No sé quien eres.
-Hablemos de otra cosa –me contestó-. Por de pronto no más temor ni tristeza, que al fin conoces la vida de espíritu, tanto como la de este mundo; y pronto será grato recordar los sufrimientos de ahora que por siglos fueron deudas, pesadas como eslabones de cadena que te impidió levantar el vuelo. Hizo una pausa. Su cátedra empezó:
-La vida en la carne es vida de riesgos, apurados trances y borrascas de pasiones, donde el espíritu a veces pierde el rumbo cuando olvida la brújula que es su conciencia. Y más pasiones bajas se agitan en derredor de un espíritu cuanto más alta es su labor, tal como los insectos se agitan en torno a la luz. La lentitud y suavidad de su voz recordóme a aquellos

varones apodados “de la palabra suave” esenios que sabían de la vida y de la debilidad humana bastante para profetizar. Continuó:
“Viví cuando al hombre gustaba de su semejante arrancar la piel a pedazos, desgarrar la carne y sacar las entrañas palpitantes. La escuela de Grecia no había sido bastante para despertar la humana conciencia. Espíritus, como estoy hablando ahora, llevábamos luengos siglos de batallar para sacar al hombre del embrutecimiento. Quien cayó ayer, quien hoy, quien caerá mañana. Eso era parte de la tarea, que ya vendrán tiempos mejores. Y así, previo acuerdo, cada cual en la vida, como hombres, tomamos nuestro puesto de combate.
“Creer que el milagro dio gratuitamente lo que por esfuerzo propio debíamos conquistar es no tener siquiera idea de lo que son las leyes naturales; y la justicia es sólo una ley, tan inmutable como el movimiento de la Tierra alrededor del Sol.
Tras corta pausa, sin yo hablar, siguió:
-Mi niñez fue simple, propia de cuerpo enfermizo. Mi padre, viudo de su primera esposa, era retraído. Ocupábase poco de mí porque debía atender a mis cinco hermanos mayores, herencia de su difunta primera esposa. Mi madre, mujer activísima, tuvo un hijo por cada año hasta completar siete; y el menor de ellos, con quien tuve enorme afinidad y tú muchísima amistad por ser sólo un poco mayor que tú, llamóse Jaime. ¿Lo recuerdas?
Me encogí de hombros. El maestro siguió diciendo:
-“Fui poco a la escuela porque entonces, y para el pueblo judío, no había escuelas. Aprendía de mi madre que fue vestal de los esenios, y de mi padre que era nazarita. De las conversaciones caseras y entre parientes aprendí bastante para iniciarme en la Escuela de Arimatea. “Según la religión judía, lo mismo creyentes que no creyentes debían presentar a sus hijos al templo a la edad de doce años o exponerse al fanatismo fariseo.
“Mi madre viajó especialmente a Jerusalén para tal presentación. Entonces en el Sanedrín se discutía acaloradamente una ley pedida por Roma para aplicarse a los judíos: que denunciara a todos los enemigos del imperio, y como la religión buscaba su propia utilidad quiso ampliarla a que las denuncias fueran también contra los enemigos de la religión.
“Situación tal, que amenazaba alterar una vez más la paz de país y del hogar, fue platillo diario por muchas semanas; y mis padres, tanto como los amigos de la casa, todos nazaritas enemigos del imperio negro así llamada la iglesia, eran los más afectados y sus resoluciones fueron: luchar contra tal ley que era un atentado contra la vida privada y el derecho de ser humano. “Y así en ese tono, los que de los nuestros en el Sanedrín hablaban, exigían el repudio de ley tan absurda. Pero Ananías, llamado Anás, por boca de sus sacerdotes daba voto y apoyo a Roma, a la vez que aseguraba estar en riesgo la religión por tantos enemigos que día a día se multiplicaban poniendo en peligro de muerte a la religión nacida de aquellos hombres: Levy y Judá 16 siglos antes.
“A una de estas reuniones, en busca de Arimatea fue mi madre llevándome de la mano. La acompañaban mis tres medio hermanos mayores: Matías, Cleofe y Eleazar, este último para mí el más querido de todos mis hermanos. El ambiente de la asamblea era caldeado, el agotamiento estaba manifiesto en los rostros. No había probabilidad de resolver nada, cuando alguien tuvo la idea de someter el caso a juicio de algún niño presente, sólo como una argucia para demostrar lo necio de las argumentaciones de los sacerdotes y los príncipes. Era yo el único de mi edad y me preguntaron de esta manera:
-“¿Es lícito denunciar a tu pariente?

-“No, no es lícito –contesté- porque para el caso, Roma paga gente que vigila.
-“¿Es lícito denunciar a alguien porque no obedece a la religión judía? –insistió mi interrogador? -“No, no es lícito porque eso es cosa del alma en la que los hombres nada pueden hacer. Imponer una creencia, no es ganar un creyente.
-“De tan simple acontecimiento, natural en mi caso por tanto como había oído, se hilvanó una leyenda que nada tiene de común con la realidad, todo para hacer un Dios de lo que fue un hombre.” El espíritu que tal relataba, suspiró profundamente continuando:
-“Estudié en Jerusalén, en la Escuela de Arimatea, misma dirigida por Gamaliel, en Jaffa, puerto del Mediterráneo donde estudió Juan, 3 años mayor que yo y pariente lejano mío. Aprendí un poco algunos oficios manuales. Viví en Grecia estudiando filosofía y ciencia. Jamás puse un pie en Roma. Pasé por Egipto y viajé a la India, cuna de nuestra raza, donde me hice terapeuta aprendiendo mucho de filosofía.
“No son muy profundas las huellas que dejé en esta odisea; sin embargo, con el andar de los tiempos algo se irá encontrando que lo demuestre.”
Como quien rememora, se quedó largo rato pensativo con la mano derecha sobre mis piernas. No interrumpí. Dijo: -Varios hombres, y simultáneamente en diversos lugares, debíamos hablar. Así fue planeado como espíritus, y así fue acordado y ratificado por los cuerpos que lo juraron en la escuela esenia. Dijo cada cual su parte, y yo la mía. Después, mucho de los que otros dijeron fue puesto en mis labios.
Imposible me fue impedir el impulso de preguntar, sabiendo que era necia mi pregunta:
-¿Fuiste acaso, el fundador de alguna religión? –dije. Sonrió el maestro al contestar diciendo:
-“Sólo la ignorancia de mis hechos puede hacer tal pregunta. Porque nada hice contra el imperio romano tuve la simpatía de Pilatos que por tres veces intentó salvarme. Porque no respaldaba la administración de Herodes tuve su disgusto. Porque Juan y yo denunciamos la corrupción del gobierno que llevaba al pueblo a la ruina tuvimos el odio de Herodias; y porque señalábamos la decadencia y desprestigio en que estaba la iglesia tuvimos de ella odio sin reservas. “Victimas del odio de las diversas iglesias del mundo, han caído ilustres cabezas, y la de Juan fue una de ellas. Yo fui sólo un incidente de aquella época dentro de la historia de aquella iglesia, cuya prolongación hasta la fecha actual todos por igual tenemos que lamentar.
“Los condenados a la cruz debían sufrir la rotura de las piernas, eso tú bien lo sabes; ¿por qué no procedieron así conmigo? ¡Ah! Ese fue el último intento de Pilatos por salvarme del odio y la humillación. ¿Por qué bajaron aquel cuerpo a las tres horas siendo que la ley decía claramente que debía permanecer tres días crucificado? ¿Por qué los soldados romanos no hicieron cumplir la ley? “Todo esto tiene una sola contestación: fue Caifas, el pontífice, quien exigió el sacrificio; fueron fariseos, judíos, de quienes recibí los escupitajos y que me hicieron sentir la fuerza de su brazo. Fueron ellos los que me arrastraron a la cima donde desde varios días antes había tres cruces, pues yo no cargué ninguna, y fueron ellos, mis hermanos los judíos, quienes nos crucificaron; a mí en substitución de un bandido.
“Los romanos sólo vigilaron que el orden no se alterara más de lo conveniente; y fueron ellos los que a todo el mundo retiraron, incluyendo a

los fariseos. Llevaban órdenes de Pilatos mismo, que a toda costa intentaba salvarme la vida y me la salvó.
“Curaban mis heridas lentamente, por atención de mis maestros que de nuevo me pusieron en pie. Hablé con quienes debía hablar y ante de vencida la tercera luna entregué mi tributo, porque en la Tierra ya nada tenía que hacer. Ahora mis restos, para testimonio, están junto a los de Moisés, otra victima de la malicia. Y no están donde se les ha buscado, sino en los subterráneos que fueron la escuela esenia en Jerusalén, entrando por Getsemaní. No falta mucho para que sean encontrados, sólo falta que la humanidad esté en condiciones de recibir semejante noticia.
“Si Pilatos representaba a Roma, en nada me ofendieron los romanos. Respecto de los judíos, algo de eso esperábamos que ocurriría; de manera que la muerte no fue ninguna sorpresa.” Dije: -Tanto como se ha dicho, maestro, que viniste a redimir a la humanidad, me obliga a preguntarte si eso es verdad. El maestro contestó con una sonrisa triste: -Redentor es todo el que hace algo por liberar a las conciencias de la esclavitud impuesta por la ignorancia. El científico que busca la verdad, es un redentor. El filósofo que investiga y proyecta su pensamiento, siempre más allá, es un redentor. El hombre que rompe las cadenas que atan su pensamiento, es un redentor.
-Muy cierto, maestro –repliqué-; pero se dice también que viniste a limpiar de culpas al hombre. El maestro me contestó lentamente:
-“Ese vano concepto es invento judío, pues en la antigüedad se creyó que Dios perdonaba pecados según los sacrificios que en su holocausto se rendían. Pero la realidad es muy otra; responsable es cada cual de sus actos, y de ellos recibe los beneficios o perjuicios a que se hace acreedor. Nuestra labor fue: despertar conciencias y, a lo que parece, muy poco o nada se consiguió pues la humanidad, inexplicablemente, va retrocediendo día por día, volviendo al paganismo más irracional y desenfrenado. El cielo, que nunca nadie vio, tiene precio por parcelas como si a Dios interesara el oro, metal inmundo. ¿Cómo puede interesar a mi Padre tan mezquinos intereses, cuando tiene mundos que por su evolución son de materiales muchas veces más ricos que el oro terrestre? ¿Y qué puede importarle un mundo de oro, cuando es dueño de todo el Universo? Y esto digo, bajando al Padre hasta el pobre humano concepto; que para quienes vislumbran lo que realmente es, insensata resulta semejante disquisición.
“El hombre siempre ha querido tener efímeros Dioses a quienes adorar; y, desgraciadamente, a los actos de ciertos hombres se les dio valor de actos divinos y a los hombres se les convirtió en seres divinos.” El tema me excitaba. Pregunté: ¿No te molesta que te hayan convertido en ídolo? -Me molesta –contestó- que el esfuerzo de tantos siglos, aún no de resultados importantes. Me molesta que el hombre siga pensando con veinte o treinta siglos de retraso. Me molesta que el odio siga dueño del ser humano. Me molesta nuestro fracaso, pues habíamos planeado que para esta fecha los hombres serían ya hombres de luz.
-Pero –repliqué- , ¿No te molesta que tu nombre sea el eje de la moderna abominación?
-“No, porque hay en ese personaje muy poco de mí. Mi nombre fue José, como mi padre. Jamás produje milagro alguno que la ciencia moderna no pueda explicar; jamás dije nada que insinuara la formación de una nueva escuela de humillación. Mis palabras fueron siempre en el sentido de que el hombre debe ser libre de pensamiento, para poder ser libre en lo material.

“Y de lo que fui, hice y dije, el hombre no conoce siquiera un poco. Se inventó un personaje que nunca existió y se pudieron en su boca la recopilación de todas las enseñanzas antiguas partiendo del sánscrito. Kristo no fui yo, bien lo sabes porque te han llevado para que lo veas, y además, muy cerca de mí anduviste. Kristo fue un Dios judío antiguo resucitado en la leyenda. A ese personaje se le acomodaron algunos de mis dichos, y muy pocos de mis hechos. Leyendo con cuidado la edición más sincera de la Biblia, se descubrirá con facilidad lo que es copia de antiguas costumbres, antiguas mitologías y enseñanzas que tuvieron su origen en muchos siglos antes de que yo viniera a lo que vine. Una vez sacado de la Biblia eso que no es mío, lo demás es paja entre la que se encontrará una que otra palabra mía. ¿Y cuántos han estudiado la Biblia para poder juzgar de lo que te hablo? ¡Y los que menos la han leído son los que en el mundo llamado cristiano menos me comprenden, acabando por forjar en sus mentes un ídolo que nada tiene que ver conmigo.
“Jamás vestí sedas ni armé mi mano; ni humillé al hombre obligándolo a cargarme, después de besar mis pies; ni amé el oro ni intenté alterar la paz entre las naciones. En resumen, que el hombre de que se habla en el mundo cristiano no soy yo; ese es un Dios mitológico ya en desprestigio desde aquel entonces, y que yo combatí; pero que la idolatría hizo resurgir prolongándole la vida veinte largos siglos más. Pero los tiempos ya se llegaron y la abominación desaparecerá.” No dijo más. Se puso de pie, tocó mi frente, y bajo la sensación de su fresca mano me quedé dormido; dormido en lo material y en lo espiritual, pues no recuerdo nada que después haya sucedido sino hasta pasadas muchísimas horas.

XVIII
LA GOTA DE AGUA

He estado reflexionando: ¿qué es Dios y qué soy yo?; ¿seré la gota de agua y Dios el mar?
Del mar, fuente inexplorada y eterna de energía y vida, se levanta en todo instante vapor limpio, transparente, invisible, que al cielo llega para luego caer con música entre colores de arco iris, otras en tormenta aterradora con acompañamientos de truenos y luces cegadoras.
Pero en uno y otro caso no es ya enorme velo que sube, sino gotas individualizadas que hace cada cual su tarea. Al caer la gota en la montaña pule las rocas y arrastra el limo que fertiliza las llanuras convirtiendo desiertos en praderas. Salta veloz en la catarata y ayuda a convertir en trágico el torrente que ante fuera arroyo apacible. Más tarde se convierte en límpido lago transparente que en su quietud refleja al cielo, a la vez que en su seno palpita, desenvuelve y multiplica la vida. Eso es el agua: suma de gotas cada cual fuente de energía y vida, que a veces por el trabajo se mancha; pero que siempre se limpia cuando se eleva al cielo. Y la gota es del mar su representante en la tierra.
Y la gota rueda y rueda, canta o ruge, humedece la tierra donde germina el trigo, llora en la caverna, brilla como diminuto sol en la lluvia, entra en reposo sirviendo de espejo, se eleva al cielo; pero, fatalmente, una y otra vez al mar vuelve, de donde con renovada energía a su tiempo se levanta para empezar nueva tarea.
La gota de agua no es inerte, ni inconsciente, sino un ser viviente, inquieto e inteligente, que a veces se aísla, otras se asocia; pero sola o acompañada, ya como gota, ora como velo, siempre al terminar cada tarea vuela al cielo para, al fin, volver algún día al punto de su origen.

Por eso al pensar en mí, pienso si seré la gota de agua que ahora vive en el remanso del río que más allá se precipita en catarata imponente y hermosa, que alguna vez vivió en la tormenta y que otras ha reflejado al cielo, que una y otra vez se eleva y que algún día volverá al punto de su origen para quizá volver a salir a nueva tarea.
¿Será cada ser humano como la gota de agua, y Dios como el mar?

XIX
MOISES

Debido a que traté al hombre llamado Moisés, lo he reconocido en cuanto se presentó a mi vista como espíritu. Siempre fue parco en el hablar y poco sonriente. Parece que el peso de hondas preocupaciones ocuparan de continuo su mente. No fue ni es ningún místico. Es un espíritu práctico que sin preámbulos va al asunto. Me miró y dijo:
-Porque fuiste de los míos en aquel entonces y en algunas encarnaciones posteriores, te tengo estima. Me dijeron que pronto vas a nacer, nacer al mundo de los espíritus, y me alegro, porque urgidos estamos de peones para construir el mundo de mañana que amanecerá en ruinas. Me satisfacían esas palabras. Sentía lo que toda persona siente en su interno cuando se pone en éxtasis. A decir verdad, me sentía mucho más aliviado de mis males de cómo días antes estuve.. ¿Por qué, entonces, hablaba de mi pronto morir? No lo sé, supongo que para el espíritu el tiempo cuenta de manera distinta. El siguió diciendo:
-Háblale a un niño, y verás cuán poco te comprende. Así nosotros, al entregar la ley fue como hablar a niños. No entendieron porque no quisieron entender; y aquí estamos ahora con los 36 siglos vencidos en 42 años, y con las mentes tan ofuscadas como antes, quizá más. ¡Lamentable espectáculo!, ¿no es verdad? Los odios que creímos, tú conmigo, haber sepultado en la arena y en las aguas del Mar Rojo, germinaron y ahora florecen por toda la faz de tu minúsculo mundo. Dura tarea nos ha sido detener la tempestad que, según parece, a pesar de todo se desatará. Mientras él hablaba, yo veía aquella figura que irradiaba majestad. Exclamó:
-¡Vaya osadía! Ahora el hombre puede desencadenar vientos, trastornar el cielo, envenenar el aire y sacudir gigantescas moles; pero, ¿puede, por ventura, construir un grano de trigo capaz de servir de simiente? ¡Más convendría al hombre entenderse y conocerse a sí mismo antes de intentar un paso más! El imperio del mundo no será de quien pise el barbecho con bota de hierro tendiendo lanza el ristre, sino del que mejor trabaje y más piense. El primero reinará brevemente sobre el áspero peñascal de donde la vida huyó. Luego el polvo del tiempo borrará su huella. El segundo vivirá siempre en presente, porque sin su concurso, la vida, aun la del guerrero, es imposible.
Esa voz tuvo la virtud de traer a mi ventana, pantalla mágica, escenas fugaces que completaban las palabras. Apareció un piélago hervoroso, acariciado por nubes negras, espesas, que en torbellino de sombras se agitaban, rasgadas a veces por la luz de un sol inmóvil y sereno que nadie

podrá jamás vencer. Y cuando la luz potente toca las crestas agitadas las convierte en aguas lucientes, que se tornan de tragedia en poesía.
Moisés siguió diciendo: -“Surge por doquier el amotinamiento del pueblo movido por la sedición que aconsejó el hambre, y entonces exáltase la ira de los que se confabularon contra el pueblo. Brillan en las manos de los iscariotes los aceros pulidos, y una vez más la Tierra se nutre de sangre. Ese ha sido hasta hoy el triste panorama en la vida diaria del hombre; y los códigos encarcelan y ejecutan a quienes roban por hambre, mientras que coronan y ensalzan a quienes traicionan y roban para acumular fortunas.
“En condiciones tales, la humanidad es un ser náufrago ya falto de aliento, que ansía ver una ribera, una costa, siquiera un peñasco que dé asiento firme a su planta cansada, y una vegetación amable que proporcione sombra a su fatiga. Pero nada de eso se vislumbra en el porvenir; por el contrario; el oleaje de la alta mar sigue en crescendo, encrespando cada vez más, arrastrando al hombre en forma sinuosa.”
Mi escenario, que a las palabras seguía, mostró ese oleaje gigante que al llegar a las rompientes se estrellaban pulverizándose entre gran estruendo. El viento huracanado arrastraba las rocas tierra adentro. Pensé: “Si a esa costa llegara el cansado náufrago, su existencia en seguida desaparecería.”
Moisés guardó largo silencio mirándome con ojos tristes, esperando mis palabras. Dije:
-De mis hechos de antaño recuerdo que te dejé cuando se levantaban en el porvenir del pueblo hebreo las gigantescas montañas rocosas e inhóspitas de Sinaí; y me agita el deseo de saber qué sucedió después de mi muerte, pues he leído lo que de esa aventura se escribió y no me siento satisfecho. -“La historia es bien sencilla, hijo mío –me contestó-. El pueblo confundió libertad con libertinaje y pronto renegó de mi tutela, dándome como pago el despido, y agradecido estoy que no me hayan dado la muerte. Judá dio base a los judíos, y Levy a los levitas, que juntos hicieron la pesadilla de esa tierra que ha visto crímenes como en ninguna otra parte los ha habido.
“No importa donde se crea que mi cuerpo está; la realidad es que se encuentra bajo el monte de los olivos, en las catatumbas que en Jerusalén vieron el renacer de la Escuela Esenia donde se educaron todos los profetas hasta Jesús. Allí, en un futuro próximo se encontrarán mis restos, y los de Jesús y los de otros profetas que tal nombre merecieron.
“Hay quienes me recuerdan con cariño, otros sólo piensan en mí como en Dios; y quienes así hacen en aquella tierras que tú tanto caminaste, suponen que mis restos descansan en lugar no identificado del Monte Nebo; pero he de decirte que fue allí donde la malicia e ingratitud de mi pueblo me expulsó, porque no quiso seguir las huellas de nuestros antepasados; mas no viví allí el último minuto, allí empecé una nueva fase de aquella azarosa vida. No podía dejarme vencer por el infortunio. No debía permitir que el enemigo triunfara en sus malévolos propósitos. La fuerza y la traición se quedaron con la gente; muy bien, yo me quedé con la idea. No fueron miles de hombres los que predicaron por el mundo como yo lo deseaba; fueron sólo un puñado de profetas, y ellos son mi orgullo porque son el fruto de mi trabajo.
“Si la horripilante historia de los judíos, no toda debidamente relatada, fuera el fruto de lo que enseñé, me sentiría profundamente avergonzado de haber existido; pero no me avergüenzo, porque lo que los judíos, después de mi expulsión del pueblo hicieron, fue lo que los enemigos ordenaron en su intento de borrar nuestras palabras, que no murieron

totalmente porque espíritus maestros los mantuvieron a raya. Tú debes recordar algo de aquello porque varias veces fuiste soldado de la causa."

-No recuerdo nada de momento –contesté.

-Vendrá quien te ayude a recordar, para que veas cómo de pequeñísimos actos anónimos frecuentemente resultan gigantescos beneficios. ¡No todos los héroes representados en piedra o bronce han sido realmente héroes, a veces han sido sólo zánganos ególatras!

Guardó silencio, y como yo no contestara siguió diciendo:

-Ya está dicho lo que motivó mi visita: que los 36 siglos enunciados están vencidos, el balance se hizo, la sangre subió hasta el cuello de los caballos que vuelan y arrojan fuego, ¡sólo falta la última campanada que muy pronto vibrará! Ha sido anunciado que una nación se convertirá en despojos, y esto es verdad; pero, para el gobierno del Universo, en tu mundo no hay fronteras; por lo tanto en el mundo una nación con lindes sólo en el espacio. ¿Será esta nación la que pronto se convierta en despojos? Eso tú ya lo sabes, puesto que te fue mostrado cuando se levantó la cortina. El escenario de mi ventana desapareció cuando Moisés decía:

-Siglos pacíficos y de ventura esperan a quienes se salven de la borrasca. Siglos pacíficos serán porque los espíritus malignos han sido expulsados para que ya no causen mal. Para entonces gobernará la razón sobre el mundo y será delito la discordia.

Desvanecióse tan majestuosa figura, quedando en su lugar las sombras de mi lóbrega alcoba, de mi piso crujiente al paso de los ratones, de mi techo descascarado y con telarañas polvorosas en los rincones.

XX
NADA SÉ DE MÍ

Nada sé de mí, a pesar que conozco siglos de mi vida. Me he visto salvaje, libertino, trabajador y moralista. Carcelero y mártir de la libertad, guerrero y pacifista.

Cada vida es la semilla del mañana y la floración del ayer; cada existencia es un balance y un saldo, por eso se puede leer el destino en la palma de la mano. Pero, ¿qué soy yo? Es mi eterna interrogante, porque nada sé de mí.

Aunque a veces me parezcan seres extraños los personajes de mi ayer, la verdad es que los amo con egolatría y me ofende cuando de ellos la historia habla mal. Y me ofenden porque si no puedo justificar el ayer de mi vida, con el hoy lo justifico.

Sin embargo, nada sé de mí; pues si una vez se creyó que la vida estaba en la sangre, hoy no se sabe donde está. Y si yo he vivido tanto, quiere decir que soy la vida que movió a la sangre que ha dado forma a tantos cuerpos; más ¿qué es la vida?

¿Es la vida energía?; ¿podrá algún día encerrarse la explicación de la vida en una fórmula?

¿La energía es inmortal, indestructible, eterna; pero ¿obedece también a la ley de la evolución? Se le llama energía a un algo, a un todo que nos rodea, que no vemos ni sentimos, que flota en los espacios estelares, que mueve los diminutos sistemas planetarios como el nuestro y las gigantescas galaxias como la nuestra, y el enjambre de galaxias que se adivinan en los telescopios; pero ¿es la energía un todo homogéneo o que se compone de unidades disímiles, en distinto grado de evolución y en

distinta forma de manifestación? ¿Somos cada espíritu una de esas partículas o la suma de muchas de ellas?
¿Cómo arrancó nuestro principio? ¿Cómo será nuestro fin? ¿Es que en la noche de los tiempos hubo una separación de una porción de energía, que después se individualizó hasta llegar a la manifestación en que estamos cada ser? ¿Es que al final del viaje volveremos a sumarnos al todo de la energía?
No se me llame ignorante porque haga tantas preguntas, pues ya lo dije antes, nada sé de mí.
Es forma fácil salir de apuros inventando un poco ingeniosa vida de ultratumba, trátese de un infierno ilógico o un cielo tedioso, o, peor aún, una vida de fantasma errante.
Sí, es fácil inventar cosas así, como es más fácil inventar lo que hay en la cumbre de una montaña o en el fondo de un abismo, que ir, ver, y luego hablar.
Forma parte de mi desgracia en esta mísera existencia recordar mi largo pasado, con todas sus lacras y sus glorias. Y porque lo recuerdo, y, más aún, porque he vuelto a vivir y sentir lo que antes he vivido y sentido, es que me puedo lamentar de que a la altura que el hombre se encuentra siga creyendo en absurdos, sólo por tener algo en que creer, cuando más le valdría investigar, subir a la cresta de la montaña y ver desde allí el panorama de sus vidas; o bajar al abismo y ver desde el fondo oscuro y tenebroso, lo que tiene que subir para ver la luz.
Porque yo he hecho esto, es que nada sé de mí.

XXI
SOY EL QUE SOY

Hablemos del ser hombre, que al hombre tanto odia. Y hablemos también del Dios único propuesto e incomprendido por los hebreos. La biblia, al respecto, dice así:
“Y dijo Moisés a Dios: he aquí que llego yo a los hijos de Israel, y les digo: el Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros; y si ellos me preguntaren: ¿cuál es su nombre?, ¿qué les responderé? “Y respondió Dios a Moisés: `Yo soy el que soy’. Y dijo: Así dirás a los hijos de Israel; `Yo soy’ me ha enviado. Este es mi nombre para siempre, este es mi memorial por todos los siglos.” Así dice la biblia al relacionar a Dios con el hombre, y al respecto pienso: del relato bíblico, el “Yo soy” significa, que Él está en mí y yo en Él.
¡Sabiduría infinita encierra la tan antigua enseñanza, que no por casualidad perdura hasta nuestros días! Sabiduría es, porque ya desde aquellos oscuros tiempos un hombre concibió la entonces descabellada idea de que Dios no ha sido jamás ser individual y tangible, sino algo impersonal, cósmico y omnipresente, que todo lo ve y todo lo sabe porque todo ocurre en sí mismo. Cuándo Moisés habló, le contestó su conciencia, su Yo interno y eterno, por eso de sí mismo dijo: “Yo soy” Han sido siempre los siglos, inmejorables aliados de la verdad; y ahora, pasados los siglos, se va demostrando que cada ser, sin vanidad de por medio, puede decir de sí mismo: “Yo soy el que soy”, puesto que Soy manifestación del Creador, como lo es toda viviente manifestación sobre y fuera de la Tierra.
El Universo es desde lo microscópico hasta lo macrocósmico. Y el Universo todo, a donde el hombre por diminuto no cuenta, a su vez puede decir: “Yo soy el que soy”. Soy la manifestación física, activa y viviente del único Creador de las formas visibles e invisibles.

Recogimiento en sí mismo. Meditación larga y profunda, requiere ese Yo soy antiguo, para ser comprendido en la época moderna.
Meditación hace falta, sin prejuicios vanos ni religiones que encadenen al espíritu, meditación sin intereses metálicos y por ello mezquinos. Meditación en fin, con el corazón en la mano y el pensamiento buscando en lo alto al verdadero Yo al Dios interno de cada ser.
Sólo así, meditando, el hombre encontrará su grandioso origen y su glorioso destino.
De hombres tan antiguos que se pierden sus huellas en el polvo de la historia, confundiéndose con mitos, llegó la primera luz al mundo.
De esos cerebros de pensamiento recio que no aceptaron las cadenas de las sombras, nos llega hasta la hora presente su reflejo.
Mas, a pesar de encontrarnos ya en la hora vencido, aún no los hemos comprendido. No los hemos comprendido, porque en el pensar el hombre aún es niño. Niño que se asusta, llora y se siente extraviado cuando se le quita lo que tan ingenuamente llama creencia, pues creer en algo, aunque sea un absurdo, es su vida. Y yo, porque vivo la misma edad del hombre no he sabido con el pensamiento volar alto; por eso también me siento extraviado y también a veces clamo, otras lloro, acabando siempre por reconocer que nada sé de mí, que nada valgo en el concierto humano y que en el Universo nada cuento.

XXII
ANTULIO

Música vibro en mi interior. Supe que iba a presenciar algo sin igual; y para el evento me apoyé en los codos y arrastré mi cuerpo muerto hasta quedar sentado en la cama. Desparecieron los muros y yo dejé de ser inválido para encontrarme de nuevo joven, como habitante de la antigua Grecia.
Grandes festividades se realizaban en Atenas. Las ropas de gala y las flores eran el mejor regalo a los ojos. Era la fiesta de las flores en que se premiaba a la mujer más hermosa, que en esta vez se llamaba Iris y que el Areópago entregaba como regalo al sabio Antulio, quien había dedicado su vida por entero a la enseñanza de la ciencia y la moral.
Poco puedo decir de ese hombre de quien oí hablar mucho; pero a quien vi sólo aquella vez.
El acto, no obstante ser lo culminante de las fiestas, paso casi inadvertido porque todo mundo estaba distraído y alegre. Sólo recuerdo que Antulio, imposibilitado para rechazar el obsequio de los sacerdotes griegos, al recibir a la joven por esposa la miró con ojos tristes, como quien lee en el porvenir. He sabido después, que al recibir la mano de la joven, le preguntó:
-¿Dónde está tu imperfección, mujer?
¡No sé que ha pasado que el escenario entra en tinieblas, luego sigue un día triste!
-¡Ah!, me entero que sólo a unas semanas de tan fastuosa celebración, Iris, la mujer hermosa educada por el Areópago, había acusado a su esposo de perversidad.
La multitud se levantó airada, desconcertada por lo que no quería creer, y yo estaba entre la turbamulta que exigía a los sacerdotes el castigo.
¿Castigo a qué? ¡Nadie lo sabía! ¡Aquello había sido debidamente preparado por los eternos intereses mezquinos que azuzaban sin explicar nada!

Cuando Antulio estuvo frente a sus jueces, con Iris al frente como acusadora, volvió a dirigirle una mirada triste a la vez que le decía como una sentencia:
-Ya veo dónde está tu imperfección, mujer.
Y poco después Antulio caía asesinado por la cicuta.
Ha sido en ese instante preciso cuando he visto, con la claridad con que se ve lo material, cómo del cuerpo del maestro Antulio se levantaba un espíritu luminoso.
No sé qué me sucede. Vivo el escenario, soy actor y espectador simultáneamente. Aquel espíritu, sin palabras me ha hecho saber que se llamó Isaías y sin moverse del lugar se transformó al personaje más discutido del mundo: Jesús.
Luego he visto a la hipócrita y traidora Iris, que, llorosa y arrepentida, por siglos ha seguido a su víctima, llamándose, entre otros muchos nombres, Magdalena y Teresa de Jesús. Repentinamente todo desaparece, quedando en su lugar el frío y las sombras que me acompañarán por horas y horas, tan largas como las edades de la Tierra.

XXIII
DAVID

Vivo en soledad de claustro. La soledad en el cuerpo ha sido por largos años mi compañera, la soledad en el alma a veces me hizo llorar. Cuando fijo la vista en las vigas podridas del techo de mi aposento, encuentro en mitad de la pieza el terco revolotear de moscas que giran y giran y vuelven a girar, zumbando monótonamente sobre un mismo sitio.
Entonces me entrego a los pensamientos, único mío que no ha sido afectado por mi enfermedad. En una de estas largas sesiones de quietud y silencio, se me ocurrió preguntar a mi consciencia por qué se me dijo que fui soldado de la causa de Moisés; y al inquietarme por algo tan viejo que ya no me debía importar, sentíme joven y fuerte sentado a la sombra de un roble. El calor deshacía en gotas mi frente. Yo esperaba. ¿Qué esperaba? Reflexionaba que vivía rodeado de alimañas y traiciones. ¡Ah!; entonces vi a diez pasos de mí una larga tienda de tela profusamente adornada y vigilada por cuatro centinelas armados, uno en cada esquina.
Mi memoria fallaba lamentablemente. ¿Qué era todo aquello? Yo vestía como los centinelas y colgaba de mi cinto tosca espada. Tenía al alcance de la mano una lanza.
Me atormentaba el embrutecimiento de mi mente que detuvo mi pensar. No sabía quien era yo ni cómo me llamaba, ni que hacía allí, ni por qué antes pensé tan mal de lo que me rodeaba.
Se prolongaba el penoso estado de amnesia que me hacia sentir desequilibrado, cuando apareció ante mi vista frágil figura de mujer esbelta cuyo pelo de oro flotaba al impulso del viento. Entonces descubrí que la amaba, que la amaba intensamente; pero de momento aún no nos podíamos casar. Ella era hija de un levita, sacerdote que oficiaba precisamente en esa tienda que guardaba el arca de los testimonios, que creíamos contenía las reliquias del pueblo judío y que servía de altar. No nos podíamos casar, porque templo y arca debían ser guardados por hombres puros; y el hombre casado era inmundo, muy a pesar de que los sacerdotes fueron siempre casados, a veces con varias mujeres.
Era potestativo abandonar el servicio, previo aviso; pero mi rey, David, me había pedido que no lo hiciera. Cuatro estábamos en grave secreto y sólo huyendo nos libraríamos de la muerte. Pero yo, ¿cómo huir sin ella? ¿Y

cómo huir cuando había jurado defender el templo y el arca? ¡Sin embargo, ella y yo habíamos resuelto casarnos y seguramente lo haríamos. Por de pronto, mi placer máximo era acariciar su pelo de seda y respirar el perfume de su cuerpo bañado en el Jordán. ¿Ha habido reyes disolutos y libertinos? Sí, y David fue uno de ellos; pero tenía el don de hacerse querer y ciegamente lo seguíamos. Era enemigo de la religión y en cierta ocasión, estando ebrio, abofeteó a un sacerdote y pateó el arca afirmando que aquello era sólo mofa al pueblo. De no ser el resuelto apoyo que el pueblo dio a David, los sacerdotes lo habrían liquidado ¡Esa Arca tenía muy lamentable historia! Se afirmaba que fue herencia de Moisés, que contenía las reliquias sagradas del pueblo judío y que en ella moraba Dios, Yahvé. Lo creíamos todos, y prohibido fue siquiera intentar confirmar por sí mismos lo que la tradición decía. A los violadores de los divinos secretos se les aplicaba pena de muerte. Los centinelas armados teníamos orden de matar a quien intentara penetrar al templo no siendo sacerdote. Dudo que haya en el mundo artefacto alguno más impregnado de sangre humana que aquella arca llamada de los testimonios. Ella fue la causa, el eje de las guerras más sangrientas y a la vez más ilógicas que el hombre ha vivido. En toros pueblos se ha luchado por la conquista de una tierra de cierto valor, por una cantidad de animales, por vengar supuestas o reales ofensas o por intereses más o menos mezquinos. En cambio allí, Canaán, se asesinaba porque una profecía vaticinaba el aniquilamiento de tal o cual pueblo y había que hacer cumplir la profecía.

Pero los soldados sagrados, llamados ángeles porque cuidábamos el templo, conocíamos muchos de los secretos. Sabíamos que alto porcentaje de las profecías fueron inventadas por los sacerdotes al calor de mezquinos intereses políticos del momento, y que fueron enarboladas por los levitas como banderas de Yahvé. En tales casos, nuestros sacerdotes, hablando precisamente en nombre de Yahvé, pronunciaban el terrible anatema de destrucción sobre una ciudad o un pueblo entero. En caso de triunfo todo el peso de la ira y deseo de venganza se descargaba sobre los vencidos, confirmando así el cumplimiento integro de la profecía que se decía fue palabra de Yahvé. En caso de derrota se afirmaba que el enojo de Yahvé se había levantado sobre nosotros por tal o cual desaguisado de alguien del pueblo a quien, si su personalidad no era mucha, se sacrificaba en expiación, exactamente como se hacía con el chivo expiatorio.

Esa farsa sangrienta duró largos diez y seis siglos; y, a pesar de las profecías y matanzas, los pueblos así condenados no sucumbieron y los más fuertes fueron los filisteos que nos tuvieron siempre a raya. No fue nunca costumbre judía conservar prisioneros para esclavos. Prisionero caído en nuestras manos era llevado frente al altar, así habilitada el Arca de los Testimonios, para ser allí decapitado. El sacerdote oficiante mojaba su dedo índice en la sangre que del cuello de la victima saltaba a borbotones y con ella marcaba una línea corta sobre la madera del Arca. Después de muerto se le mutilaban varios miembros, porque se decía que así el alma seguiría sufriendo.

Esa es la real historia de tan repugnante mueble. Llamábase de los testimonios porque cada marca era el testimonio de un sacrificio para el contento de Yahvé, pues se creía que Yahvé rebosaba de contento cuando veía sufrir y morir a los enemigos del pueblo escogido.

En mi larga historia de espíritu he recorrido el mundo en todas las direcciones del viento, y sé que jamás tierra alguna vio peor iniquidad. Los pueblos pacíficos se levantaban armados y poseídos de indignación; porque todo a nuestro alrededor ardía, todo moría. Por eso el mayor

anhelo de nuestros vecinos era aniquilarnos, aplastarnos para siempre, pues no entendían a un Dios único, y tan sanguinario, que estuviera siempre anunciando, profetizando muerte para otros mientras que los judíos vivíamos a nuestro antojo, sin ofenderlo nunca o contentándolo sólo con lagunas constricciones o sacrificios de chivos y corderos, cuando nuestros excesos eran demasiados. Ciertamente éramos un pueblo privilegiado porque nosotros mismos nos dimos el privilegio de hacer cuanto nos viniera en gana.

-¡Y no se levante a mi alrededor la protesta asegurando lo contrario, porque testigo activo fui! ¡Y no se pretenda tapar la verdad con un dedo como se dice que Josué detuvo al Sol, porque contra mi testimonio sólo se podrá levantar otro que, como yo, recuerde nítidamente aquellos hechos horripilantes!

Y sigamos relatando en paz, que me impacienta ver tanta monstruosidad convertida en libro sagrado y, peor que eso, que haya tantos que supongan que Yahvé, ahora más conocido como Jehová, haya dictado semejantes desatinos propios de salvajes enloquecidos.

Juro que nunca vi ni dentro ni fuera del templo ni frente al Arca, ni lejos de ella, que un sacerdote hablara con Dios. Entraban majestuosamente; y una vez dentro desaparecía el respeto y hasta había chacota, aunque al salir lo hicieran de nuevo majestuosamente. Los sacerdotes y nosotros los ángeles éramos, sin lugar a dudas, los que menos creíamos en semejantes infundios, aunque, ciertamente, nos dominaba la superstición.

Y ya que en este punto del relato me encuentro, a fuerza de espíritu honrado debo decir que en esos días hasta el recuerdo se había perdido de Moisés hombre, como siglos antes lo conocí, para pensar en él como un ídolo más, tan irrazonable como cualesquiera de los otros dioses de leyenda. Me duele el alma al recordar a ese gran pueblo en su origen fantástico, y quisiera una explicación que tal vez algún día recibiré. ¿Cómo es posible que esa sangre, que esas mentes otrora tan claras hubieran caído tan abajo? ¿Es que Moisés cometió un error al salvarlos de la esclavitud? Se atropellan de tal manera en mi mente las ideas que generan los recuerdos, que no sé cómo hilvanar las letras para que expresen mis verdaderas sensaciones, que son a veces tan fuertes que apenas puedo resistirlas; son tan fuertes, porque, regresando del pasado como fueron, agitan ahora un cuerpo muchas veces más sensible que aquel que las sufrió originalmente. No me pidas, hermano que me escuchas, explicaciones del porqué o del cómo, pues si el caso te interesa, sensibiliza tu cuerpo, recuerda y estudia en ti mismo el porqué y el cómo.

Y puesto que el mandato me ordena llevar adelante el relato, continuaremos en el escenario interrumpido; o sea: que fuimos la peor amenaza contra la paz que a nuestro alrededor jamás hubo, y nuestros enemigos creyeron siempre, tal vez con razón, que el motor de nuestros actos estaba en el Arca porque en ella radicara el anatema y su Dios; por lo tanto los filisteos se impusieron como meta arrebatarnos, para ser destruido, el altar, o para capturar el templo y el Arca y voltear el anatema contra nosotros.

Cierto día estuvo ebrio David, estado en que frecuentemente se encontraba, llegó hasta el templo, móvil como lo fue siempre, nos ordenó retirarnos de nuestro puesto de guardia y con rápidos golpes de espada cortó las cuerdas que estiraban las cuerdas del toldo, que se desinfló cayendo al suelo ridículamente arrugado sobre el Arca que se perfiló como un féretro.

Grande fue la alarma entre los sacerdotes y no poco entre nosotros. Uno de ellos, que se atrevió a levantar la voz a su rey, sacó en el brazo una tajada.

David fue contenido, no sin dificultad; y cuando estaba ya en la impotencia, a gritos afirmó que esa era la razón del hambre, la miseria y el odio en Canaán, la tierra que un día se soñó de leche y miel. Y esa era la razón porque nosotros, los judíos, él a la cabeza, lo arrasábamos todo, lo incendiábamos todo. Si los vecinos nos la querían quitar, era seguramente porque sabían que allí radicaba nuestro dios que para ellos se manifestaba como Dios del mal; así, pues, si un dios era responsable de tanta ruina, mejor era destruirlo para poder vivir en paz en alguna parte, pues las profecías cada día más se multiplicaban obligándonos a vivir en constante trasiego, en lucha perenne contra los pueblos.

Dijo así y mucho más; pero no demasiado para la verdad trágica que vivíamos. Amábamos a David sin saber por qué. Era enemigo del clero levita, al que soportaba como uno de los tantos males y sufrimientos porque teníamos que pasar; pero en cuanto la oportunidad se le presentaba levantaba la olvidada voz de Moisés, y exigía se recordara el decálogo.

No hay peor sordo que el que no quiere oír, y ese era un pueblo de sordos insensibles al razonamiento. Por eso, porque David estaba completamente fuera de su medio, tomó inclinaciones peligrosas. Estando sobrio era risueño y amable; pero jamás decía nada importante, nada que revelara sus pensamientos internos, sus emociones. En cambio, cuando estaba bajo la influencia del vino se volvía parlanchín y cantaba melancólicamente, poetizaba, lloraba por la ausencia de algo que los que lo rodeábamos nunca supimos qué fue. Buscaba en el vino el olvido de una tragedia interna, quizá una tragedia espiritual y más de una vez recibí la impresión que odiaba haber nacido rey.

En fin, aquella tarde angustiosa de tensión, de miedo en que muchos soldados nos colocamos detrás de David espada en mano y brillo siniestro en los ojos, esa tarde en que los sacerdotes en conciliábulo acordaron destronarlo, pasó lenta, haciendo temblar las almas. Se estaba llegando al caso de que no hastiados con la sangre de los vecinos, deseábamos derramar la propia; y era tal el encono reinante, que nadie se atrevió a pronunciar palabra o a realizar acto sospechoso. Pasó la tormenta que tanto envenenó a las almas. Los sacerdotes afirmaron que Yahvé había devuelto su gracia a David y todo entró en calma aparente.

David no volvió a hablar en mucho tiempo; pero mandó hacer una copia fiel del Arca, según dijo a los más cercanos para dejar que los filisteos la capturasen, pues lo que él deseaba era radicarse en cualquier parte para levantar una ciudad. Los sacerdotes aceptaban la impostura, si David se comprometía a construirles un templo donde guardar la verdadera arca.

Este era el más grande de los secretos que yo tenía y que produciría mi muerte, diera yo o no diera lugar. Las derrotas de nuestros ejércitos eran frecuentes, y en una de ellas llegó David, polvoso y demacrado, al galope de su caballo. El pueblo huía despavorido porque los filisteos se acercaban cercenando cabezas. David nos ordenó a los guardias cargar con el Arca y seguirlo. El iba a caballo, nosotros a pie con tan pesado mueble que nos aplastaba el cuerpo. No dijo adónde nos dirigíamos. Creíamos que íbamos a Sinaí, luego tomamos camino a Egipto, y finalmente pisamos sobre las arenas candentes del desierto que rodea las pirámides.

Nos detuvimos al pide de una de ellas. Por orden de David rompimos el empastado que la cubría en la base, y practicamos una horadación donde metimos el Arca, quedando en ella dos hombres, yo uno de ellos.
Por fuera se acomodaron las piedras tapiando la tumba. Por dentro reinó la oscuridad y el silencio. La orden fue: cuidar aquello contra todos los enemigos, a pesar de los siglos. En su oportunidad se nos daría la libertad.
Y allí quedamos como fieles soldados. Dado que para mi es poca la diferencia entre la vida de encarnado con la de ultratumba, me ha parecido natural verme paseando sin descanso fuera de la pirámide para evitar que nadie se acercara. Y esta vigilancia duró muchos siglos, muchos años. En esta r parte de mi aquella vida estaba, cuando el crujido de la madera podrida del piso me trajo bruscamente a mi vida presente.
Volví la cara y vi a David sonriente, parado con las piernas abiertas y los brazos en jarras. Colgaba del cinto, según fue su costumbre, su tosca espada. Sus facciones eran varoniles, pero delicadas, acusando una firme resolución y un gran carácter. Los ojos grandes, claros y expresivos, decían lo que los labios callaban. El pelo castaño revuelto, parecía agitado por el viento. No pude impedir el impulso de bajar la cabeza ante mi rey y trémulo decir:
-¡Su majestad! De dos zancadas se puso a la orilla de mi cama; y tomándome bruscamente por el pelo levantó mi cara, luego me soltó diciendo:
-Estoy aquí para confirmar lo que has visto, y agradecer tus servicios. ¡Sólo en lo espiritual es posible aquilatar el valor y trascendencia de aquel acto!
Yo estaba turbado, sin embargo, emocionado pude balbucir:
-¿Importancia? ¿No lo puedo ahora saber? ¿Qué sucedió después? ¿Qué fue de la mujer que yo amaba? El, sonriendo, contestó:
Aunque te parezca increíble, en esa vez yo encarné sólo para eso, para desaparecer el arca que tantos males causaba. Ese pueblo tan grande y glorioso en otro tiempo, en su origen, se hundía por momentos en el cieno. Yo fui Ibero, el que dirigió los primeros pasos de esa raza por el mundo; y no podía, no debía tolerar tal desajuste. Y cumplí con mi misión: arrebaté a los sacerdotes la base de su fanatismo, quité de sus manos el instrumento magnético que les deba la fuerza, y lo guardé en lugar donde el hombre algún día lo encuentre, destruyéndose así lo que aún queda de aquellos tan antiguos como absurdos conceptos. Y debes saber que lo que dentro de esas maderas impregnadas de sangre se encuentre no es nada de Moisés, porque lo de Moisés está en Jerusalén. Me sorprendí y afirmé:
-¡No es eso lo que entonces se decía! Entonces los sacerdotes afirmaban que dentro estaban las reliquias de Moisés- Me arrebató la palabra bruscamente para decir.
-¿Para qué seguir? ¡Tú sabes que ellos mentían! Bien, el valor de ese acto empezó a palparse por la decadencia de los judíos que empezaron a ser vencidos, dominados y esclavizados. Los filisteos se apoderaron de varias arcas, las destruyeron y quemaron y el pueblo judío acabó por perder el respeto religioso que antes sintió, puesto que vio a los carpinteros improvisando las nuevas arcas altares; entonces interpretó que Yahvé lo había abandonado.
Aventuré una pregunta que no sabía cómo formular:
-Veo que eres, desde siglos atrás puesto que conocí a Ibero, un espíritu de luz, un espíritu maestro, ¿cómo es que tus costumbres fueron…
-Sé lo que quieres saber; y dime: ¿cómo habría logrado imponerme sobre aquella chusma salvaje y sanguinaria si no hubiera sido peor que ellos?;

¿cómo habría logrado hacer lo que se hizo si el pueblo no hubiera visto en mí su propio retrato, como quien se mira en un espejo? ¿Cómo habría podido ocultar el arca y seguir viviendo si no hubiera tenido el respaldo del pueblo y de los sacerdotes el respeto? ¡Ah! mi pueblo querido, esa sangre y carne de sufrimiento de que me valí para empezar la civilización que el hombre ahora vive y que va tocando a su fin; esa carne y esa sangre fue robada por los espíritus enemigos que creyeron con eso ganarnos la batalla; y mira, tanto se hundieron que el fango les cubrió la vista cegándoles, impidiéndoles ver que en final hemos triunfado.
David seguía risueño, a veces parado al lado de mi cama, otras a los pies. Alzando la voz continuó: Cuando la causa de los enemigos del progreso está en plena derrota, ellos, nuestros tradicionales y naturales enemigos, han despertado a la realidad que los rodea y se han dado a la ingrata tarea de desorganizar al mundo, de desorbitarlo si de hace necesario, para ganar, según creen, la última batalla. Por eso reina el caos y las tinieblas, por eso el hombre vive en el corazón de un torbellino de sombras, sin atinar cómo orientarse.
David hizo una pausa porque al levantar la vista vio una araña que se movía en su tela en el rincón de la pared y el techo. En ese instante de silencio entro por la ventana la lejana voz de un ebrio que pretendía argumentar en el vecindario. David fue hasta ella y asomo al patio, un piso abajo. Volvió su rostro a mí, dirigiendo su mirada inteligente, luego dijo señalando a la araña: -Así, en las sombras, trabajan los enemigos del pueblo. –Luego señaló a la ventana y dijo-: Así es como contentan y embrutecen al pueblo. Pero… te traigo una gran noticia: ¡ya está Garibaldi de nuevo en su puesto; y el triunfo de la última batalla, la del progreso, la del espíritu, la de la elevación será también nuestra.
Nuevamente David se acercó a mi cabecera, me tomó por el pelo y sacudió mi cabeza diciendo: -Hasta pronto, soldado. Desapareció la figura luminosa quedando en su lugar las sombras tristes, alteradas por las blasfemias del ebrio que entraban por la ventana.
A unas cuadras de distancia llamaban unas campañas al rosario; debajo de las campanas una sinfonola llamaba a la taberna.

XXIV
LA PRIMERA VEZ

La primera vez que viajé hasta mundos lejanos, me sorprendió la tranquilidad imperturbable de los espacios siderales, cuando yo esperaba encontrar soles explotantes y ardientes como infiernos, estrellas desbocadas que huyen a velocidad de bala, nebulosas que giran en gigante remolino arrasándolo todo, y, en suma, esperaba ver el caos de que la ciencia habla.
La primera vez que hablé con espíritus desencarnados, me sorprendió su tranquilidad imperturbable, y la naturalidad de sus cuerpos y sus actos, cuando esperaba ver fantasmas espeluznantes. La primera vez que vi la vida de ultratumba, me pareció imperturbable, sometida a intenso trabajo planeado, cuando esperaba ver seres esqueléticos y descarnados o dolientes almas errantes y desocupadas.
Siempre que han venido espíritus amigos y maestros a la orilla de mi desvencijado camastro, han manifestado serenidad y tranquilidad imperturbables, que rebelan su elevada personalidad y su pensamiento que siempre se proyecta hacia el lejano futuro.

¿Qué, pues, sucede en el hombre que de manera tal se agita, si lo que lo rodea: la campiña, la ciudad, la montaña, el valle, el cielo, es todo imperturbable?
¡Ah!, es el hombre mismo que, movido por vanas ideas y egoístas pasiones, sin razón se agita perturbando la paz que en su corazón debería reinar.
Grave problema confronta el ser humano. Siempre el espíritu ha sido esclavo de la carne, pero los tiempos marcan que el espíritu debe ser el amo. He ahí el porqué de la intensa lucha interna en cada ser, lucha que, al proyectarse hacia afuera, altera la paz mundial.
Pretender organizar una sociedad justa y honorable; pero sólo con la carne, negando o ignorando al espíritu, es lo mismo que pretender organizar esa misma sociedad sin seres humanos.

XXV
TENGO HAMBRE DE LUZ

No reniego de mi impotencia que me obliga a permanecer tendido en un camastro con las piernas inmóviles, pues en el propio sufrimiento he encontrado la recompensa al ser visitado por conspicuos personajes. Sin embargo, los muros grises y fríos de mi alcoba me inspiran tristeza, por eso tengo hambre de ver el horizonte dilatado, la curvatura dela tierra en el mar, la montaña azul por lejana, el cielo estrellado, las nubes que trajinan.
Tengo hambre de oír el mugido de la vaca, el cacarear de las gallinas, el resoplido de los pavos, el gorjeo de los pájaros, el balido de la oveja, el murmullo de los árboles en vaivén, el arroyuelo que canta.
Tengo hambre de estar cerca en contacto con la naturaleza, con la tierra húmeda, con la resina de los pinos, con la hojarasca que cruje, con el silencio que hace pensar en lo grande, en lo infinito y sublime.
Tengo hambre de salir al aire puro, al viento que agita las ropas y enfría las frentes.
Y tengo hambre de todo esto, porque por mi ventana triste que mira al cercano muro gris de enfrente sólo entra la maldición inspirada por el aguardiente, el lloro de niños famélicos, hambrientos; las notas absurdas de sinfonolas de taberna, el escándalo, alegría del alcohol, las bocinas de autos desconsiderados que pasan por la calle, algunos silbatos de fábricas lejanas y, ya en la madrugada, el lento y lúgubre ladrido de perros asustados.
Por eso tengo hambre de abandonar mi alcoba y salir al campo.
Si tú, querido amigo, lo puedes hacer, disfrútalo por mí; abandona el pegajoso ambiente, humoso de tabaco, oliente de vino adulterado. Abandona los gritos y palabras necias de los beodos, y vete al campo, pensando en que si llegaras a estar como estoy, también tendrías hambre de vivir junto a la naturaleza, y entonces, como me sucede, te arrepentirías de no haber disfrutado lo que ahora en tus manos tienes.

XXVI
PENANTE

A veces, cuando el dolor enturbia mi mente cansada de tanto pensar, me pregunto:
-¿Qué fatalidad me persigue, por qué tantos azares? ¿Por qué no veo el enemigo que me ha arrojado a la miseria? ¡Cuánto tiempo me he quejado

de fortuna tan adversa! ¡Cuántas veces he llorado por pecados olvidados! Así pienso y así hablo a veces, sin encontrar solución a mis males. Si creyera en divinos favores, rezaría. Si creyera en el contento o descontento de los dioses, en su honor sacrificaría derramando sangre para obtener su voluntad propicia.

Si creyera que a los dioses agrada el lujo y las joyas y el oro, sacaría fuerzas de flaqueza para robar, y de pedrería levantaría un trono con puertas de oro y camino de preciosísimos tapices. Pero no creo ya en ingenuas fantasías, no creo en la existencia de dioses sanguinarios y ambiciosos, no creo en el incienso ni en las palabras ininteligibles de lenguas muertas, no creo en nada que no se someta al razonamiento moderno, y este modo de pensar me obliga a razonar el porqué de mis dolores.

Cuando exhalo impensadas quejas y se apodera de mí la desesperación, se desprenden de los muros sucios gruesas sombras que me envuelven como oscuro vapor. Sé que son almas negras que al agitarse sobre mí me aíslan del cosmos, aumentando mi dolor. Más los adivino que los veo, y no me es dable tocarlos ni hablar con ellos para preguntarles el motivo de su repugnante visita. Cuando esto sucede, mi alcoba, al medio día, se obscurece como cuando es media noche. Y si antes un visitante había dejado su luz y su perfume, éstos se trocan en tinieblas y pestilencia. He aprendido que sufro esto cuando de la vida que llevo me quejo, cuando maldigo mi suerte y mi existencia, cuando gozo hablando o pensando en mis dolores y tristezas. Es el pensamiento imán fantástico, que traza en el espacio el sendero por donde viajan los seres que se desean.

Cuando reproduzco en mi mente escenarios luminosos de cualquier época de mi ayer, invariablemente se me acerca un maestro sonriente que me ayuda con frases de paz, con lenguaje que me ilustra. En cambio, un alma deprimida, como frecuentemente está la mía, acerca nubes de espanto, espíritus llorosos y dolientes que no saben lo que les sucede.

Hace nueve tardes que me envolvió una de estas nubes obscuras, y cuando se disipó la bruma quedó acurrucado en un rincón del cuarto un espíritu, más obscuro que el rincón. Y allí estuvo llorando, sordo a mis voces, durante nueve días con sus noches.

En un principio me sentí deprimido por tal espectáculo; pero luego me fastidió tanta lágrima, tanta quejumbre, tanto renegar.

Si no me entiendo a mí mismo, mal podría entender las leyes del espacio que gobiernan a los espíritus, por eso ignoro las razones de que un espíritu pueda vivir así, como aquel visitante, durante siglos, siempre llorando, siempre entre lamentos, sordo a las voces de afuera, ciego a la luz que lo rodea. Se que en el espacio hay leyes, magistrados y tribunales. Sé que la ley de compensación es tan inmutable como la de gravitación. Sé que el hombre no puede eludir el pago de un delito, como no podría detenerse en el espacio si saltara a un abismo. Sin embargo, no sé si es castigo que el espíritu viva en turbación doliente.

Las frecuentes maldiciones, el monólogo de loco de tan indeseable visitante, alteraba la paz que yo deseaba, pues de día lo tenía enfrente y de noche toda la noche lo tuve enfrente, siempre en su rincón, con muy escaso movimiento.

Se iba haciendo costumbre su presencia que me molestaba porque durante esos días no volvió ningún maestro luminoso, y en cambio mis dolores físicos aumentaron. Es odioso tener medio cuerpo muerto, y que, sin embargo, ¡duele!, que no es posible moverlo, que sólo es posible arrastrarlo y que sin embargo, ¡duele!

Alcé la voz exigiendo a mi visitante silencio. Alcé la voz tanto que logré vibrar en su alma; pero también en la de los vecinos, que vinieron a investigar alarmados. Cuando se retiraron iban asustados, porque percibieron, muy apenas, agudos ayes de dolor que no fueron míos.
Los vecinos no tenían la facultad que tengo de ver espíritus; por eso, estando el doliente a la vista no lo vieron. Los lamentos en la noche trágica, noche de cementerio, fueron en aumento, convirtiendo la vieja casa en mansión de espantos.
Y yo tuve que soportar aquello que crispaba los pocos nervios vivos que me quedaban. Lo tuve que soportar, con la resignación que soporto el dolor físico.
Usé palabras amables, traté de inspirar cariño; usé palabras gruesas; todo en vano.
Al día siguiente de esa noche de pesadilla, me visitó gente curiosa que nada le importaba mi dolencia ni mi vida. Todo el vecindario se había pasado la noche rezando para el descanso de las almas en pena que tan feamente se lamentaban, haciendo llegar el lamento a las casas cercanas después que la sinfonola de la taberna cerró sus fauces.
Entre la muchedumbre llegaron periodistas preguntando sandeces; y para que todos me dejaran tranquilo, imité los lamentos del muerto.
Me miraron sin entenderme, entonces les dije son reproche:
-¡Me estoy volviendo loco; sí, el dolor me está volviendo loco y el frío de la madrugada me hace gritar! ¿Es esto un delito, o es, por ventura, algo anormal?
Me creyeron o no, quien sabe; simplemente se retiraron refunfuñando. Una vez solo, con palabras gruesas grité a mi oscuro acompañante:
-¡Por favor, deja ya de escandalizar! Esta forma brusca de hablar lo despertó un poco. Fue insensible a las palabras amables. Fue sordo a los consejos; sin embargo, entendió el insulto.
Esa noche fue en el vecindario noche de terror, y para mí de risa neurótica que me ponía la carne de gallina. Sucedió que las buenas gentes se juntaron para bendecir la casa y luego rezar el rosario. No entraron en mi alcoba; pero por mi ventana entró el latín y las voces en coro que decían: “Amén”. La sinfonola guardó silencio expectante. Estoy seguro que se había reunido gente de toda la barriada, que estiraba las orejas conteniendo la respiración para tener el gusto de sentir el espanto de oír voces de difuntos.
Por los susurros y los cuchicheos adivinaba que la multitud esperaba al pie de la ventana, y algunos con el oído pegado a mi puerta. Y para desilusión mía y de mis vecinos, mi obscuro visitante entonces lloraba en silencio. Nada denunciaba su presencia. Era yo el único que sabía que allí estaba. Fue divertida esa caída de la tarde; pero a medida que la noche avanzaba, las voces de afuera entraron en irrespetuoso aumento. Los pasos y voces del otro lado de mi puerta me irritaron. Contuve el disgusto por largo rato, hasta que, casi sin pensar lo que decía, grite a voz en cuello: -¡Eh, de la puerta, a ver si se largan!
Apenas hube terminado de hablar, cuando mi visitante rompió en llanto plañidero, tan vibrante que me hizo temblar. Simultáneamente oí carreras en el pasillo y pasos atropellados en la escalera de madera, que rechinaba amenazando derrumbarse. Hasta mi llegó un apresurado comentario: Esos no son lamentos de cristiano, sino las voces del alma en pena.
Hubo un larguísimo paréntesis de quietud, de silencio exterior, mientras que los lamentos seguían saliendo por mi ventana.

Hubo ruidos y voces apagadas, luego se oyó la voz en latín y el coro que contestaba: “Amén”.
De la capilla cercana partió el doblar a muerto, mientras que de mi alcoba, por la ventana, seguían saliendo los lamentos. Daba la media noche el silbato de una fábrica, cuando la campana entro en silencio y los rezos cesaron, y el latín volvió a su mundo muerto. Todo entraba en quietud porque mi compañero, tal vez cansado de tanto grito, siguió llorando en silencio. Sentí, más que oí, cómo la multitud se dispersaba silenciosa; sin embargo, los vecinos no apagaron sus luces cuyo reflejo entraba por mi ventana.
La sesión me resultó divertida; pero no tenía ganas de que se repitiera. Dormí poco, y al día siguiente de nuevo volvieron atropelladamente las visitas. Me acosaron a preguntas que pocas veces contesté, afirmando siempre que estuve dormido.
Allí, en mi presencia volvieron los rezos en latín y los “Amén” de la gente arrodillada. Siguió la bendición con agua, y nuevos rezos. Entonces me enderecé en mi cama, pues el agua estaba siendo regada sobre las paredes y yo preveía que pronto caería sobre mi obscuro compañero.
Sucedió tal cual lo pensé: sin verlo, llegó el sacerdote hasta el sufriente y sobre su cabeza sacudió el hisopo entre voces de latín que ninguno entendimos. Así recorrió el aposento y humedeció mi cama. Al fin, para mi felicidad, se fueron; y yo dije a mi transparente compañero: -¿Qué te parece si les damos un susto?
Pero él no me oyó. Quise aprovechar a la gente aún reunida y me puse a gritar, tratando de imitar al muerto. Entró la anciana caritativa que me atiende, y poniéndose el dedo sobre la boca, me dijo: -¡Shsss! No quiera divertirse a nuestra costa, que su voz no es como la del muerto. Me arropó, revisó que el jarrón de agua estuviera lleno, y al salir, con la puerta entrecerrada me griñó un ojo diciendo: ¡Shsss! no se apure, que yo sé que usted habla con los difuntos. Yo necesitaba una madre, esa anciana miserable necesitaba un hijo con quien compartir sus mendrugos. Se fue sonriente, cerrando tras ella la puerta.
Yo reflexionaba que no debía provocar disturbios, pues no me sería fácil, en mis condiciones, encontrar nuevo alojamiento.Aún soporté por larguísimas horas la presencia de aquel necio, hasta que llegó un maestro y me dijo: -Así ha estado este hermano por setecientos ochenta y dos años, sin escuchar a nadie, sin saber lo que quiere. Sólo el insulto a veces lo despierta. Sólo las voces hirientes a veces lo sacan de su sueño. Yo sorprendido, pregunté: -Pero, ¿qué delito paga? -No paga aún. Llora su perfidia y su calumnia. Aún le falta razonar y juzgar su delito, luego pagar a quienes debe lo que hizo. Debe estar plenamente consciente para poder pagar, para saber qué y a quién paga. -¿Pero por qué tanta turbación? –pregunté; y el maestro luminoso contesto: -Porque la perfidia y la calumnia son delitos que aún no son castigados por los códigos de la Tierra. Minutos después el maestro se llevaba al espíritu sufriente, dejándome perplejo.

XXVII
BANDERA

Bandera y patria son dos ideas que no comprendo ni comprende nadie, pues si comprendieran no harían tal mal uso de ellas. Bandera es el lienzo que cubre a una nación encerrada en fronteras. Esa nación es la patria de los que allí nacieron; y los demás son simplemente extranjeros, a veces condenados por Dios al exterminio.

Y yo me pregunto sin poder contestar: ¿cuál es mi bandera y cuál mi patria? Contesté el lector sabiendo que: 7 veces fue hebreo, 9 griego, 11 romano, 2 ucraniano, 3 colonizador de Estados Unidos, 2 chino, 4 japonés, 5 africano, 3 egipcio, 4 español, 2 mexicano... y faltan para completar 72 de los últimos 87 siglos. ¿Cuál es mi bandera, cuál mi nación, cuál mi patria? ¿No es mi caso, que es el de todo espíritu sobre la Tierra, me sería mejor amar a todas las naciones y a todo ser humano, puesto que en final de cuentas todos somos hermanos?

XXVIII
CIUDADANOS

Solamente dos tipos de ciudadanos hay; dos nacionalidades, dos razas: los buenos y los malos.

Los buenos se cobijan con la bandera del trabajo, los malos prefieren la de la holganza. Los intermedios son los malos que van en ascenso lento, porque no se deciden a ser buenos. Los buenos dirigen y jalan, los intermedios simplemente obedecen, los malos tiran hacia atrás y se rezagan. Solamente hay un tipo de héroes: los que trabajan, todos los demás son zánganos.

Solamente hay un Dios: el que no necesita de intérpretes vanos, porque se manifiesta en todas partes y en todo momento; el que se hace sentir en nuestro interior, impulsándonos a levantarle un templo en nuestro corazón. Solamente hay una guerra que debemos librar hasta vencer o morir en el intento: la guerra contra nuestras pasiones.

Sólo hay un sacerdote digno de atención: el que llevamos dentro y que nos señala cuando hacemos mal. Sólo hay una religión: “Ama a tu hermano”.

XXIX
SUICIDA

¡Una vez fui suicida! Lo es quien se entrega al vicio minando su salud, y también quien en busca de laureles se lanza a la guerra de una causa innoble. Pero no tiene atenuantes quien consciente, por incomprensión de lo que lo rodea, se priva de la vida buscando el sueño que se cree da paz a los mortales. Ese fue mi caso en el siglo VII. Pasión y desengaños hicieron llorar mi lira. Vivía entonces en las Galias.

Mi vida como encarnado fue simple y hasta absurda, por eso carece de importancia repetir lo que ya está escrito; además, lo positivamente importante es saber lo que viví después de mi muerte, en la que supuse encontraría descanso y fin a mis dolores.

¡Quitarme la vida! ¿Pero no fui insensato? Puesto que la vida es indestructible, lo que me quité fue la forma aparente que día a día, minuto a minuto, vi cómo se destruía sintiendo en mi alma los dolores físicos de la descomposición de la carne.

Enloquecía de dolor y pedía a gritos una segunda muerte que fuera definitiva; pero todo inútil, porque con toda conciencia, obligado por un poder superior a mi voluntad, permanecí en el ataúd imposibilitado para salir de él, y sabiendo dónde estaba por los años que debía haber vivido según el programa originalmente trazado; o sea: 42 años de terror constante viviendo en una tumba, junto a restos que se desintegraban.

Tal es el pavor que estos hechos me causan, que trato de relatarlos lo más brevemente posible para intentar olvidarlos. Creer que el suicidio – me

estremezco al contarlo- arrebata la vida y libera al espíritu, es un error que sólo cometí una vez y que me cuidaré mucho de volverlo a hacer pues no solamente no se descansa ni se olvida, sino que las penas aumentan por la impotencia de hacer otra cosa que ver cómo se transforma el cadáver, de carne a polvo.
Y vencido el plazo, cuando debió haberse producido en forma natural la muerte, yo seguía pegado a aquel putrefacto cuerpo que acabé por odiar, entrando en terrífico estado de turbación: locura del espíritu.
Mis guías encontraron la solución a mi mal: que volviera a encarnar, exactamente con el mismo programa no cumplido. Y así, aún ofuscado, sin plena conciencia de mí mismo, volví a la carne para realizar lo que no había querido hacen casi un siglo antes; pero, como de mi acto anterior nacieron deudas, en la nueva encarnación hube de pagarlas; por eso aquella vida resultó más, mucho más difícil que la truncada arteramente.
¿Qué objeto tiene, pues, cortar una vida que la fin tendremos de todas maneras que vivir? ¿Quién dirá que es más fácil sobrellevar la vida en el interior de una tumba, junto a un cuerpo pestilente, que vivirla normalmente en carne viva?
El que desencarna en forma natural, pronto se entera de lo que sucede en el mundo, de manera que al volver a la carne lo hace al tanto del ritmo del progreso que lo rodea. El que se suicida, en cambio, pierde el paso; y al volver a nacer se encuentra retrasado.
En mi nueva encarnación sucedió que pensaba como un siglo antes. ¡Esa existencia resultó mucho más difícil de lo que pudo haber sido la anterior; y, sin embargo, la soporté! ¿Cómo es que no soporté la precedente?
Sí, una vez fui suicidad; pero no lo volveré a ser pues aprendí que sólo se destruye la forma aparente, mientras que la vida sigue porque la vida es indestructible, permanente, eterna.

XXX
DIOSES

A pesar de que ya se acepte la existencia de un Dios único, la verdad es que los dioses aún abundan en la mente humana; y de ello las religiones son culpables.
El mercader invoca a su Dios para que le haga el milagro de que otros se dejen esquilmar. El ladrón ruega a su Dios lo ayude a robar en santa paz. El tabernero hace ofrendas para que su Dios proteja el vicio. La prostituta enciende luces y hace ofrendas para que los clientes le abunden. El criminal reza para que se le perdone. El pobre hace caminatas y penitencias a ver si su Dios pone la comida al alcance de la mano. El abogado que no leyó bastante la historia, ruega a su Dios le acerque incautos y aumente el delito. El doctor que no nació médico, pide a su Dios le dé memoria para aprenderse los catálogos de medicamentos, y ruega abunden las epidemias. El político ambicioso, pide a su Dios lo ilumine para que la traición no sea descubierta. Y así, cada cual tiene su particular Dios en quien deposita su fe y en quien cifra sus esperanzas; pero todos esos dioses son tan sordos e inconmovibles como el mío, el de mi juventud, al que le pedía un mendrugo… y me lo dio después de que trabajé.
Y porque la desconfianza a los dioses cunde, es que cada cual invoca, pide y hace ofrendas; pero sin descuidar sus propios plantes y allegarse lo necesario para estar a salvo de sorpresas.

El mercader no se conforma con su fe, sino que adultera las mercancías y desnivela la báscula. El ladrón lleva cloroformo, puñal y revólver; y es que no confió mucho en su Dios. El tabernero no se fía de la ayuda exterior, por eso hace propaganda a su negocio. La prostituta no espera en su alcoba a que su Dios le lleve el cliente, sino que sale ella a la calle y lo atrapa. El criminal confía más en sus piernas que en su Dios, por ello corre. El abogado habla de su mala suerte cuando fracasa y elogia su inteligencia cuando triunfa, todo sin aceptar que Dios haya tenido nada que ver en los hechos. El médico hace vulgar propaganda e inventa males inexistentes, renegando que la gente se recete sola. El político, aunque rece y haga votos de contrición, confía más en el dinero que compra los votos.

Y así, vivimos el peor paganismo de todos los tiempos, porque Dios se ha convertido en el eje del peor, del más bajo comercio.

Los únicos que no invocan a Dios para que les ayude en su trabajo, son los científicos, porque ellos saben que nada conseguirán sin trabajar.

He dicho a quienes me han preguntado, que, en los siglos que llevo de rodar sobre este mundo, en ninguna de mis vidas ni de encarnado ni como espíritu he visto jamás a ninguno de los dioses que a través de las épocas el hombre ha inventado; en cambio, siempre, de éste y del otro lado de la vida, me he encontrado con manifestaciones constantes de una inteligencia muy superior que hace funcionar al universo como un perfecto engranaje. Y al comprender esto, comprendo más la grandeza de quien todo lo mueve; y no comprendo cómo el hombre pretende bajar esa grandeza hasta la profundidad de sus personales pasiones.

No intento comprender el concepto de Dios. Me contentaría con entender lo que soy. Es probable que el día que me entienda a mí mismo, me encuentre al verdadero Dios.

XXXI
LAMENTO

Lamento haber sido muchas veces de los que doblaban la cerviz frente a los tiranos y de los que se sumaron a la chusma ignara.

Lamento haber sido más de una vez escalón y brazo del despotismo.

Lamento haber sido adorador de dioses ahora muertos.

Lamento haber perdido tantas y tantas existencias en actividades frívolas e intrascendentes.

Lamento haber sido tantos siglos un paria del pensamiento, cuando desde hace mucho pude haber sido un potentado.

El pensamiento se puede acumular como el oro, con la ventaja que el orín no lo corrompe, ni los ladrones pueden mirar ni hurtar.

¡Ah!, si yo hubiera empezado a acumular tal tesoro en los siglos idos, en estos momentos sería millonario de ideas, cuya actual pobreza revela mi lamentable pasado.

XXXII
CIEGO

Del mañanero ajetreo muchas veces salieron, para entrar por mi ventana, las notas chillonas de un violín. Jamás tales estudios captaron mi atención, porque me llegaron siempre confundidos con el ruido callejero; los vehículos en circulación, el pregón de los vendedores ambulantes, el alboroto de la chiquillería, el chismorreo a gritos de las comadres.

No sé cuándo dejé de oírlo; sin embargo, el violín no había muerto, pues hace poco tiempo, cuando el silencio y la quietud de la alta noche reinaban, el violín, en voz baja, empezó a llorar. No era aquello música, sino lamento. Una oración dedicada al más allá.
En noches posteriores seguí oyendo lo que tanto me ha hecho sufrir, por eso una de ellas hice un experimento: me concentré para abandonar mi cuerpo y mi lecho e ir a ver a quien tan sentidamente ejecutaba, encontrándome el rostro demacrado y lloroso de un ciego, que, tembloroso, daba las voces de su dolor con el violín.
Honda pena deprime a ese hombre, tan honda que contagióme de su llanto.
Triste he pasado el día, pensando que hay seres más infelices que yo.
La anciana que tan bondadosamente me atiende no vino en todo el día, por haber salido de visita; pero cuando la alta noche empieza, oigo pasos cansados en la escalera de madera.
Antes de ir a su vivienda me visita para saber qué se me ofrece; y pregunta si me siento mal, pues nota mi rostro demacrado. Le he contestado la razón de mi pena y ella contestó así:
-La historia de ese hombre es una historia triste.
Bajó la anciana su vista al suelo restirando con los dedos el deshilado de su chal negro, y siguió diciendo: -Vivía el violinista la desgracia que vive todo ciego, cuando encontró una luz en su camino: una mujer, pobre como él y tan desgraciada como él, pero que supo amarlo. Ella era sordomuda.
La anciana hizo una larga pausa para ordenar sus ideas. Entonces, ella también sufría. Siguió diciendo:
-"La sordomuda por él veía, y el ciego hablaba por ella. Se amaban con la ternura y pasión que sólo es posible en seres que sufren tanto; y, exceptuando los mañaneros estudios de violín, el silencio en ese hogar era perpetuo.
"A la media noche ella salía al zaguán a esperar que el tranvía con su esposo llegara a la esquina. Iba a su encuentro y amorosamente al hogar lo conducía, donde, tentándole manos y cara, le conversaba mientras que él la cubría de besos."
Empezó a llorar la anciana que con palabras entrecortadas dijo:
-"¡Parecía aquel hogar tan feliz! ¿Quién habría de sospechar que a él entraría la desgracia?
"Una noche él bajó del tranvía, extendido el brazo en busca de la mano amada. Largamente siguió buscando sin encontrarla. "Nervioso, dando traspiés, busco la pared. Su corazón algo le anunciaba. "Mano amiga lo condujo a su puerta. El no hablaba; pero sus actos denunciaban cuanto sufría. "Entro, puso en el suelo el estuche de su violín; y extendiendo ambos brazos buscó por la habitación agitando a su alrededor las sombras de la casa. Tropezó con algo y cayó al suelo. Palpando, aterrorizado, encontró inerte y helado el cuerpo de su amada."
La anciana lloraba, haciéndome sufrir. Siguió relatando: -"A sus gritos acudimos los vecinos encontrando el triste cuadro. Cuando el médico llegó, afirmó que tenía muchas horas de estar muerta por un mal del corazón. "El ciego lloró intensamente muchos días, hasta que ella volvió; él, siendo ciego, la vio. Vino a pedirle que en vez de llorar cantara; por eso ahora, en vez de rezar a la muerta, le canta con su violín…"
Parece que se hubieran puesto de acuerdo, pues cuando la anciana terminaba tan doloroso relato el violín empezó a llorar.

XXXIII

UN SUEÑO

Escucha, hermano querido, el relato de mi sueño.

Era la inmensidad de un prado mustio, arenoso, que temblaba bajo un sol candente. El agua había huido porque el hombre no lo supo retener y con el agua fue huyendo toda clase de vida.

Sobre ese prado se dibujaba una estacada y dentro, una choza miserable cuya madera vieja y ennegrecida crepita al chocar con ella el sol.

En la puerta está un hombre de aspecto rudo, tez morena, callosas manos y pies rajados. Es de los últimos ejemplares humanos que quedan en esa tierra muerta cuando no llueve.

Se acaba de enderezar del suelo donde reverente había hincado la rodilla para besar la tierra sagrada. Contempla la grandeza del campo que se extiende hacia la distancia, mientras escurre entre sus dedos la tierra seca que había levantado.

Ha dejado caer con tristeza la tierra, y ahora observa algo que tiene en la mano. Ha puesto sobre la uña de su pulgar cinco semillas que son cinco misterios, misterios de la vida y de la muerte, de la riqueza y la miseria, de la felicidad y la tragedia.

Nada revela vida en aquellos granos, nada sugiere que dentro lleven energía e inteligencia, nada dice que ellos sean cuna de próxima vida.

Tras larga meditación frente al misterio, se resuelve por el movimiento y con acero hiere la tierra aparentemente muerta. Cinco heridas dan sepultura a cinco semillas que él coloca con respeto religioso, y ahí quedan señaladas con una vara seca.

Viene la mañana limpia que despidió a las cintilantes estrellas, y un poco de agua traída desde muy lejos señala el lugar donde fueran puestas las semillas. Al atardecer, la tierra sedienta implora nuevas gotas de agua que le ayuden en el trabajo de la creación de la vida.

Y, mientras el hombre duerme, la naturaleza obra lenta y calladamente el portentoso milagro de sacar vida de donde nadie creía que la hubiera. Y mientras el hombre canta melancólico después del Ave María o ríe por algo que alegró su vida, o encorva la espalda sobre el surco lejano, donde cada año cifra todas sus esperanzas, allá, cerca de la choza, sigue obrando el milagro de producir la vida. El amanecer de un día risueño canta, y el sol llega a la choza deteniéndose sorprendido cuando descubre cinco insignificantes renuevos verdes, brotadas de la arena candente que se creyó estéril.

Son ellos el maná salido del suelo que se levantan erectos hacia el cielo en busca del Dios que les dio vida. De semillas nacieron y semillas deben dejar; por eso, cumpliendo con el mandato, entre sus hojas aparecen los frutos que al tomar color se insinúan coquetamente al hombre a quien ofrecen prolongar su vida.

Llega la hora del recuento que da un saldo gigantesco: cientos de melones y miles de semillas producto de una semilla. Cientos de sandías y miles de semillas por una semilla. Cientos de granos de trigo por un grano. Cientos de granos maíz por un grano, y muchos copos de algodón por una semilla. Ese es el trueque generoso que la tierra ofrece a quien la ama.

El hombre de la choza está sorprendido, perplejo ante prodigio tal que antes jamás había analizado. Se ha quedado extasiado frente a tanta maravilla, la maravilla del milagro formidable: la trasmutación de la muerte en vida, de la tierra seca en substancias exquisitas.

No hay lugar a dudas, esa es la manifestación de Dios mismo en pleno campo abierto, sin intromisión de intermediarios. Allí están sintetizados los

siete tiempos de la creación de lo existente: la inteligencia, la gestación, el nacer, el crecer, el multiplicarse, el decaer y el morir que es descanso para volver con renovadas fuerzas a nacer.
¿Cómo es –pensó el hombre rudo- que de aquellas cinco insignificantes semillas han salido tan enorme cantidad de agua, de azúcar, de harina y de algodón? ¿Y es menos maravilloso el color, las fibras y las figuras?
Al pensar dejaba pasar entre sus dedos la tierra levantada del suelo, sin comprender tal portento de previsión, arte y sabiduría. Se preguntaba cuántos seres humanos podrían alimentarse con el producto de aquellas insignificantes semillas.
Las ideas se atropellaban en la mente, al comprobar que la tierra era tan pródiga; y que dentro de la corteza tosca de cada grano, aparentemente muerto, palpita una inteligencia suprema.
Sí; milagro es lo que no comprendemos, milagro la sangre que circula en nuestras venas, milagro somos nosotros mismos cuya primera semilla nadie sabe cómo llegó a la Tierra.
Ideas arrastran ideas; y cuando el hombre se decide a pensar sigue pensando siempre, por eso en el campesino del sueño apareció la natural pregunta:
-Si la tierra es tan pródiga con sus hijos, ¿por qué vivimos entonces el hambre y la miseria? Si cada semilla se multiplica tanto, ¿por qué entonces mi mesa está vacía?; ¿por qué, Dios mío, no veo nunca el producto de mi trabajo?
Atónito frente a tan complejo problema, se quedó con la vista tendida sobre el campo de labranza que durante años recogió el sudor de su frente.
En el recorrido la mirada llegó a la estacada cercana a la choza, y vio que detrás estaba el bandido, el viejo y odioso bandido de mirada torva, andar cauteloso y panza colgante fuera del cinto. Tomó un garrote como tantas veces lo hizo y fue en su busca; pero el bandido, como siempre sucedió, se había esfumado. Grande fue la sorpresa cada vez que eso mismo ocurrió; y al regresar a su choza volviendo frecuentemente la cara hacia la estacada comprobó que el bandido no se dejaba ver; pero se dejaba sentir por su influencia maléfica. Sí, allí estaba; sentía sobre sí la mirada avara que lo espiaba incesantemente a él y a su campo que entonces espigaba.
Aturdido, con el resentimiento en el alma, fue al pueblo a consultar el cura, quien bajó la mirada al escuchar la descripción del bandido pues también a él le colgaba la panza fuera del cinto. Para el sacerdote la confesión del campesino fue un presagio de tormenta, pues no iba a confesar pecados propios, sino a denunciar los ajenos que lo tenían sumido en la miseria.
-Resignación, hijo mío, resignación es lo que necesitas y que todo sea por Dios –le contestó el sacerdote.
Ya de regreso en su choza el buen hombre encontró la desolación, pues el bandido había huido con las espigas y los frutos dejando sobre la mesa solo unas sucias monedas.
Fue entonces cuando por primera vez el hombre pensó que si Dios había hecho crecer aquellas espigas y frutos, precisamente en su parcela, eran entonces suyas; por lo tanto: Dios no era culpable del hambre reinante en su choza, sino él mismo, que cobarde dejaba que el bandido entrara en su casa.
Con desesperación vio que no había fuego en su cocina ni mendrugos en la desvencijada mesa, y por primera vez en su vida recordó con rencor que un día supo que existía un hombre propietario de mil millones de pesos arrebatados a muchos infelices como él. Después le dijeron que otro

hombre tenía más monedas que granos salían de su cosecha. Más tarde aprendió que había muchos como esos que en realidad eran sólo otros tantos bandidos.
Al recordar la abundancia de sus cosechas, y, sin embargo, vivir hambriento, comprendió que todo su trabajo se había convertido en metal inmundo acumulado. Comprendía eso; pero no comprendía cómo pudiera aceptarse por buena la ley que consideraba justo y equitativo transformar los granos en metal estéril.
Regresó al pueblo y, alarmado, el cura oyó la confesión de tales inquietudes que calificó de herejías castigadas con excomunión; por eso, para que el infeliz no cayera en pecado, volvió a recomendarle resignación.
Pero aquel hombre estaba ya en el camino del pensamiento que no reconoce límites y argumentó primero, luego protestó dentro mismo del templo, alegando estar seguro de que él tenía la razón. Y a cada argumentación volvía el consejo:
-Resignación, hijo mío, resignación.
Dando en el templo como limosna las monedas que el bandido le dejó, salió a la calle y siguió protestando en voz alta.
Escandalizada la gente, lo señaló con el índice a la vez que murmuraba:
-¿Es un comunista!
-¡Es un agitador de ideas exóticas!
-¡Es un hombre de ideas que no van con la idiosincrasia de nuestro pueblo!
¡Oh! sed maldita de oro maldito, que engendras el crimen y corrompes los más puros corazones. Has ennegrecido el alma de ese hombre que antes sólo pensaba en el trabajo; y míralo, ahora vende la manta con que se quitaba el frío, para comprar una escopeta siniestra.
Yo te acuso, avaricia, de pretender detener el progreso, pues con mezquinas monedas has logrado poner de tu parte a la ignorancia que ahora ve pasar por la calle a mi amigo y le grita:
-¡Rebelde! -¡Es un rebelde y además, hereje!
Con el alma dolorida, los músculos cansados y el estómago vacío, nuestro hombre ha vuelto a su choza. Camina bajo el peso de la desgracia. Lloroso está por su impotencia, por no haber sido comprendido, por ser un paria.
Así meditaba el sembrador, cuando vio que el bandido asomaba la cabeza del otro lado de la estacada. No fue un acto pensado, fue sólo un impulso natural producto de su desesperación que lo hizo levantar el arma y llenar de plomo la jeta del bandido, de dónde escurrió negra sangre que manchó con su impureza la tierra bendita.
Para su sorpresa, al rasgar el estampido el silencio del campo mustio, muchas cabezas de bandidos como aquel asomaron de otro lado de la estancada.
De ahí al presidio medió muy corta distancia y muy poco tiempo.
Grave error el tuyo, querido amigo, que no sabías que tu enemigo es intangible y que está en todas partes. Que es un monstruo con mil ojos que te espía constantemente. Grave error el tuyo que no previste que todo el aparato legalista y policiaco es dócil servidumbre de tu enemigo, y ya vez, ahora te llaman: torvo asesino.
¡Pobre de ti! Fue una decisión heroica y un acto justo que ningún tribunal decente castigaría; pero dime, amigo campesino, ¿sabes de alguno que lo sea en la Tierra?
Tras las rejas está el hombre que un día vivió la libertad del ave. Está lloroso porque piensa en aquel día luminoso cuando contemplaba filosóficamente sobre la uña de su dedo pulgar, las cinco semillas que tan

intensamente lo hicieron pensar. El triunfador aparato legalista siempre lubricado con polvo de oro, en poco tiempo sentenció para el campesino la última pena. Entonces él reflexionaba que no es resignación lo que hace falta en el mundo. No son penitencias ni oraciones lo que enderezará la vida, sino la justicia, puesto que si la riqueza fuera equitativamente distribuida, seguramente haría una humanidad feliz.

XXXIV
MUERTE

Fondo oscuro. Silencioso de la alta noche. Aquí cerca, la sinfonola que aúlla en la taberna.

Cristales que se rompen cayendo al suelo hechos añicos.

Silencio absoluto por unos instantes. Un disparo rasga la quietud. Tres responden como eco. Se asustan los perros. Dos disparos de pistola ligera se oyen lejos, cuatro contestan.

Vuelve la quietud y el silencio. Diez minutos de espera.

Del lejano horizonte parte el chillar de una sirena que a gran velocidad se acerca. Desfallece. Entra en silencio. Vuelve a tomar brío y se aleja. Ha vuelto la noche quieta y silenciosa.

Amaneció. Ha pasado el día.

Son las nueve de la noche, por mi ventana entre el gemido de mujeres angustiadas y el lloro de niños asustados. Pasos en todas direcciones.

Llega de nuevo la alta noche. De una de las viviendas salen rezos a coro, rezos de velorio, rezos para el alma de un muerto…

¡Cuán poco valoriza el hombre su vida! El que mata no comprende que con su sacrificio tendrá que reponer esa vida, y el que muere tampoco comprende que tendrá que volver a vivirla en condiciones más difíciles.

XXXV
LIRAS MUERTAS

Poetas de ayer, ¿qué se hicieron música y canto?: ¿por qué se les substituye con páginas de vicio y crimen? ¿Por qué se usan ríos de tinta y mundos de papel para halagar estúpidas vanidades y fomentar la guerra cruel?

¡Ah!, el canto se quedó en el ayer porque la barrera de clarines y redoblar de tambores no lo dejó pasar. Siempre ha valido más la espada que la pluma.

Mejor vivió el herrero que fabricó dagas, que el poeta que escribió versos. Mejor se alimenta el que fabrica pólvora, que el que escribe ideas. ¡Y peor aún: para vivir, el que escribe tiene que escribir halagando a los que matan, o se muere! Está cayendo la humanidad en la moderna edad media, que ojalá no resulte peor que la anterior.

Pero el hombre tiene la culpa, pues con facilidad pasmosa olvida la historia no obstante estar escrita con sangre.

XXXVI
ANTONIO

Hace media hora meditaba profundamente, no sé exactamente en qué. Me había ido lejos, muy lejos de este pícaro mundo, cuando una voz cerca del lecho me obligó a reconocer que aún estoy en la carne. Seguí con los ojos cerrados; pero con el oído alerta. Oí un saludo en español muy antiguo, y

contesté festivamente: -Por el zumbido te conozco, mosco; eres fray Alejandro, actualmente llamado Antonio. ¿No es verdad?
La voz confirmó mi dicho; pero hablando esta vez, como actualmente hablamos el español los mexicanos. Me insultó con voz de tiple, afirmando que pierdo el tiempo diciendo lo que digo, pues que nadie me hará caso, y que algún día él hará que mis papeles tomen el camino de la hoguera. Es verdad que no siento rencor contra ese espíritu; así, pues, sinceramente le he dicho: -Cuídate mucho de lo que hables, que dejaré constancia.
Y puesto que siguió hablando sandeces, sin importarle mi advertencia, está en mi derecho repetir palabra por palabra de lo que le dije. Se llama Antonio. ¿Antonio qué? ¡No será por mi boca que la historia recuerde su nombre; así, pues, se llama Antonio, el que hace siglos, en España, siendo familiar del Santo Oficio se llamó fray Alejandro. Le dije:
-Fuiste mi confesor oficial, ¿lo recuerdas? Yo necesitaba de un confesor para estar a salvo de las persecuciones, y tú necesitabas dinero y quien tapara tus vicios. Y así, nos llevábamos bien; yo comulgaba públicamente en tu iglesia, y tú disfrutabas plenamente de la vida en mi casa. Los dos creíamos tanto de las pantomimas religiosas, como creemos ahora; así pues, en el fondo éramos buenos amigos; pero... pero se atravesó en mi camino una mujer que inquietó mi alma y que despertó tu lascivia. No sé si llegué a amarla; pero sí sé que nunca me resigné a la humillación de que tú, un vejete vicioso, me la quitaras. Y me la quitaste; pero de mala manera: me denunciaste al Santo Oficio; y de ahí a la muerte, sólo medió el potro de tortura.
Triunfaste, ¿quién lo duda? Pero la mujer aquella no se conformó con un clérigo segundón e intrigante, y todo fue que un obispo le pusiera el ojo encima, que tú decidiste eliminarlo, pero como no podías repetir el procedimiento usado conmigo, recurriste al veneno; y no satisfecho, usaste el puñal. Muy poco te duró el gusto, pues pronto acabaste en las llamas de una hoguera especialmente encendida para arrancarte la vida.
Al siglo siguiente volviste a ser religioso; pero anidaba en ti el rencor contra la iglesia, que, según tú, muy mal te había tratado, y te convertiste en cismático y partidario de Lutero. ¿Eras sincero? ¡No, sé que no lo eras, porque te conozco! Simplemente sentías tremendo anhelo de venganza contra la iglesia; pero en el fondo seguías siendo un oscuro y fanático religioso, dispuesto a vender tu causa si te ofrecían la púrpura cardenalicia. Pero nunca valiste gran cosa, por eso nadie se ocupó de ti; y, amargado, despechado por el desdén con que te trataba la iglesia que tanto amabas, y repudiado por los sinceros luteranos, que a pesar de tu hipocresía descubrieron lo que realmente buscabas, resolviste jugarte la última carta de esa existencia, para llegar a ser alguien, y conseguiste hacer ruido: te instruyeron juicio en que se dictó el fin de esa vida. Desde entonces te perdí de vista. Creo que nada me debes ni te debo; pero el mundo es pequeño y he aquí que de nuevo te encuentro, aparentemente paladín de una gran causa; pero dime, Antonio, ¿eres sincero? ¡No me contestes, que puedo leer en tus pensamientos como antes he leído en tu rostro y en tus manos! ¡No, no lo eres! Te incorporaste en filas de lo que tú y yo sabemos, como otrora lo hicieras en las filas luteranas: por despecho. Y tu cuerpo está donde está; pero tu espíritu sigue merodeando el vaticano en súplica de migajas para el futuro.
¿No es verdad que por el fruto se conoce el árbol? ¿Cuál es tu fruto, Antonio?
Nuevamente te haces viejo, amargado por la derrota. No conseguiste que la iglesia, a la que has anhelado volver, se fijara en ti; y ahora el despecho,

y todo tu rencor acumulado en siglos, lo vuelcas sobre quienes tuvieron el mal tino de pensar en ti. ¿Es ese tu fruto, Antonio?

Te has pasado los años pidiendo permisos y prometiendo algún día realizar verdadera labor, labor que jamás empezarás, yo te lo digo, porque en verdad no te importa iniciarla, pues estás donde estás por despecho, no por amor a la causa. ¿Es esa tu obra, Antonio?

¡Ah! mosco, ¡por el zumbido te conozco! Sé que te alejas; pero no bastante para dejar que los demás trabajen, pues vives alerta; y en el momento que has visto o que en el futuro veas que lo que vas destruyendo alguien lo reconstruye, has saltado y lo seguirás haciendo, como fiera poseída para empuñar de nuevo el mando y así completar tu deleznable tarea.

Sé que en lo material tienes poca consciencia de estas cosas; pero también sé que en lo espiritual aún sigues creyendo que la otra es la causa que triunfará en el mundo, y sólo haces tratar de reconciliarte con los que tú hiciste tus enemigos.

Te repito, Antonio, nada me debes ni te debo. Protegí tus vicios, protegiste mi herejía. No te guardo rencor, ni por lo que me hiciste hace más de cuatro siglos, ni por lo que me has hecho ahora. En aquel entonces tuve razones para odiarte y no lo hice, no sé por qué. Ahora tus coses han golpeado al viento; ¿por qué habría yo de sentirme lastimado?

Y ya que estamos de charla, te hará bien saber que la mujer aquella por quien nos peleamos está cerca de ti, no de mí.

Ella en esa vez, según creo, no fue culpable; pero en encarnación posterior, mal usó la facultad como médium. Engañó y se enriqueció; sin embargo, murió en la miseria. Ignoro si después repetiría la hazaña; pero sí sé que en esta encarnación su anhelo máximo ha sido, sin conseguirlo, volver a ser médium. ¿Sabes quien es? ¿Y cómo no habrías de saberlo? Estela de rencor dejó en tu alma, no obstante haber sido tú el único culpable no sólo de tus males, sino aún de muchos de los de ella.

Para ella mi grato recuerdo, pues nunca la juzgué culpable. Para ti, fray Alejandro, mi lástima; porque en el siglo XVII te has anclado. Así he hablado a ese espíritu que tuvo la mala idea de venir a visitarme, y así hablo a su materia por si ello le puede servir de algo.

XXXVII
ESTEBAN ACUSA

Ayer estaba en sueños cuando vi lo que fue un poblado, entonces ya destruido. Aún quedaban huellas de lo que fueron buenos edificios, víctimas de un cataclismo, quedando sólo chozas sucias y malolientes habitadas por hombres holgazanes, indolentes, que estaban fuera tirados al sol. En mi sueño recibí sorpresa por tan lamentable espectáculo de lo que fuera ciudad gloriosa. Vi que los edificios se cayeron sólo por falta de trabajo, pues los negligentes si hablaban era sólo para disputar.

Y vino a mí Moisés, vestido a la usanza moderna. Su rostro manifestaba la huella del dolor. A pesar de todo se mostraba sereno. Extendiendo el brazo derecho, dijo así: -Mira mi casa, mi templo, mi escuela y mi obra. Mira, que todo yace muerto en el suelo, sin nadie que se compadezca. Nuevamente los enemigos tradicionales, involucionados, han intentado destruir mi casa. Ellos, que a su tiempo serán juzgados, han empuñado mi bandera y con ella en la mano van destruyendo mis enseñanzas, echando a rodar por el suelo piedras tras piedra. Dije antes de partir “en vosotros descanso”. Y dije así, porque llegué a creer que eran sinceros y fieles discípulos; mas

ahora los canallas dicen: “en nosotros descansa”, y han hecho de su propiedad lo que di a la humanidad.
Guardó silencio triste frente a las ruinas desoladas. Yo sufría por inducción del dolor del maestro. No pensaba, sólo sufría. El rompió el silencio fúnebre cuando dijo:
-¿Puedes hacer algo por mí? ¿En otro tiempo ya lo has hecho! Recuerda que lo que hagas para mí, es para tus hermanos.
Hizo ademán de despedirse y cuando ya desaparecía de mi vista, aún dijo:
-A tu conciencia queda. Sé que nada o muy poco puedes contra la maldad que corroe mi doctrina de la cabeza a los pies. Sé que nada puedes, como nada han podido mis más fieles adeptos. Se fue dejándome estupefacto. Por primera vez reflexioné, sabiendo que debía trabajar, pero sin saber por dónde empezar; y así, indeciso frente a tarea tan gigante, tomé una pala para quitar los escombros de ese camino donde estaba.
Bastaron pocos golpes sobre el suelo para remover la tierra, para que se levantara pestilencia y con ella enjambre de moscas asquerosas que me atacaban furiosas.
Y vinieron los indolentes panzudos y embrutecidos por la holganza. Llegaron garrote en mano. Me atacaron escupiendo blasfemias. Afirmaban que pretendía apropiarme del templo, de la casa y de la escuela.
Protesté con energía por tan vil calumnia, puesto que fue el dueño de aquel caserío quien me pidió la ayuda. Ellos eran sólo parásitos inmóviles que formaban parte del paisaje; pero frente a su furia sentí miedo; y con miedo retrocedí, siguiéndome de cerca las blasfemias, las amenazas y las calumnias. Ya entonces me acusaban de pretender copiar la arquitectura del edificio, para luego erigirme en gran maestro. Me acusaron de eso y mucho más, cuando yo sabía que sólo había pensado en apuntalar un poco lo que aún no había caído.
Las calumnias infames se multiplicaban, y de ellas se desprendía que lo único que los indolentes anhelaban era dormir al sol, sin ruido de trabajos cerca.
Me retiré para no exacerbar su ira, y al llegar a lo alto de una colina vi en panorámica la ruina y la ruindad que reinaba en el poblado.
Vi también desde la altura, en lado opuesto, a una mujer que, piedra por piedra levantada con sus manos, iba también despejando una senda.
Y muy lejos, casi perdidos en la distancia, algunas siluetas luchaban para que la selva no invadiera la brecha. A todos esos seres había sucedido, muy antes, peor que a mí. Por eso, anatematizados, habían tenido que huir para no estorbar con el ruido de su trabajo el sueño de los haraganes. Para mi sorpresa –grata sorpresa- llegó un hombre con paso firme, y entro en el poblado. Sonriendo se dirigió a los que durmiendo al sol estaban; y en vez de hablar los dejó que hablaran, les dio o fingió dar la razón; y ellos, halagados, lo acompañaron a ver las ruinas del templo. Y lloraban con amargo llanto, lamentándose de no haber encontrado manera de impedir el total derrumbe, señalando con hipócrita dolor y más hipócrita arrepentimiento, que aquello que pudo haberse salvado con un poco de trabajo estaba ya en el suelo.
Del grupo, varios me eran conocidos: el visitante, risueño, desde el principio de la historia y de los tiempos fue mi amigo; después, siendo griego llamóse Esteban, muriendo apaleado; luego su cuerpo fue arrastrado por las calles. Entre los indolentes muy conspicuo, estaba fray Alejandro. Siempre al verlo he recordado el vino.
Yo preveía que Esteban miraba aquello sonriente y en silencio para poder mirarlo todo; y luego, con las pruebas en la mano, formular la acusación.

Y no se me diga ahora, como de él y de otros ya se ha dicho, que quiérense constituir en jueces, pues ver una llaga purulenta y suponer pudrición en ese cuerpo no significa pretender título de doctor en medicina. Así, pues, si en la Tierra nadie se cuidará de castigar a los malvados, es obvio que en el ya próximo más allá la acusación de Esteban será pesada.
Pero, hasta allí, yo sólo había estado mirando; y como sólo ver, contemplar y lamentar me hacía caer también en la indolencia, dejé que cada cual hiciera a su manera, mientras yo seguía despejando la senda. Así, pues, entiéndase que Moisés fue quien me pidió que hiciera lo que estoy haciendo. Entienda esto, quien interpretar los sueños sepa. Febrero 22 de 1954.

XXXVIII
MOSAICO

Lo mismo de día o de noche, en mi habitación reinan siempre las sombras que a veces rompen en tempestades que me enloquecen de pavor, porque espíritus feos como demonios me rodean y amenazan de encadenarme en las regiones del olvido, si hablo de lo que oigo y relato lo que veo. Y durante su presencia braman en torno a mi prisión sus voces que son sordo mugido.
Si los dejaran destruirían lo poco que aún tengo, intentarían más; destruir la vida de su forma intrínseca. Destruirían tierras y mares, y hasta el cielo quizá; pero no, no pueden porque son seres de caverna que huyen cuando la luz asoma. Y esa es mi pesadumbre: que en estos momentos sobre el mundo se multiplican las cavernas y se desencadenan las sombras, que pretenden de nuevo ser señores para sujetar la voluntad y la humana inteligencia al cetro de oro de un rey sin reino, que el hombre piense por cabeza de santo; eso es lo que se pretende.
Por eso en los días, a veces más tristes que las noches, que paso solitario entregado al profundo meditar, llamo a los únicos que me comprenden para que me traigan su mensaje, o pido que me muestren alguna pincelada de la historia.
Es así como he visto mares alborotados por vientos de huracán que al entrar en mi pieza cambian todo de lugar. ¿Qué es lo que sucede? ¿Viven esos fenómenos perpetuamente reproduciéndose en el presente por mi voluntad? ¿O es que yo viajo con lo que me rodea, hacia el pasado? La anciana que por misericordia atiende mi mal, díjome azorada un día:
-Oí voces de huracán, rugir de mar embravecido y golpear de lluvia torrencial; pero al salir encontré la noche estrellada y perfecta. Sólo yo estaba en el secreto. Había visto la noche anterior los últimos maremotos que cambiarán la geografía de la Tierra. Es así, también, como he visto el clamoreo de hombres encadenados, flacos y hambrientos, golpeados por otros hombres que se dicen superiores, que creen tener la justicia en las manos, que suponen tener a Dios de su parte; pero yo, desde mi sitial de dioses he visto que fueron sólo necios los que tal hicieron, y necios son los que lo siguen haciendo.
Imperios he visto pasar con la velocidad del rayo. Rangos y vanidades han nacido, crecido y muerto en menos tiempo del que yo lo puedo razonar. ¿Por qué aferrarse al placer de una corta vida que dura menos que el aleteo de una mariposa?

Una Isabel dio a Inglaterra su poderío, y otra Isabel asiste a su derrota. Pero yo sé que no es otra; es la misma primera Isabel que viene a cerrar el ciclo.

Hitler fue Atila, él mismo me lo ha dicho. Hitler pronosticó mil años de vida a su imperio te terror y sangre, y algo se acercó a la verdad, porque empezó en Atila y terminó en Hitler; de todas maneras, ¿qué son mil años? ¿Y qué es ahora Hitler?

Machado, el carnicero célebre de Cuba, creyó haber logrado la inmortalidad porque la prensa a sueldo lo llamaba, entre otras cosas: egregio. Pero, dónde está ahora Machado? También a Calígula lo llamaron divinidad y ¿dónde está Calígula? Yo lo sé: ambos están en el mismo sitio, porque son el mismo espíritu que poco ha me vino a ver a consecuencia de que Herodes habló de él. ¡Pobre Calígula, pobre Machado, difícilmente podrá hacer un nuevo escándalo! Y así se levantan erectos y despóticos dictadorzuelos que calzan de piel humana y que fundan su poder en el terror. ¿Cuánto tiempo les durará el gusto?

Estados Unidos, hasta pocos años ha fue quien llevó la pauta en el mundo; pero ahora, aunque sigue con la batuta en la mano, lo que dirige es el desconcierto. El espíritu del señor Truman vino a verme, por lo intensamente que lo llamé cuando nombraba a uno de sus generales para representar al país ante la Santa Sede. Me dijo, disgustado:

-¿Por qué tanto grito que me inquieta cuando la inquietud me rodea? Pregunté el porqué de sus actos y me contestó, contundente: -Me agarraré a ellos aunque fueren clavos calientes.

-¿Tanto así de desesperante es tu situación? –le pregunté, y me contestó: -¡Tanto es!

Insistí: -¡Pero si todo se resuelve con dar al hombre los derechos del hombre, con romper fronteras y dejar que los pueblos se conozcan para que se amen! ¡Es esto tan difícil de conseguir? -¡Más, mucho más de lo que te imaginas –me contestó.

-No irá muy lejos el mundo por este camino –le dije, y él afirmó:

-Porque lo sé estoy enfermo; y si al mundo le queda poco, a mí menos; pero hablar de fraternidad en el caos, es perder el tiempo. -Es que –contesté-, el caos es consecuencia de la falta de fraternidad. Sólo salvará al hombre el amor que cada cual sienta por su semejante. Hacer de cada semejante una deidad a quien amar es la mejor religión; y para eso, el corazón es buen altar. Mi visitante meditaba; pero no contestó. Yo insistí: -Hermano querido, ¿quedará en tu mente de ser encarnado algo de estos dichos? El contestó con acento triste:

-Si todos recordáramos lo que se vive y dice en la vida de espíritu, el mundo no estaría como está. -Es que yo sí lo recuerdo, y hay muchos como yo –le contesté, y él dijo:

-Algo he oído decir; pero nunca he tenido tiempo para juzgar.

Se fue sin despedirse, bruscamente, como quien es llamado con urgencia. Me quedé pensando en el panorama de ese gran país que se va hundiendo en la ruina, como la Atlántida se hundió en los mares. En visita de un espíritu de lenguaje raro, oí que Estados Unidos son la reconstrucción de Cartago por los Cartagineses. ¿Y qué de la gloria de Cartago? ¡La historia se ocupa poco de aquella grandeza!

¡Ah! si todos fuéramos hermanos: habría hermanos mayores y hermanos menores; los unos enseñando, los otros aprendiendo. Estados Unidos podría ser el hermano mayor que llevaría a la humanidad hasta horizontes insospechados. Su técnica, su dinámica, su fácil adaptación al trabajo, transformarían la inventiva y el pensamiento alemán en hechos prácticos,

y así haría en poco tiempo una humanidad feliz. Entonces se le admiraría y respetaría no por la desintegración del átomo, sino porque había trazado un camino de luz.
Pero, ¿cuál es la triste, lamentable realidad? ¡Se insiste en el odio de razas, aplastando la carne negra que vive sin derecho de gentes! ¿Para qué se abolió la esclavitud si los negros habrían de seguir siendo esclavos? ¿Por qué se discrimina a los latinos, especialmente a los mexicanos? ¿Qué daño les hemos hecho, excepto levantar desde el suelo la cara para verlos, a veces en plegaria y ruego, pidiendo una limosna? ¿Es delito ser pobre? ¡Y peor!: Somos pobres porque nuestra riqueza ha viajado precisamente hacia Estados Unidos.
La riqueza mundial se ha concentrado no en un país, sino en unos cuantos hombres. ¿Qué le sucede al que come demasiado? ¿Cómo puede influir en la moral de un pueblo los discursos, cuando anhelante en el muelle ese pueblo ve llegar barcos que cree llenos de alimentos y al ser descargados resultan ser armas? ¡Y eso ha sucedido en Francia!
Se pretende callar la voz del hambriento matándolo, y se cree que es posible manejar la vida civil, militarmente. ¿Borraránse de la historia los ataques sangrientos que de Estados Unidos han recibido los pueblos débiles? ¿Por qué este gran coloso del norte no reta a duelo a países de su misma potencia, capaces de contestarle golpe por golpe, en vez de ensañarse sobre los que ni siquiera pueden alzarle la voz? ¿No es esto vergonzoso, por no llamarlo cobarde?
El hombre de razón ve con tristeza cómo su trabajo vale nada. El minero extingue su vida arrancando a la naturaleza su riqueza, que el fundidor transforma para que el armador dé vida a máquinas que casi piensan. Máquinas de efímera vida que duran bastante, apenas para que el mercader cobre la factura... luego, tanto afán y tanto trabajo van al mercado de chatarra.
¿Por qué es así la vida? ¿No sería mejor que las máquinas sirvieran para aliviar la carga que lleva el hombre? ¿Por qué crear maravillas que nacen y mueren con la luz de un día? ¿No es criminal matar a tanta gente en el trabajo, para que al final su trabajo valga nada? ¿Por qué desperdiciar tanta energía humana?
Y si el esfuerzo nada cuenta, ¿qué se gana con trabajar? Y si a pesar del sacrificio las penas siguen peores, ¿qué se gana con trabajar? Y si el esfuerzo se concentra en lo que ha de destruirnos, en lo que amenaza la vida de la humanidad, ¿para qué trabajar? Y si lo que la mano del artesano produce es sólo instrumento del engaño, ¿para qué trabajar?
El hombre es ahora amo de sí mismo que lo fue en edades primitivas, porque ahora marcha, entra y sale al son de estridentes silbatos de vapor, y tiene por amo, mudo e inalterable, la máquina inerte que no lo deja siquiera razonar. Y todo se maquiniza. Hasta el Estado es una máquina cada día menos sensible, que tritura a los pueblos. Empezó con los de afuera; acabará con el de fronteras adentro.
¿Es esto vivir? ¡Mejor vive el caballo de carreras, mucho mejor el perro callejero o el gato sin dueño. Antes, en la conveniencia del amo estaba cuidar la vida del esclavo. Ahora, el hombre es libre; pero sólo para morirse de hambre.
¿Y qué responsabilidad puede tener Estados Unidos en esto? ¡La responsabilidad del usurero que, inmisericorde, arrebata a tiras la piel de los hambrientos hasta que su avaricia lo hace morir de hambre junto a su tesoro.

No son armas lo que la humanidad necesita en la hora actual; es trigo, es arroz, es esperanza, es libertad, es: un poquito de amor.
¿Para qué huyeron de Europa los peregrinos que buscaban la libertad, si al fin en América también la habrían de perder? ¿A dónde volver los ojos si las fronteras están erizadas de acero y dentro de ellas los Estados son Estados policíacos?
Innecesario es ser adivino para prever que situación tal es de muy corto vivir, porque las multitudes se cansarán del caos y resolverán crear uno mayor para acabar con él.
Un reajuste social se impone, o la muerte nos sorprenderá. El reajuste podría ser espontáneo y natural si el hombre razonara; pero no razona, y el reajuste vendrá como consecuencia de sangrienta tragedia.
Un día los griegos fueron poderosos, ¿y qué? Un día los griegos fueron dueños de los mares, ¿y qué? Un día los griegos pasearon su bandera triunfante por el mundo, ¿y qué? ¿No son ahora unos parias infelices que mueren de hambre? ¿Qué ha quedado de su pasada gloria guerrera? ¡Sólo renglones en la historia! Eso es lo queda del poder y de la fuerza: sólo renglones en la historia, mientras que el pensamiento y el saber de Grecia sigue vivo, sigue activo y así seguirá.
Esto es: perdura en la mente y en los corazones lo positivo, lo sublime, lo espiritual, mientras que muere lo material y grosero, lo egoísta y brutal.
Cuando decimos Grecia pensamos en los sabios y filósofos, en la libertad y el trabajo, no en los dioses ni religiones, ni en los guerreros ni en las batallas.
Pero en Grecia penetró el dogma con su cauda gigantesca de parásitos; y donde antes se filosofaba, se empezó a dogmatizar; y donde se discutió ciencia, se levantaron altares; y donde antes se trabajaba, se empezó a rezar.
Y así, al paso que los dioses mitológicos llegaban, los sabios morían; la cicuta es buen testigo.
Del anhelo de libertad reprimida en Grecia nació Roma, sorprendiendo al mundo con sus leyes. Pero detrás del pensamiento, como la abeja en pos de la miel, iban los sacerdotes y con ellos los dioses.
Y se acabo Roma, quedando de su gloria sólo ruinas dispersas y bárbaros como Mussolini, reencarnación de Constantino.
Esa es la experiencia encontrada en la senda de los siglos: allí donde aparecen los dioses, y los que de los dioses viven, desaparece el pensamiento; porque dioses, sacerdotes y religiones son signo de decadencia; son los anunciadores de un pueblo que muere, como los buitres en el cielo anuncian con círculos de vuelo lento la muerte de un animal.
Por eso me llenó de tristeza cuando el espíritu de Truman afirmó que se agarraría del Vaticano aunque fuera un clavo caliente.
¡Exactamente eso mismo hizo Constantino cuando se hundía su imperio y que él regresaba a Roma como guerrero en derrota: se agarró a las religiones para salvarse, aunque con ello haya hundido a la humanidad!
Estados Unidos ha entrado en su decadencia, por lo que se precipita en bajada frenética. Ya no se oyen voces de quien es el que mejor interpreta la ley y la libertad, la ciencia y la cultura, sino de quien es capaz de organizar la más perfecta censura y de dictar la ley que menos deje hablar. Muy poco dirá la historia de este país, porque ni en su juventud soñó con igualar a Roma, a Grecia mucho menos; y pasarán pocos siglos cuando se repita lo que se dice de Cartago: Grandes mercaderes y hábiles economistas y nada más.

La humanidad asistirá pronto a la ruina de quien ha desoído el consejo de los tiempos.

XXXIX
¡SI EL HOMBRE QUISIERA OIR MI HISTORIA!

¡Cuántas veces me he pasado cavilando del anochecer al alba y cuánto he aprendido así, con sólo pensar! Ha llegado hasta mi lecho el escándalo de voces cantadas por aparatos de radio que pregonan triunfos guerreros sobre enemigos vencidos, sobre los que s dice haber enarbolado la bandera gloriosa de una estirpe superior, que aspira a dilatar su imperio más allá de la Tierra: sobre el orbe entero!

¿Quién verá el derrumbe de tan desmesuradas ambiciones? ¡Creo que todos lo estamos mirando! Mientras tanto, se multiplican los países que llaman a los dioses en apoyo de las propias armas. ¡Edades lleva el mundo en guerra! ¿Cuándo empezarán los siglos pacíficos? Siempre se ha pronosticado que pronto, con gruesos hierros serán cerradas las puertas a la guerra, y no otra cosa los hombres de bien anhelan; sin embargo, millones dedican su esfuerzo a la creación y perfeccionamiento de armas que luego la vanidad bendice.

Las estrellas languidecen con el clarear del alba que despierta a la vida, y los lejanos ladridos de perros prisioneros se confunden con el ruido que produce el movimiento humano. Suspiro hondamente reflexionando que ha pasado por mí un día más, que viviré un día menos.

Y mientras que la anciana caritativa entra en mi pieza con una taza de té pobre, observo la luz lechosa que entra por la gris ventana en la que adivino el nacer del sol.

El nacer de un día recuerda siempre la niñez feliz, luego la juventud repleta de ilusiones. Rara vez el sol me hace pensar en la vejez y en el dolor.

Yo también cada mañana vuelvo a nacer y vivir mis años niños, de los que a veces me niego a salir, olvidando de intento en cuál comarca de la Tierra me encuentro, olvidando así mi desgracia. Pero el dolor físico me vuelve frecuentemente a la realidad, y pienso entonces:¿No somos sólo peregrinos errantes, juguetes del furor de los vientos? ¿No ingenuamente inmolamos victimas a la ilusión y en nuestro propio honor a veces? ¿Entendemos siquiera lo que hacemos? Costumbre nuestra es vestir lujo para ocultar nuestra miseria, y más honores recibe quien mejores ropas viste aunque hieda su alma putrefacta.

Larga es la historia de los infortunios humanos, porque los humanos rechazaron la felicidad al entregarse al odio feroz. ¿Sabéis por qué ahora me llamo Tarquino? ¿Y Tarquino en varias existencias me han llamado!” ¿Ah!, ¡si el hombre quisiera escuchar mi historia!

Un día también creí ser fuerte, poderoso y feliz. Ese día, muy corto por cierto, lo viví en Roma como Rey llamado Tarquino. Leed la historia. Entonces comprenderéis no sólo por qué ahora sufro, sino, más aún, por qué entiendo lo que todo mundo ya debía entender y por qué, pese a mi impotencia lucho por lo que todos debían luchar.

A los déspotas ridículos y cobardes de hoy en día les llevo 25 siglos de ventajas. Fui tanto o peor que ellos; pero hace 25 siglos, mismos que me ha tomado arrojar el lastre que en un sola miserable existencia cargué. Los que son hoy como fue ayer, pensarán como pienso hoy para el año cuatro mil quinientos, y entonces se lamentarán, como me lamento yo, de no haber despertado a tiempo. ¿Y para qué seguir hablando de lo que a nadie

importará? ¿Cuántos creerán que cuando lo deseo vuelvo a vivir mis vidas de ayer? ¿Cuántos admitirán que no son pesadillas ni ilusiones, ni fatiga del cerebro, ni consecuencia de estrechos conceptos científicos? A todos resultará mucho más cómodo arrojar a los desperdicios mis palabras y volver a levantar la mano con una copa a la vez que se dice: salud, palabra contradictoria puesto que el vino destruye por igual al cuerpo y al alma.
Es mejor que así sea porque más se aprende por esfuerzo propio, más se avanza por el trabajo que por el consejo ajeno. El ejemplo generalmente vale poco, porque todos preferimos vivir lo nuestro. Y así, en esta vida de engaños y traición, todos podemos ocultar un crimen hasta que un día decidimos confesarlo, dando con besos la vida al muerto; y cuando hacemos esto es porque ya estamos ansiosos de levantar la faz al cielo.
¿Qué el cielo no existe? ¿Qué el alma no existe? ¿Qué el espíritu no existe? ¡Mentira es todo lo que nos rodea! ¡Mentira es la vida misma que nos hace ven lo que no hay y vivir sin saber para qué, y sufrir sin saber por qué! ¡Que el espíritu no existe! ¡Bah! No estoy en ánimo de discutir lo que por obvio prefiero callar. Sólo diré que, antes de que muchos conozcan mi relato, el mundo me dará la razón. Lamento haber vivido anónimo y morir anónimo; pero sé que es compensación, puesto que siglos atrás mi nombre trastornó a los pueblos.
Ha entrado en mi alcoba la anciana amable que me sonríe como una madre. Agradezco su visita a pesar de que con ella se rompe el éxtasis que me ha permitido, la pasada noche y este amanecer, vivir de ilusión.

XL
¡SALVE, OH TARQUINO LUCIO!

Hace nada menos que veinticinco siglos, en un mañana soleada y hermosa como hoy, caminaba yo lentamente, con paso estudiado, arrastrando la capa guinda ribeteada de oro. Iba a sentarme al trono donde recibiría la corona de rey de Roma.
-¡Salve, oh Tarquino Lucio!, rey de Roma –gritó a una voz el Senado, y la muchedumbre secundó el clamor y el halago. Al caminar veía de reojo las columnas de mármol, labradas en canales verticales. Iba sobre un piso de granito pulido y reluciente, lavado el día anterior para borrar la sangre que salió del pecho de Servio Tulio.
Llegué al trono, empuñe el cetro y esperé a que un sacerdote, en nombre de Júpiter y de todos los dioses del Olimpo, me coronara de oro y laureles legalizando así mi asalto al poder.
Siguieron los discursos de los senadores y tribunos que me ponderaban hasta el fastidio. Discursos fofos que yo había revisado la noche anterior.
No me importaban esas palabras pagadas a las que no puse atención. Estaba que reventaba de gozo. Callaba porque así convenía a mi nueva condición, pero habría querido gritar que ya era rey. Rey de Roma. Desde mis sueños niños acaricié siempre esas columnas majestuosas levantadas por mi padre. En mi juventud una hechicera afirmó que yo sería rey, y desde que oí el vaticinio hacia su cumplimiento fueron todos mis esfuerzos.
Ya podía palpar esas piedras que tanto me atrajeron. Ya podía dar órdenes porque era el rey de Roma, la ciudad de las siete colinas que aún no hacia sentir su fuerza sobre el mundo.
Esa coronación fuel acto culminante de una larga historia: fui hijo de Tarquino Prisco, llamado también El Antiguo, y de su concubina preferida llamada Tanaquil, pues su esposa legítima había muerto desde hacía

muchos años en Etruria, antes de que mi padre llegara a rey de Roma. Tenía tres medio hermanos conocidos, a los que mi padre jamás dio atención; así pues, resultaba ser yo el único heredero al trono y, por lo tanto, la bruja no necesitó mucha imaginación para predecir mi futuro; sin embargo, había un grave obstáculo: Servio Tulio.
Servio, que quería decir: siervo, esclavo, era hijo de esclavos de mi padre; y desde joven exhibió gran inteligencia, además de que era exactamente del mismo modo de pensar que mi padre. Se vivía en esos días, en Roma y sus alrededores, una agitación constante.
Nunca hasta entonces se habían contrastado tan tremendamente la riqueza y la pobreza. Los patricios vivían fundamentalmente de la usura sin limitaciones, con todo el apoyo de la ley, y, por lo tanto, en contra de los infelices plebeyos que morían de hambre no importa cuanto trabajaran. Los plebeyos estaban siempre hipotecados con toda su familia, y un acreedor insatisfecho podía cobrarse en la moneda que le diera la gana, incluso matando al deudor o simplemente cortándole partes de su cuerpo como pago de la deuda; así, pues, si varios acreedores se ponían de acuerdo, podían cortar en pedazos a un hombre sin llegar a darle muerte o matándolo si así les parecía conveniente.
Encima de que no había ley que defendiera a los infelices, los múltiples dioses y sus sacerdotes no sólo estaban completamente del lado de los ricos, sino que a su vez exigían a los hambrientos su tributo. Esto parecerá bárbaro; sin embargo, había más aún; nadie estaba seguro de su vida mientras viviera el padre, jefe de familia considerado como la voz viviente de Júpiter y por ello dueño de las vidas de todos sus familiares, de las que podía disponer a su antojo sin obligación de dar cuenta a nadie pues la ley lo protegía, lo mismo fuera patricio que plebeyo, excepto si por la muerte de un familiar resultaba afectado el interés de un patricio.
Pues bien, Roma era un villorrio sucio y desaliñado con muy pocas construcciones y sin ningún servicio público, cuando mi padre, apoyado por el pueblo etrusco, llegó y se impuso como rey. Pronto la faz de la ciudad empezó a cambiar por las múltiples construcciones, todas ellas gigantescas, como el capitolio, el primer cinco romano, y el alcantarillado. Claro que mi padre no alcanzó a ver terminado nada de lo que empezó; pero al menos lo inició con gran entusiasmo y mano de hierro, disponiendo para los gastos del dinero, muy abundante por cierto, de los ricos, a la vez que por el trabajo mejoraba la situación de los plebeyos, a favor de los cuales dictó muchas leyes limitando la desmesurada usura de los patricios y restringiendo la criminalidad.
Con esta medidas, el trabajo en el campo se consolidaba y la ciudad crecía a la vista; pero, naturalmente, todas esas medidas iban arruinando a los patricios, que empezaron a complotar contra él, acción a la que me sumé más que todo por despecho y celo, pues no comprendía como era posible que en todo prefiriera a Servio Tulio, postergándome a mí.
Mi padre fue un positivo dictador benéfico para la clase social pobre, y que, además, murió sin haberse enriquecido, pues su pasión fue construir. Sí, murió antes de que la rebelión estallara en su contra, dejando por voluntad expresa como heredero al trono a Servio Tulio, muchos años mayor que yo, y ya en edad apta para tan importante cargo.
Siempre fijo en mi idea, en la que mucha culpa tuvo la maldita bruja, seguí trabajando en las sombras al lado de la nobleza y los patricios que, por un tiempo, cesaron en sus actividades subversivas esperando que Servio Tulio cambiara las cosas; pero lejos de ello, llevó adelante aún más radical,

siempre a favor de los plebeyos, que en ese gobierno vieron la gloria pues estuvieron a punto de elevarse a la categoría política de los patricios.
Quien suponga a mi padre y a Servio Tulio como reyes pacíficos, está equivocado. Lo fueron desde el punto de vista de que no provocaron inútiles guerras exteriores; pero en cambio, produjeron una revolución interna en Roma, y para lograr esto, tuvieron por necesidad que ser positivos dictadores que jamás tomaban en cuenta al Senado para sus decisiones, y que imponían su voluntad por la fuerza sobre quien fuera. Y no podía ser de otra manera, si se sabe que alrededor de Roma había un constante hervidero por el perpetuo choque de intereses de tantos pequeños reyezuelos, cada cual con sus propias ambiciones de grandeza y, por tanto, dispuestos siempre a prestar su brazo armado a quien garantizara utilidades; así, pues, a ellos, a Tarquino Prisco y a Servio Tulio, podríamos llamarlos con justicia: dictadores buenos.
No obstante haberme casado en edad temprana, entré en relaciones con la hija única de Servio: Tilia Julia, quien pensaba de manera muy similar a la mía, y que era mucho más dinámica y dominante que yo. Pero como mi esposa estorbaba a nuestros planes murió misteriosamente. No se crea que esto en aquella época tuviera mayor importancia, pues la ley permitía tales crímenes puesto que el hombre eran tan dueño de su esposa o esposas, como lo era el pastor de sus ovejas, de tal suerte que ni siquiera era menester un pretexto para que el hombre matara a su mujer, y la ley lo sancionaba como hecho de derecho masculino.
Tilia Julia quería ser reina, yo quería ser rey, y de nuestros amores nació Tarquino, después llamado Sexto. En el Palatino, bosque umbroso de palacio, nos reuníamos frecuentemente los despechados y descontentos para lamentarnos de la desgracia que vivíamos al estar gobernados por el que debía ser nuestro esclavo.
Rudos fueron los combates en el Senado y desde las tribunas. Oleajes de descontento patricio amenazaban arrasar palacio, y Servio Tulio parecía inconmovible.
Los patricios me tomaron como bandera de su causa, y yo, hipócritamente, los dejé creer, pues en verdad tenía mis propios planes mucho más radicales que los hasta entonces aplicados.
Siempre comprendí que nada se podía hacer sin previamente resolver los dos viejos problemas que a todos gobernante tenían en jaque; el creado por los ricos que al sumir en la miseria al pueblo lo convertían enfoco de sedición, y el existente fuera de Roma, por tantos pequeños ambiciosos y por los centenares de gavillas de ladrones que impedían el trabajo en los campos. Según yo, ambos problemas podían resolverse simultáneamente; ¿cómo?: quitando a los ricos sus riquezas, y con ellas organizar el más poderoso ejército, capaz de someter no sólo a los pueblos vecinos, sin aun a los famosos griegos y quién sabe a cuantos más. Claro, de estos planes solamente yo sabía, muchos de ellos inspirado por Tilia Julia.
Cuando Servio Tulio descubrió nuestro complot, aún no suficientemente madurado, encarceló y desposeyó a algunos nobles y patricios, a otros los expulsó de la ciudad y desconoció a su hija. Yo fui de los expulsados
Esa fue la señal para nuestro ataque: en lugar de abandonar la ciudad trabajé para que precipitadamente se reuniera en pleno el Senado, presentándome en el foro por sorpresa, al frente de gente armada y resuelta. Sin preámbulos me proclamé rey ante el asombro general, y en eso estábamos cuando se presentó Servio Tulio sin gente y sin armas.

Subía la escalinata con el rostro descompuesto por la ira, cuando me adelanté a su encuentro y de feroz puntapié en la cara lo hice rodar escalera abajo.
Una vez en el suelo, mis hombres lo cosieron a puñaladas sacándolo en tumulto para arrojarlo a media calle. En ese preciso instante llegaba Julia gobernando un carro tirado por hermoso tronco de caballos blancos, y al ver a su padre en el suelo, en medio de un charco de sangre, desvió bruscamente la dirección de su vehículo a fin de pasar bestias y ruedas sobre el cadáver, sellando con ello su adhesión absoluta a mi asalto al poder.
Tan bárbaros hechos no podían inadvertidos para el pueblo que en cantos y versos los perpetuó, acabando por hacerlos figurar en la historia.
Tal como convenía a nuestros propósitos y a mis personales planes, modifiqué todo el sistema económico y político hasta entonces seguido, quitando al pueblo mucho de lo que Servio arrebató a los nobles y patricios. Pero no lo devolví a sus originales dueños como ellos esperaban, sino que me quedé con alto porcentaje de esos valores, para muy pronto convertirlos en armas y ejércitos que diariamente crecían.
Los que me apoyaron para el golpe y que tanto esperaban de mí, protestaron; y como contestación suprimí cuanta ley diera alguna libertad e inicié una férrea dictadura como nunca antes se había visto, substituyendo el carácter de nobleza por el de simple riqueza, medida que trastornó al país puesto que los patricios eran considerados como ministros de los dioses, independientemente de los sacerdotes.
Pronto me di cuenta que obrar así, tan precipitada y brutalmente contra mis antiguos protectores fue un grave error; pero mucho mayor lo fue cuando encarcelé, expulsé o mandé a mejor vida a los centenares de sacerdotes, tipos holgazanes e ignorantes, verdaderos parásitos humanos, que eran para el pueblo tremendo lastre. Y al hacer esto desconocí a todos los dioses del Olimpo a quienes siempre dediqué mi desprecio, acabando por hacer una transacción para evitar el levantamiento contra mí; transacción que consistió en admitir, en tolerar como dioses a Júpiter, Juno y Minerva.
En esto mucho tenía que ver la influencia asiática que sobre mí había, puesto que era, por sangre, etrusco. Además, los judíos ya ejercían influencia en el mundo con su Dios único, más lógico que todos los dioses juntos.
Naturalmente, yo no podía escapar a la práctica de alguna religión, que lo era para mí el espiritismo, exactamente como lo fue para mi padre y para Servio Tulio, pues siempre nos valimos, según era costumbre etrusca de médiums que en ese entonces llamábamos augures, entre los que había, como ahora, buenos y malos, legítimos y charlatanes. Así, pues, haber dejado de pié a esos tres dioses fue sólo una concesión para que no se derrumbara mi trono antes de los que se derrumbó.
Fue precisamente a raíz de estas tremendas luchas del fanatismo religioso contra mi gobierno, que se me apodó Tarquino el Soberbio, pues se dijo que soberbia era negar a los dioses como tales, sobre todo a Júpiter, del que siempre me reí, aun en público, retándole a que demostrara su poder sobre mí; cosa que, naturalmente, nunca hizo. Y así, por culpa de los dioses pasé a la historia con el mote de Tarquino el Soberbio.
Y ahora, pasados veinticinco siglos, no puedo menos que seguirme riendo de dioses tan insulsos, impotentes e inútiles, como Júpiter y todos sus congéneres; puesto que yo sigo viviendo y ellos ya murieron, muy a pesar de todos los puntales que les pusieron. Así han sido todos los dioses:

creación de mentes enfermas, que sólo se sostienen por el derramamiento de sangre; luego sucumben para no levantarse más. Yo habría llevado a Roma hasta muy lejos si no hubiera tenido que detenerme a disputar sobre dioses y sacerdotes.
En fin, ya pasó; y es más fácil que vuelva a suceder, que dejar de ser. Yo no quería riquezas de ninguna especie, me bastaban magníficos arreos y el mejor caballo. Yo no quería fincas ajenas ni parcelas, porque pensaba en el mundo.
Me convertí en fanático de esa idea. Mi sueño dorado fue que Roma se convirtiera en el eje del mundo, y por ese ideal y por Roma lo sacrificaba todo.
Arruiné la hacienda pública, no precisamente por mis despilfarros para los que tuve poco tiempo, sino porque todo lo transformaba en armas y ejércitos, sin descuidar las construcciones que daban nueva fisonomía a la ciudad; pues no solamente terminé todo lo iniciado por mi padre y Servio, sino que inicié nuevas y gigantescas obras que esperaba mi hijo Sexto terminara felizmente. Y testigos mudos de esos anhelos, por siglos han sido muchas de las obras: el primer circo romano, iniciado por Tarquino Prisco y terminado por mí. El capitolio, casi totalmente hecho por mí, y la cloaca principal de Roma que aún hoy en día sigue siendo de utilidad pública. Y contra los motes de Soberbio y otros peores que ese, yo presento la obra que ha resistido a la acción de los siglos.
Y contra los que me atacaron y apodaron, contra los que defendieron a los dioses, ahora me levanto y doy mi nombre para que el mundo juzgue. Exijo, pues, que también ellos se levanten a defender la causa por la que me apodaron Soberbio; y si no lo hacen no es porque en espíritu lo ignoren, sino porque han cambiado de dioses, ahora tan mitológicos como aquellos de quienes me reí.
Ha sido, es y será de valor social, sólo aquello que tiene alguna repercusión benéfica en los pueblos; y, porque los dioses jamás han hecho nada bueno para el ser humano, es que los dioses mueren para no volverse a levantar jamás.
Y lo que dije de los dioses antiguos digo de los modernos, pues en 24 siglos no ha ocurrido nada nuevo que cambie mi pensar.
De mi aquella lejana existencia, quedaron mis huellas en construcciones de piedra. De mi actual existencia quedan como huella estas letras, duras como piedra, que habránse de arrumbar mientras reinen las actuales pasiones, para desenterrarse en el amanecer del nuevo tiempo, y ver, contra la luz de la historia, qué tanto dije cierto.
Los parásitos se opondrán a todo estudio y mucho más al razonamiento, por eso este manuscrito pasará desapercibido. Y es que los parásitos, eternos aliados de la riqueza, han sido siempre la voz de la hipocresía que, contando mentiras, ha adormecido los anhelos de superación del hombre y ha aplastado la rebeldía de los hambrientos.
Y si porque hablo así, que es como hablé hace 24 siglos, se es soberbio, soberbio debe ser todo individuo que se estime como ser humano.
¿Se pensará que me hiere me hayan apodado Soberbio? ¡No, ni remotamente! ¡Por el contrario, eso me enaltece; y sólo me duele no merecerlo completamente, puesto que debí haber aplastado a Júpiter, y no lo hice, como consecuencia del primer error de mi carrera.
Pero dejemos las meditaciones, para volver a mi historia.
¿Qué fue necesario derramar sangre para hacer lo que se hizo? ¡Lo lamento, y muchas veces me he arrepentido; pero ya está hecho! Y si así sucedió véase por qué: los nobles, la aristocracia, los patricios, en pocas

palabras: los privilegiados de la fortuna, los mismos que me apoyaron para escalar el poder, se transformaron en mis peores enemigos, y yo les correspondí aplastándolos uno a uno. La cantidad de enemigos que con esto se levantaron a mi alrededor fue enorme, sobre todo, por lo que hace al elemento religioso que apoyado en el populacho ignorante y fanático, mismo al que yo intentaba darle patria, vociferaba contra mí.
A esa plebe ingrata yo la había librado de las garras de los usureros por un procedimiento tan radical como definitivo: no importa cuanto ni a quien debieran dinero, bastaba con que se alistaran en mis ejércitos para quedar totalmente libres de deudas; y ¡ay de quien se atreviera a tocar a uno de mis soldados so pretexto de deudas! Y si di mucho a los plebeyos, fue porque desde antes de subir al trono entendí que sin su concurso era imposible construir la Roma que yo soñaba. Viví esa vida en perpetuo torbellino. Ha sido una de las más inquietas y que más profunda huella me ha dejado. Me eché encima mucho mayor cantidad de problemas de los que de manera normal podía resolver, hasta convertirse mi existencia en tan agobiante que me envejecía a la vista. Las intrigas se multiplicaban, las provocaciones producían frecuentes hechos sangrientos, de los que siempre salí vencedor, a veces, con la espada en la mano; pues se me podrá llamar soberbio, y no me importa que se diga; quizá se me podrá llamar asesino; pero nunca se me podrá llamar cobarde.
Obligué a la confederación latina, manejada por muchos, pero todos estúpidos, a reconocer la supremacía de Roma, al grado que desde entonces Roma empezó a llamarse: La grande Roma, levantada por un soberbio que no creyó en el poder de los dioses del Olimpo. En esos días, ya no era Roma el triste y sucio villorrio que mi padre conoció en su juventud, sino una ciudad que, con los sometidos a su alrededor, contaba con muy cerca de un millón de habitantes y un ejército perfectamente acondicionado de más de sesenta mil hombres. Y allí está el Capitolio, testigo de la sumisión absoluta que el Lacio rindió a mi trono. Y si se le pregunta, dirá también que Roma dejó de ser una provincia para ser la poseedora de una gran parte de Italia: desde Terracina hasta Hostia, sin contar con las muchas alianzas incondicionales a mi trono, como la de Etruria, por ejemplo, pueblo con sangre de mi sangre.
Mi entusiasmo es grande al ver tanto como hice de bueno; pero que ya puesto en la balanza de los jueces me hace dudar, pues aún no sé qué tanto bien o mal hice. Sé que me había olvidado de mí, y a veces hasta de Julia y nuestro hijo. Sé que no pude disfrutar de la vida en ningún sentido, no obstante la opulencia que me rodeaba; y para mi sorpresa el pueblo rápidamente olvidaba todo cuanto de bueno yo hacía, mientras que recordaba con obstinación molesta la forma como llegué al trono.
Ese estado moral permanente del pueblo, lo mismo fueran plebeyos que patricios, y que tan admirablemente olvidaban sus mutuos rencores para alinearse contra mí, me creó cantidad de molestias que me impulsaron a la represión. Sólo así, por el terror, me podía sostener en el mando. Es justo decir que la inspiración de mi energía lo fue siempre Julia, quien se había quitado el nombre de Tilia porque nos recordaba a su padre.
Ella era de un carácter dominante que me lanzaba a las peores aventuras cuando yo había resuelto descansar. Nuestra máxima aspiración era convertir a nuestro hijo, Tarquino Sexto, en el hombre más poderoso de la Tierra. Julia era mi inspiración, Sexto era mi brazo derecho.
Empezó mi decadencia tan bruscamente como empezó mi encumbramiento, y todo por culpa de mi hijo. Estábamos en plena guerra, yo en el sitio de Ardea, en grave riesgo de perder la batalla, cuando se

confabularon los nobles y la aristocracia, los mismos enemigos de mi padre y de Servio Tulio, los mismos que me encumbraron. Estaban encabezados por un sobrino mío llamado Bruto; pero muy astuto. Soliviantaron al pueblo acusándome de todo lo que hice de malo y de mucho que ni siquiera jamás pensé hacer. Y con el pueblo como ariete se lanzaron a destruir mi trono. La base de la acusación estaba en los excesivos impuestos que los patricios ya no soportaban, y que eran dedicados a las guerras. Naturalmente no pusieron en la balanza lo que de bueno había hecho. Hubo varios amotinamientos en mi ausencia, que exigían al Senado mi destitución y la confiscación de mis bienes, en verdad muy modestos, puesto que estaba dedicado por entero a la guerra con vistas a la creación de un gigantesco imperio. Yo no deseaba monedas o fincas, anhelaba continentes.
Mi hijo Sexto era entonces gobernador de Gabies, premio que le di por haber logrado el sometimiento de esa provincia a mi trono.
Estando en una de la batallas más encarnizadas de las que tuvimos contra los Rótulos que pretendían recobrar Ardea, abandonó el servicio junto con un tal Marcus Lucio, pariente cercano y muy su amigo, entrando en la noche a Roma. Hacía tiempo que mantenía secretas relaciones con Lucrecia, hija de uno de los pocos hombres que aún me apoyaban, y esposa del viejo tribuno Tarquino Colatino que también me apoyaba en el Senado.
Lucrecia era muy estimada por su belleza y aparente virtud, cualidad esta última casi desconocida en aquel tiempo. Pues bien, entraron al aposento de Lucrecia quienes debían estar en el campo de batalla; pero ella esperaba sólo a uno y eran dos, consiguiendo sus propósitos a viva fuerza. En cuanto los sátiros abandonaron la casa, Lucrecia mandó llamar a su padre y a su esposo que se encontraban conmigo discutiendo los serios problemas que me afectaban.
Llegaron a presencia de la mujer llorosa pasado el medio día, cuando la multitud se arremolinaba frente a la casa, donde hubo un esclavo muerto y dos heridos porque intentaron interceptar el paso de mi hijo y su acompañante.
Lucrecia mostró a los recién llegados la habitación revuelta y destruida, mostró los golpes recibidos en todo el cuerpo, explicó lo sucedido, exigió venganza, afirmó que le sería imposible vivir en tal vergüenza y se clavó un puñal en el corazón.
El esposo la tomó en brazos. Iba chorreando sangre el cuerpo y así salió a la calle hasta llegar al Senado. Para entonces la multitud, indignada, a su vez exigía venganza.
Según la explicación que de los hechos dio mi hijo Sexto, ese suicidio fue una farsa para salvar su prestigio de virtuosa, pues debido al escándalo Colatino habría investigado y en final de cuentas la habría matado por traidora. De cualquier manera, esos hechos dieron resultados trágicos a mi trono. El Senado se reunió precipitadamente manejado por el ambicioso Bruto, y me destronó confiscando todos mis bienes. Antiguos aliados me abandonaron y, tiempo después, mi hijo Sexto era asesinado por el hermano del esclavo muerto.
La pesadumbre pesó sobre mi espalda. Aún hice algunos intentos por recuperar el poder; más por orgullo que por verdadero deseo de ser de nuevo rey. Sólo un amigo me quedó y a su bondad me acogí: Aristódemo, rey de Cumas, tan déspota como yo.
Así terminó aquel rey, queridos amigos; pero no yo, que he seguido viviendo para venir a contarlo con un profundo arrepentimiento en el alma.

Mi peor castigo como espíritu ha sido saber que Servio Tulio estaba señalado para morir a escasos siete años después de cuando murió, y que yo estaba señalado para ser rey por propio derecho, a fin de llevar adelante la labor iniciada por mi padre y seguida por Servio Tulio.
Esos siete años debí aprovecharlos en prepararme para tan alto cargo, pues, como espíritu, gran tarea había aceptado. Y mi desesperación como rey, siempre fue que, cuando quise hacer aquello a que en espíritu me había comprometido, no pude, porque estaba rodeado de enemigos por todas partes. La destrucción total de los dioses era mi programa, que no pude cumplir por falta de apoyo moral.
Por lo relatado, ya se ve que aquella materia se ofuscó obligándome a escribir en el libro de mi vida muy tristes renglones que debieron haber sido renglones de gloria.
Y ahora sufro, como he sufrido en tantas encarnaciones, con profundo arrepentimiento, no por el concepto del mal que haya hecho, sino por lo mucho que desde entonces he sufrido, pues en cada encarnación he encontrado gente que gratuitamente me odia. Me odia sin que yo sepa por qué, y me hace tantos males como puede. Es que son espíritus de aquella época, que algo o mucho sufrieron bajo mi mando y, a pesar de los siglos, al encontrarme recuerdan su propio ayer, remueven las cenizas, encienden el fuego que parecía apagado y tratan de hacerme lo que entonces no pudieron hacer, primero porque era rey, luego porque huí.
Así me explico a mí mismo, sin importarme que me crean o no, la razón de los altibajos de mi desventurada presente existencia. Quienes me odian y han odiado, quizá tengan razón; pero a su vez cometen delito por el que tarde o temprano pagarán, y aunque no debía incumbirme, no puedo evitar el comentario siguiente: ¿No son veinticinco siglos, demasiado odiar?

XLI
EL TROVADOR

Después de tan agitada existencia, en que el odio me rodeó habitando conmigo entre los muros de mármol, necesitaba una vida de descanso que tranquilizara mi espíritu, por eso encarné de nuevo y muy pronto, en Roma. A los 12 años de edad era yo trovador vagamundo, entonces Tarquino tenía 15 de haber muerto.
Me apasionó lo que de él se decía y de su vida hice canciones:

Murió Tarquino
desde entonces soy feliz
soy feliz…

Roma se ahogaba
en las manos de Tarquino.

Desde que murió Tarquino,
soy feliz, soy feliz…

La gente, sobre todo la gente vieja, gozaba con mis cantos, llenando mi alforja de mendrugos.

¿Qué tierra es ésta, tan bárbara
que dejó que nos gobernara un salvaje?

Se nos negó el habla
se nos llevó a la guerra,
se nos quitaron los dioses…

Desde que murió Tarquino,
soy feliz, soy feliz…

Vivíamos en guerra cuando
Tarquino asesinó a Lucrecia…

Todos perdíamos,
el era el único triunfador.

Todos ganamos
cuando Tarquino murió,
soy feliz, soy feliz…

De mis cantos viví, hablando mal de Tarquino, alejándome a veces de la ciudad, y a mis cantos se debe que se recuerde mucho de ese personaje.
Era yo entonces un mendigo; pero mendigo feliz, que no temía ser envenenado. Llevaba una vida miserable; pero podía dormir en el arroyo sin que nadie intentara asesinarme.
Los enemigos irreconciliables de quince años antes, que con tanto gusto habrían mojado sus manos en mi sangre, estiraban la mano con una limosna que ayudara a prolongar mi vida.
Inconscientemente, sin razonar por qué, me gustaba cantar, vivir y dormir frente a la multitud, a la vista de la multitud, que me respetaba y hasta quería más que cuando fui rey.
Viví una juventud feliz y sin tropiezos. Se equilibró de nuevo mi alma y morí repentinamente en el basurero de una barriada.
Agradezco a mi guía no haber tenido turbación a mi muerte como Tarquino, y al despertar como trovador me encontré que en mis cantos había redactado mi sentencia. Desde entonces todo ha sido pagar. ¡Jamás he querido volver a ser rey?

XLII
PREFIERO MI CAMASTRO VIEJO

En mi niñez primero, y en la juventud después, quise hacer mucho para mí; pero muy antes, antes de nacer, había trazado planes que después me han parecido ocultos designios que frustraron mis ilusiones. No es mi destino producto de ocultas voluntades. No me muevo por el acaso, todo es lo que escogí en mi libre albedrío como espíritu antes de caer en el sueño profundo de esta vida. Decidí que la ignorancia nublara mi entendimiento, porque antes impedí que a los demás llegara el conocimiento.
Fue mi voluntad augusta desaparecer padres para hacer huérfanos, por eso quedé huérfano.
Fue mi debilidad dejar que se rindiera culto a los dioses, por eso ahora todos ellos son sordos a mi llanto. Ordené la miseria en el pueblo arrebatándole su trabajo, multiplicándole los impuestos que luego yo dilapidaba; por eso tantas veces he vivido de pordiosero.

Hice la guerra a mis vecinos en nombre de la gloria de Roma, y ahora la guerra me declara todo lo que me rodea y mi primer enemigo está en Roma.
Bienaventurado quien en su ayer nada recuerda, porque viviendo en la ignorancia, en santos y milagros cifra su fe y sus esperanzas; pero los que un poco más de cerca hemos visto la verdad, ya no podemos tener esperanzas en tan vanos personajes, y tenemos que enfrentarnos al dolor de nos destroza el alma. Mis letras jamás podrán reproducir los horrores a que asistí. Mi narración jamás revelará ni aproximadamente siquiera las lágrimas que me cuestan mis pesados hechos. Entre los investigadores de la ciencia del alma, ha habido siempre la interrogante de por qué el espíritu olvida su pasado al encarnar. Yo contesto: es defensa del espíritu olvidar, para poder seguir en el progreso. Sin esa defensa, la vida sería llanto constante. Y digo también, amigo lector: no desees la memoria espiritual que te sumiría en el tormento más insoportable, jamás inventado.
Nadie ha sido perfecto. En más o en menos, todos los seres humanos han pasado por experiencias semejantes a las mías. ¿Para qué recordar pasadas glorias, si por fuerza tenemos que recordar también pasadas miserias?
¡Que una vez fui poderoso rey! ¿Y qué? ¿No enseguida fui mendigo que vivió de la limosna del mismo pueblo a quien oprimí?
Desde lo alto de mi lecho desvencijado, veo en los tenebrosos senos de los tiempos las múltiples guerras en que he intervenido, de las que no quiero saber más, porque ansío vehemente la paz que no me llegará ni con mi próxima muerte.
Y si eso digo yo, que hice guerras con espada la mano al frente de mis huestes, poniendo en peligro mi propia persona. Si esto sufro, cuando todas las muertes habidas en mi carrera guerrera no son ni siquiera las habidas en alguna de las gigantescas batallas modernas, ¿qué le espera a los modernos generales, y, más aún, a los actuales jefes de Estado, que, a cubierto de peligros, con levantar un dedo y oprimir un botón condenan a la muerte a pueblos, a naciones enteras? ¡No quiero estar en esos pellejos, prefiero mi camastro sucio y mis piernas muertas, prefiero vivir de la caridad de una anciana, sabiendo que ya voy saliendo de mi pesadilla; y prefiero todo esto, porque la memoria espiritual es sólo el sexto sentido que cada día va siendo más notable en el ser humano, que en mí es aún relativo; pero que en los siglos por venir será cosa ordinaria en el hombre, y para entonces ya no habrá la defensa del olvido del pasado y las esperanzas en el porvenir. ¿Qué harán entonces, los que ahora matan a tanta gente? ¿Se qué les servirá su actual gloria si recordarán por igual, lo mismo vivos que muertos, todos sus desaguisados? Tal vez haya quien suponga que hablo con la hipocresía del moralista que no hace lo que predica. Tal vez haya también quien suponga que aspiro a profeta; pero no hay tal pues sólo estoy relatando lo que vivo y viví, pensando en voz alta para mi capote.
Se haría tontas ilusiones quien supusiera que con un mal hilvanado discurso iba a cambiar la condición humana y a mejorar la moral del mundo, y yo no soy tonto hasta ese grado. Sé que cada cual quiere vivir su propia experiencia, y que, en final de cuentas, ese es el mejor sistema para progresar; de manera que, señores, ¡a vivir para aprender!
Así, pues, entiéndase que no es esto un diario, no es tampoco un lamento, no es siquiera una moraleja; es sólo un relato de mi Yo, tan eterno e inmortal como el universo.

XLIII
MITOS

Ya en el espacio, como espíritu libre he meditado quieta y profundamente en mi aquella vida como rey, de donde aprendí que necesitaba sacrificio para andar lo desandado. Que había descendido a velocidad meteórica, y que mucho me costaría volver al nivel antes con tanto trabajo conquistado. Pero como para las leyes de amor y justicia del Universo no valen los lamentos ni los llantos, ni las oraciones ni la ofrenda, sino los hechos claros, acepté con valor la suerte que para el futuro me había creado. Y así fue como, hace 24 siglos, siendo Tarquino escribí por propia voluntad los sufrimientos que después, hasta hoy, he pasado.

¡Oh!, ¡cuántos siglos perdidos! ¡Cuánto trabajo que me pude haber ahorrado; pero, en fin, a todo ser humano alguna vez ha sucedido que un día se le acerca el dios alegre que ofrece una copa, empezando así el facilísimo rodar cuesta abajo. Y ya en el fondo del abismo tenebroso, todos nos sentimos perdidos y victimas del destino. Es entonces cuando clamamos, exigiendo a nuestros dioses el gran milagro de borrar nuestros delitos del libro de la vida. Le pedimos a nuestro dios, que para oírnos tendría que ser tan pequeño como nosotros, que borre lo que con nuestras manos escribimos.

Y yo he aprendido en el transcurso de los siglos que llevo vivo, que el que pide a un dios le quite las penas, le está pidiendo altere la armonía del Universo; puesto que perdonarlas, sin previo mérito del culpable, sería romper la inmutabilidad de la ley.

Aquellos dioses míticos de los días de Tarquino, y aun otros muchos posteriores a esa época, por boca de sus ministros terrenales y mentirosos pedían crecido tributo para realizar grandes milagros, que, me consta, jamás han producido y mi caso es la prueba, pues, ¿cuánto no habré llorado en mis posteriores encarnaciones, pidiendo a veces, ofuscado, perdón para mis lejanas culpas? Sin embargo, sólo he hecho pagar, y ahora me encuentro, venturosamente, en la liquidación del saldo. ¡Qué bien se siente quien logra salir de un pozo profundo, y que, aún mojado, adolorido, sangrando, vuelve a sentir el aire fresco y vuelve a ver la luz del sol!

Confieso que me ha molestado encontrar espíritus que ahora están muy delante de mí, cuando una vez vivieron a mi nivel y fuimos compañeros. Es que ellos fueron más cautos: nunca fueron reyes. Pero la vida de lamento, sea de la carne o en la del espíritu, es una vida inútil, pues no es el ruego ni el llanto lo que levanta, sino el trabajo.

Y si yo he cometido graves errores, pocas veces he cometido el de perder el tiempo pretendiendo que se olviden mis actos, pues para compensar en el libro de la vida, a una partida equivocada corresponde asentar una contrapartida. Por eso, pronto y con gran alegría, volví al trabajo importante, al lado de espíritus importantes que sólo a trabajar vivieron, según conté mi historia en Rumbos Humanos.

Fue en esa encarnación, de principios de la actual era, que vi y sentí muy de cerca la doble tragedia de que tanto ha hablado el mundo y que seguramente un día relataré, si no en esta vida, en una próxima, cuando haya menos oscurantismo y más serenidad para escucharme.

No es la primera vez que en público hablo, y seguiré hablando. Nunca fui sano, ni lo seré jamás en adelante. No diré mi nombre en aquel entonces, porque así será juicio para quien no lo sabe, puesto que en sí mismo

descubrirá que no le importó lo que se dijo para el futuro del mundo; y si antes no le importó, ahora es tarde para importarle.
Siga el lector leyendo, que no resultará defraudado puesto que en esta vez estoy cumpliendo, íntegramente, no sólo la tarea antes de nacer señalada, sino con la promesa hecha hace siglos: volver al final de los tiempos, para decir lo que entonces no se dijo.

XLIV
FRANCIA

Francia, tu nombre es: Sodoma. Luengos siglos llevas intentando rehacer la vida destruida en la Atlántida, rehecha en Nínive y pujante en Sodoma. Volviste al intento en Pompeya y creíste triunfar en Francia. Vanos esfuerzos, indignos de tan pobre causa. Nací en tu tierra, Francia, y en ella morí no hace mucho tiempo; por eso, sin que me anime resentimiento, te digo: Francia, tu camino fue desviado. Y puesto que ya no bajaste hasta el nivel lamentable de Sodoma, tu transformación hacia arriba es posible, siempre y cuando rectifiques antes de que sea demasiado tarde. Aún puedes ser grande; lo digo yo que te amo porque tu tierra se mojó con mi sangre. Aún puedes ser grande, la más grande de Europa, si te resuelves por encender la luz de tu antorcha apagada siglo y medio atrás.
Pero recuerda, no se puede ser grande y a la vez mezquino. Decías: ¡ay!, ¡ay!, cuando la bota alemana aplastaba las flores de tus jardines, y luego, olvidando tu pasado de dolor, aplastaste las vidas en Indochina, de donde salió un desharrapado de ojos oblicuos para visitarme. El murió en defensa de la libertad de su patria el día que te disponías a celebrar la derrota de Alemania, tu opresora.
¿No descubres en esto una lección gigante que te ha dado la historia? ¿No ves que tu derecho a celebrar la derrota de tu enemigo es el mismo derecho que tienen tus esclavos de celebrar tu derrota? ¿Quieres lenguaje más claro? Escucha, pues, la palabra de ese espíritu harapiento, quien, creyéndose aún en la lucha a muerte, vino para pintarme, a pesar de lo trágico, pálido cuadro de la furia de tu imperio, Francia moribunda, decadente Francia.
El me ha dicho que de aquella tierra que él defiende, sólo quedan pavesas y ruinas. Que, cansados de tanto vivir como bestias, decidieron rebelarse y levantarse sobre la muerte para conquistar la vida. Y de la desesperación sacaron su fuerza y esperanza.
Estando vencidos por siglos de opresión, decidieron renovar su fuerza para trocarse en vencedores de sus cadenas; y quiso el infortunio o la insensatez de tus hombres de Estado, que las cadenas fueras tú. Y él me ha dicho, con lagrimas de odio en los ojos, que la justicia de su causa les ha dado el ardor que tanto sorprende al mundo, y que les va dando a ganar batalla tras batalla; por eso, con armas o sin ellas son ahora lobos hambrientos y feroces que no reconocen fronteras, que atacan en cuanto ven al extranjero, ya que todo extranjero ha sido siempre sólo un intruso mercader y déspota esclavista. Deambulan rabiosos ocultando su presencia en las sombras, buscando carne blanca donde hundir el filo de su acero. Y su anhelo es el mismo que fue tuyo, Francia, no hace todavía nueve años: salir de la negra noche de pesadilla infame, hacia un amanecer risueño.
Pero, ¿qué haces, Francia? –me pregunto y te pregunto-. Pediste con lágrimas y ruegos la ayuda exterior. Al que pide le será dado, y a ti se te dio la libertad que cada año conmemoras en detrimento del honor de

Alemania; mas, olvidando la lección, ahora también pides; pero pides la ayuda de los arsenales de armas y de los mercaderes avaros, para mantener en la miseria a pueblos que tienen tanto derecho como tú a vivir la libertad. ¿Crees que también aquí te será dado? Loco intento el tuyo en que estás entregando tus mejores vidas, la sangre de tu juventud. Y ahora cada año, en el cinco de mayo, tendrás que recordar que un día tal el mundo venció a Alemania; pero que en otro igual, de 1868, tu vanidad fue aplastada en México por una partida de patriotas desharrapados, que, entonces luchaban por lo mismo que ahora otros patriotas harapientos luchan en Indochina. Y la historia se repite; otro cinco de mayo se anota en tu historia al entregar, con gran parte de tu vida, la fortaleza Dien Bien Phu. ¿Casualidad? Lo dejo a tu conciencia.
¿Y cómo podré con fidelidad reproducir, no las palabras, sino el sentimiento de aquel soldado harapiento, que recién ha caído en Dien Bien Phu, pero que tal vez sea el mismo que cayó en Puebla? Su relato, emotivo, apasionado, ha hecho rodar mis lágrimas al relatar su existencia mísera, comprada con perenne trabajo mal pagado.
Me ha dicho y le creo, que ya se está derrumbando para siempre jamás el enclenque imperio de Francia, que si fuera inteligente y sus gobernantes menos obtusos, buscarían más amigos y menos enemigos. Y recuerda que no es tan amigo el que vende como el que compra, y mucho menos lo es quien compra conciencias.
Me ha dicho tan raro visitante, extenuado por tantos días con sus noches de lucha cruel, que antes de ser atravesado por la bala homicida marchaba hacia la altura por el declive del terreno, pisando siempre sobre cadáveres que estorbaban por todas partes. Y vio cómo morían cientos de franceses sobre la tierra de Dien Bien Phu, y miles en lluvia bajaban del cielo para ocupar el lugar de los caídos, entre los que poco después se encontraba también muertos.
-Duele el alma –decía con profundo dolor mi visitante- que a tan callada manera de mandar a la muerte a los hombres, en Francia se le llame: batalla gloriosa. ¿Por qué no se le llama igual a la batalla ganada al mundo por los alemanes? ¿No hicieron ellos otro tanto con más honor, puesto que pelearon contra países civilizados y perfectamente armados?
Al oír tal razonamiento recordé que también cuando Ignacio Zaragoza triunfó sobre los colorados que vinieron a dejar la vida en México, se dijo que Francia había tenido en México una batalla gloriosa.
Reconozco que la admiración del espíritu indochino es justa, pues los que pelean, como el que llegó a la orilla de mi cama, pelean en defensa de su casa; los otros pelean en defensa del botín robado. ¿Cómo puede ser esa una batalla gloriosa?
¡Más valor y desvergüenza se necesita para decirlo, que para aferrarse a la trinchera con un fusil en la mano! Duelo es lo que en aquella tierra, antes olvidada del mundo, va quedando como huella del paso de Francia. ¿Es que Francia no teme ya volver a ser aplastada por la bota prusiana? ¡Bien que lo merece, puesto que, a pesar del propio sufrimiento, no aprendió a tiempo la lección de la historia!
Mi amigo el harapiento no comprende lo que le sucede, y sólo por instantes reconoce que es ya únicamente espíritu desencarnado que ha dejado de ser hombre; por eso, al verme acostado me juzga indolente, y reprocha mi quietud pues pregunta asombrado:
-¿Cómo puede haber hombres tranquilos mientras reina en la Tierra la muerte? ¿Qué haces, tú que me escuchas, que no tomas partido y te lanzas a la pelea? ¿Es que no distingues de qué lado está la justicia? ¿No

ves, no entiendes quiénes son los opresores y quiénes los oprimidos? ¡No observas quiénes viven la opulencia y quiénes la miseria? ¡Levántate y mira a tu alrededor, que, a tu vez, vives bajo la injusticia!
Menudo, nervioso, demacrado, de ojos oblicuos, el visitante me miraba en son de reto. Entonces descubrí que bajo los harapos se ocultaba un gigante del pensamiento.
Se fue, bruscamente, afirmando que no podía seguir gastando el tiempo en charlas, cuando en su tierra sus hermanos luchaban por el futuro de su vida.
Pero no es eso todo lo que de ti se puede decir, Francia: pues atacar por la espalda a Egipto para intentar quitarle lo que es suyo desde antes que las Galias existieran como país de bárbaros, es otro crimen que te exhibe como cobarde.
Te pareces al león viejo, sin garras y desdentado, que huye del enemigo fuerte; pero ataca al ciervo débil e indefenso. Creíste que Egipto sería un fácil bocado; pero el conejo te resultó jabalí. Y sin ganar lo que pensabas, demostraste hasta dónde has perdido la vergüenza, Francia, que te hundes en la quiebra de toda clase de valores, acercándote cada día más a Sodoma y a la ruina. Lamento mucho tus desvaríos, Francia. Molesta que no comprendas que otros pueblos tienen los mismos derechos que tú, y que ya se terminó de descubrir el mundo, que ya no quedan tierras por colonizar. Si tú dijiste: ¡ay1 ¡ay!, cuando estabas bajo la bota prusiana, ¿qué otra cosa quieres que digan los que están bajo tu bota?
El vicio y la degeneración han maltrecho tu rostro; pero al menos antes se te juzgaba sincera, como al bohemio que a pesar de todo paga sus deudas y juega honradamente; pero ahora, ¿cómo se te llamará patriota y valiente, cuando lo que defiendes no es tu patria, sino tu despotismo? Dejante de ser patriota cuando la swástica paseó triunfante bajo tu torre, y peor cuando pasó, armada, bajo tu Arco del Triunfo. Dejaste de ser valiente cuando, no pudiendo medirte de hombre a hombre, pediste la ayuda de afuera. Dejaste el honor a un lado cuando tus mujeres, por vino y mendrugos se entregaron sin reservas al invasor. Dejaste abandonado lo que te quedaba de decente, cuando te entregaste, dócil, al segundo invasor que aún sigue guiando tus pasos y dictando lo que tu mano escribe.
En Sodoma, al menos no fuiste tirana de aquellos hambrientos. En Francia, donde un día anidó la ciencia, en la Francia de Pasteur y Flammarion, ha tomado asiento la injusticia, la ignorancia y el oscurantismo. Te hundes en la miseria moral, y material. Francia, cuando pones oído de avaro a quien tan mal de aconseja.
¡Levántate, Francia, que aún puedes ser dueña de ti misma! ¡Levántate sobre la carroña, sacude la podredumbre, espanta a las aves de rapiña! Muérete de hambre, que no serías la primera; pero muere dignamente, no como pelele.
Olvídate, Francia, que existieron colonias. Olvídate que un día el sol no se puso en tus dominios. Olvídate que es muy grato el placer. Olvídate que aceptaste por amos a quienes antes diste tu civilización. Olvídate que vives en la vergüenza de haber negado asilo al pueblo español, cuando huía del hacha asesina enarbolada por los mismos que después te aplastaron: los alemanes. Olvídate que por tal crimen habrás de pagar el justo precio, y levántate erguida con la bandera tricolor en la mano. Ponte el gorro de la libertad en la cabeza en vez de llevarlo en los pies, y canta para todos los pueblos débiles La Marsellesa. Canta no para tus fronteras; canta para el mundo. Que los pueblos a tu lado, siendo débiles, se sientan

fuertes. Que nadie tema a tu espada, porque se sepa que tu espada es la justicia. Los zánganos en tu Tierra no deben cantar más, los bárbaros a sueldo no deben ser muralla a tu progreso.Levántate, Sodoma, para que la historia diga que de las cenizas del viejo nació un halcón.

XLV
INGLATERRA

Una voz de ultratumba me pide que hable de ti, Inglaterra; y me ha tomado completamente desprevenido para tan ardua tarea, pues, aparte de tu perfidia, ¿de qué otra cosa podría hablar? Pero me insisten que hable y yo contesto:

¿Qué se puede decir de ti, Inglaterra? ¡Ha sido tan breve tu historia, tan silencioso tu paso por el mundo, tan sombría tu acción, que sobran puntas por donde empezar; pero, en final, todas llevan a una sola definición: Pérfida Albión.

Para ti, aunque lo intentes, jamás habrá vuelos altos. Francia dio al mundo una revolución, y con ella una nueva manera de vivir; ¿tú qué has dado? Italia dio arte; ¿tú que has dado? Grecia dio ciencia y filosofía; ¿tú qué has dado?

¡Ah!, me recuerdan que te diga que fuiste la reina de los mares y la emperatriz de los aires; pero no es un mérito, sino demérito; porque de esas armas te valiste para sostener el trono y el cetro pagados con trabajo de esclavos.

Llevaste a China el vicio al proteger el uso del opio, mas ahora precisas de las compras de China para poder vivir. Llevaste a la India el despotismo y la explotación escondidos entre los pliegues de tu bandera, y un anciano desnudo te quitó la careta y arrojó de la India tu despotismo. Trajiste a América tus avanzadas de aventureros y explotadores, ¡y qué dejaste a cambio de las riquezas que te llevaste? ¡Sólo malos recuerdos!

Quien del hambre ajena vive, de hambre tendrá que morir; y para ti esta sentencia es ya un hecho que no puedes eludir, pues ahora urges de la ayuda de aquellos a quienes no supiste ayudar. Me han pedido que hable de ti, Inglaterra: pero, además de lo dicho, ¿qué otra cosa puedo decir? ¿No sería mejor que hablarán por mí Irlanda, Egipto, Irán, Australia, Belice...?

Tienes aún un trono; es de los últimos que quedan. ¿Y sabes por ventura en qué se funda ese trono? ¿Sabes que la coronación de tus reyes y reinas se hace sobre un pedrusco de brillante origen y de muy lamentable historia? ¿Cómo podrá ser de largo existir quien sobre la perfidia se corona? Por lo demás ¿qué se puede decir de ti? ¡Dentro de mil años nadie sabrá que exististe, Inglaterra!

XLVI
DRAGÓN

Hay corta distancia de lo sublime a lo ridículo, de lo hermoso a lo horripilante, de lo valiente a lo cobarde. Muy angosta cinta separa la genialidad de la locura; por eso: un traspiés, y el loco aparece como un genio o el genio parece ser un loco. Todos alguna vez recibimos esos fenómenos, todos caemos en el extremo opuesto del sentimiento cuando nuestro sistema nervioso no resiste más, y algo de esto precisamente he sufrido pocas horas.

Anoche, sí, precisamente anoche, he sufrido algo como lo dicho: intentaba conciliar el sueño. Tenía el cuerpo dolorido por tantos meses de estar en la cama, cuando una luz verde-azul eléctrico parpadeante me deslumbró quemándome la vista. Al principio no supe de dónde salió, luego comprobé que procedía del rincón derecho de la habitación.
Invadióme el aturdimiento, que aún no era pánico. Ruidos lejanos de tormenta, batir de oleaje enfurecido, silbar de viento veloz… parece que todo ocurriera fuera de mi puerta…
La luz verde eléctrico aumentaba inundando la pieza, parecía que su origen se fuera acercando a mí, y que estuviera pronta a cruzar el muro.
¡Oh! cuántas emociones encontradas, cuántos pensamientos pasaron veloces por mi mente. ¿Cómo haré, hermano que me escuchas, para que sientas algo de lo que yo entonces sentí? ¿Cómo podré con la palabra evocar el horror de la pasada noche?
Escúchame por favor con paciencia; sé indulgente y trata de postrarte en mi pobre lecho como lo estoy yo, para que desde él veas lo que estoy mirando; el horripilante azul eléctrico cegador que aumenta incesantemente. Ven cerca de mí para que oigas cómo crece el estruendo de donde confusamente sale el batir de tambores, el chillido de clarines, el choque de aceros, el tintinear de cadenas, el chirrido de rejas de prisiones, el golpear acompasado de mil pasos marciales; teniendo al fondo el rugir de la tormenta en mar abierto que sugiere cómo se levantan montañas de agua negra; y todo, sin cesar el aumento de la luz cegadora color azul eléctrico que parece pronta a fundir mis paredes.
Estremece mi cuerpo el frio del espanto, cuaja el terror mi sangre. Sí, lector querido, crédulo o incrédulo, religioso o descreído, deísta o ateo, culto o ignorante, joven o viejo; esto que te relato lo he visto y oído antes, muy antes de ahora, cuando empezaba la era presente, cuando fui testigo inmóvil con el corazón palpitante, los ojos desorbitados, reventándoseme las sienes.
Si ya estás a mi lado, acostado como yo en el lecho, te preguntarás qué es aquello; y yo te digo, que por lo que en meses llevo visto y oído, los que mucho pueden nos han reservado un terrífico espectáculo. ¡Mira! ¡La luz aumenta! ¡Escucha! La tormenta ruge, las armas chocan y del batallar salen gritos horrendos, blasfemias que queman y lamentos de muerte, ayes que se pierden en la agonía. ¿Estás aún a mi lado, querido amigo hermano? Ya no te veo porque la luz aumenta cegándome. Tal vez también estás ciego; y si aún no has muerto de terror, sostente firme, así ambos penetraremos en el misterio.
¡Mira, mira de dónde parte esa luz trágica! ¿La vez? Es una cabeza repugnante de sierpe mitológica, es la cabeza de un gigantesco dragón de ojos enormes y saltones, de lengua de fuego y hocico plegado de donde sale lumbre.
¡Ah! pero mira, mira, querido amigo; no te vayas, mira: no es una cabeza, son dos; no, tres… cuatro… aparece otra y otra, ya son seis; no, siete. Siete, sí, ¿las ves? ¡Tiene siete cabezas y a medida que avanza su cuerpo se torna rojo, pero ¿es ese su color? ¡Y ese hedor de podredumbre!, ¡lo percibes? ¡Ah!, descubro algo más: sobre el lomo áspero como de cocodrilo, la bestia carga ricas pero desgarradas ropas color púrpura adornadas de oro. Son ropas de mujer disoluta y entre los jirones brillan joyas, copas de oro, soles de oro, collares y brazaletes. ¿Pero qué es eso que vaporiza sobre el lomo áspero de la sierpe, tapando a veces ropas y joyería? ¡Ahora sé de dónde parte pestilencia tan insoportable; de ahí, del lomo de la bestia! Avanza; pero no hacia mí. Parece que pretende sólo

darme una exhibición, avanza tan horripilante figura chapoteando en sangre de lento oleaje que parece cerrarle el paso.
Evidentemente el dragón es verde, o quizá ese color vaya tomando porque esté camino de su muerte; pero se ha manchado de rojo hasta los cuernos, los diez cuernos, ¿los ves? Sí, son diez cuernos, cuéntalos tú también. ¡Oh! Dios mío, fortaleza necesito para ver y oír, y ahora mucha más para escribir. Este aborto gigantesco parece ser la desgracia misma. Lleva por delante la tormenta y la guerra, la destrucción y el hambre; lleva por detrás la noche y las sombras. Se presenta vestido de vivos colores; pero todos ellos repugnantes. Avanza entre ayes de dolor que se levantan del mar de sangre.
¿Qué será? ¿Tú lo comprendes? ¡Yo tengo la mente ofuscada! ¿Es sólo ilusión? ¿Será efecto del terror? ¿Estaré desequilibrado? ¡No, no es posible! Lo estoy mirando absolutamente natural, en tercera dimensión, perfectamente claro. Si pudiera bajar de mi cama se mancharía de sangre mis plantas, lo podría tocar y tal vez me fulminaría! ¿Quieres intentarlo tú? ;ora cómo avanza cada vez más lentamente venciendo la resistencia del mar de sangre, resistencia que por momentos parece ser mayor.
Observa que nuestras paredes han desaparecido y que vemos tal panorama como sentados en una nube. Pero ¿qué es?; ¿por qué nos someten a tal suplicio? ¡No es sólo por mostrarnos un aborto del infierno que nos han traído esto! No, es por algo más; debe haber razones poderosas que quizás yo algún día entenderé.
¡Ah!, pero ¿qué sucede? ¡La bestia se destruye como si fuera de barro! ¡Se le ha caído una cabeza con tal facilidad que asombra, y se ha perdido en el oleaje de sangre de donde salen aumentados, multiplicados, los ayes de dolor. Pero no es todo, pues otra viene abajo haciéndome pensar que el terrífico dragón fuera de azúcar, tan frágil se manifiesta. Ciertamente su fuerza se antoja aparente, pues algunas de las cabezotas que me aterrorizaron no existen ya. ¿A ti no te hicieron temblar? ¡Y ahora rueda otra más! ¡Bah!, sólo le quedan cuatro en su sitio y en ellas siete cuernos. De los pescuezos degollados salta cieno, las otras cabezas están inquietas, de los hocicos sale fuego y blasfemias. Del mar salen multiplicandamente los ayes de dolor que ensordecen. Descubro que esa sangre tiene voz y sentimientos, pienso que la bestia va caminando sobre seres humanos.
El viaje de tan absurdo animal se me figura interminable. Va rompiendo la resistencia de la sangre espesa, de donde se levantan acusaciones entre blasfemias.
¿Estás aún aquí, amigo querido? ¿Es que no te veo, porque todo lo antes existente a mi alrededor ha desaparecido; pero tú a mi lado, recostados ambos en una nube, lo seguimos admirados y vamos saliendo poco a poco del terror para entrar en el razonamiento, porque vemos que aquello que se presentó con tanta majestad, riqueza y grandeza, con tal acompañamiento trágico y semejante poder de destrucción, va cayendo en la impotencia y en lo ridículo; ¡Un dragón con cuatro cabezas y chorreando sangre como cieno de los pescuezos que sostuvieron las otras tres, no es seguramente un dragón para larga vida! ¡Y pensando en esto estoy, cuando una más viene bajo estrepitosamente!
Suspiro muy hondamente, porque, creyendo que iba a morir bajo el peso del mito, descubro que es el mito quien muere; y ya puedo un poco pensar, por eso me pregunto y te pregunto: ¿Qué significa la caída de esas cabezas? ¿Serán por ventura el símbolo de las monarquías hundidas? ¿No serán acaso Francia, Rusia, Alemania y Portugal que tanto hicieron por sostener la mentira y la blasfemia sobre el mundo? ¿No serán esas que, no

obstante su poder y alianza con Roma la prostituta, ya cayeron para no levantarse más?
Por primera vez desde que empezó el alucinante espectáculo, se insinúa en mi cerebro el razonamiento; y vienen a mi pensamiento que no son míos, que llegan de afuera de mi ser, que alguien dicta para que yo los entienda, y los entiendo así: la muerte y la desolación acompañaron siempre a las antiguas religiones; pero desaparecieron muchas sin siquiera haber dejado huella; perduraron sólo las más criminales que se impusieron por el terror, y ellas fueron siete, siete de turbios pensamientos que, celebrando su triunfo sobre tierra de siete montes, hoy llamada Roma, se unieron formando un solo cuerpo armado, defendido por diez espadas; diez estados criminales que por conveniencia política doblaron la rodilla ante el monstruo naciente, al que le dieron poder artificial y, por lo mismo, efímera vida. Y así, la verdad quedó aplastada por una mole de mentiras, y se blasfemó al poner en los labios de Dios la maldición, y se blasfemó al poner en el ser de Dios la predilección, el odio, la ira y la venganza. Esas palabras internas, recibidas en medio del gigantesco infierno del que la bestia aún era rey, me explicaban su origen; pero no el porqué de su destrucción paulatina.
Ya no me asusta la fiera, ya no siento escalofrío por su presencia, ya sólo la pestilencia, el redoblar de tambores, el ensordecedor chillido de clarines, el retumbar de cañonees, y esa luz verde-azul eléctrico que ha borrado tan absolutamente todo lo que me rodea.
El dragón viaja hacia la distancia y se empequeñece cuando pierde una cabeza. ¿Será España? ¿será Italia que perdió también su rey? Le quedaban sólo dos cabezas y cuatro cuernos; pero ahora, para mí, inexplicablemente los elementos aumentan. La bestia se hunde, pues el encrespado mar de sangre ya le llega a los hocicos, como si ese mar humeante hubiera adquirido profundidad o que la bestia hubiera aumentado de peso. Preveo que el dragón está por ahogarse, y cuando eso ocurra, a su alrededor sólo quedará la ruina, la desolación, el lamento, la pestilencia y la oscuridad.
Pero dime, tú que me has acompañado en este viaje, montado como yo en una nube, ¿qué opinas de lo que sucede? ¿No crees que el escenario ha llegado a la era actual? ¿No te parece que el monstruo ha perdido todo lo que fue la sinrazón de su existir? Pienso, y dime si no lo crees así, que esas dos cabezas representan; una, el origen en que se fundó; fíjate bien, debe ser la más pequeña de las dos, aquella que tiene un solo cuerno pequeño. ¿No será esa España, la moderna idólatra que cabalga hacia la Edad Media? ¿No será la espada de Francia que tan artificialmente va prolongando una monarquía desaparecida? Sí, de todo hay en esa estúpida cabeza que es la tradición en que se funda la actual existencia del monstruo. Esa cabeza es sólo un apéndice ridículo, cabeza que no desarrolló porque jamás ejerció el pensamiento. Esa cabeza insignificante no es ya un peligro para el hombre, aunque todavía se defiende a base de derramamiento de sangre.
¡Ah! pero esta otra, fuerte, gigantesca, nerviosa, que es la que asomó primero, juzgo que es la vida actual del monstruo, donde se han concentrado sus mejores defensas; por eso está provista de tres cuernos, que son en sabiduría tres espadas, tres estados, tres generales, tres ejércitos: Inglaterra, Estados Unidos y Francia.
Y así opino, amigo mío, porque habrás visto que cada cabeza estaba adornada con joyería como lo están dos que quedan. ¿Qué es la joyería sino la vanidad encarnada en reyes y déspotas gobernantes? ¿Qué son

esos gigantescos y afilados cuernos sino las temibles armas que constantemente nos amenazan?
Muchos detalles se me escapan, porque mis nervios no están templados para espectáculo tan especial; y ahora, veo lo que ya tenía previsto que sucedería: el monstruo se aleja dejando su cola una larga estela en el mar de sangre; y detrás de él van las sombras siniestras de una noche absolutamente sin estrellas.
Jamás ser humano ha visto tal negrura ni yo había sentido tal congoja en mi alma.
Pero, ¿qué me pasa?, ¿por qué no morí de terror? ¡Ah! es que el escenario y el personaje central me son conocidos. No he necesitado presentación porque antes lo vi, muy antes de ahora; pero entonces era su principio, ahora es su fin.
La alegría destruye en mi interno los efectos anteriores. Alegría porque recuerdo cuando trémulo asistí a su fiesta de triunfo, mientras que ahora asisto a mi fiesta de su derrota, de su perdición, que así fue predicha.
He quedado ciego, completamente ciego, y en mis oídos sigue como un eco, como un murmullo, lo que antes fue estruendo y gritería. ¿Quedaré así para el resto de mi vida?

XLVII
POLÉMICA

Te juro, amigo que me escuchas, que nada de lo dicho hasta aquí ha sido estudiado. Júrote que lo vi, como un día vi el sol, y la luna, y las estrellas, como he visto y oído tantas cosas. Lo vi y lo oí, y sé que mis sentidos no mintieron porque después ya no lo vi, ni lo oí, y todo eso es tan cierto como que al quedarme en el torbellino de sombras tan perfectas, revolotearon a mi alrededor aves pestilentes que no he visto; pero que oí y olí. De ellas han salido palabras que no vibraron en la alcoba, únicamente en mi cerebro.. por eso primero creí que era una, luego una que cambiaba velozmente de lugar; más tarde supe que eran dos, tres, más, muchas, que me asaltaban con insultos, amenazas, preguntas, consejos.
Querían asustarme, pretendían enloquecerme para borrar de mi mente lo que ya te relaté; pero me mantuve sereno porque comprendí que aquello era la cauda que seguía al dragón, primero empequeñecido en la distancia, finalmente perdido en las sombras.
Decidí contestar a las voces que más se imponían en el desconcierto. Dije:
-No amenaces, hermano, que si no logró romper mis fibras tu historia encarnada en el monstruo, que pronto, muy pronto, y conste que te lo advierto, perderá su última cabeza fuerte, mucho menos me atemorizarán tus palabras...
-¿Infierno? Sí, sí creo en él puesto que en él vivo. ¿No es infierno el hambre, la guerra y la ruina producto del egoísmo? ¿Quién sería tan necio de negar que esto es un infierno?... ¡Ah! ¿los demonios?, pues hombre, son ustedes que van haciendo al hombre la vida imposible; pero, demonios y todo, son ustedes mis hermanos, ¡claro que lamento mucho que lo sean, pues qué familia tengo!; pero, en fin, esa es la verdad, como lo es también que tarde o temprano abandonarán ese camino...
-¡No digas sandeces! Calixto II, papa, excomulgó al cometa Halley; sin embargo, éste continuó impertérrito, inalterado e inalterable en su eterno viaje sideral, burlándose de tan obtuso pensamiento expresado por efímera materia de la que ya ni polvo queda, y si no fuera por ese

maravilloso cometa, probablemente nadie sabría que existió Calixto II, papa…
Pues claro que no, tu excomunión sería para mi vida, lo que fue para la vida del Halley, ¿o es que no sabes que soy inmortal?...
-Claro que sí, hombre, de asesinatos está sembrada la senda por donde ustedes han caminado; pero después de todo no sería la primera vez que así cayera…
-Oye, oye, ¿no has oído lo que llevo dicho? ¿Confesarme? ¿Ante un hombre? ¿Y entonces para qué sirve mi conciencia? ¿Será él mejor que yo?
-Si creo en la comunión, ¿por qué no?... pues claro que soy razonable. El hombre comulga con Dios cuando se extasía ante la belleza de su creación, cuando en poesía eleva su alma para cantar a la flor, al amor, a las estrellas, a lo bello, a lo sublime. Si Dios es omnipresente y conocemos su presencia por las cosas creadas, como nosotros mismos, ¿no es comulgar con El, dejar atrás las pasiones y elevar el alma…?
.Sí hombre, ya sabía que no es a esa clase de comunión que te referías; pero permíteme seguir: ¿sabes cómo entiendo la excomunión?... el hombre que se embrutece con vicios y pasiones dejando por eso de ver y sentir la presencia de Dios…
-¡Vaya que son ustedes tercos! He dicho bastante para que comprendan que mi Dios es mucho más perfecto que todo eso que se dice. Sí, mucho, mucho más perfecto, tanto que en el mundo aún nadie lo comprende…
-No llega mi vanidad a tanto; tampoco yo lo comprendo; pero me doy cuenta que ustedes mucho menos, puesto que lo han idolizado a pesar de lo dicho desde tiempos inmemoriales por los enviados, ¿o es que ustedes jamás leen los libros sagrados?; ¿no saben cómo anatemizó Moisés a las idolatrías?, ¡y otro tanto podría decir de los otros profetas hasta Jesús…!
-Piensa como quieras, la verdad no se alterará; pero recuerda que se habló y anunció lo que después ha ocurrido. -Nunca; no, hermano mío, nunca fui de tu grey…
-Te equivocas, ¡digo mal!; mientes y mientes descaradamente, pues que lo digas a quienes has engañado y te siguen, pasa; pero a mí, ¡Bah! ¿crees que perdí el tiempo desde que dije lo que dije porque lo vi? ¡Esto es sólo la confirmación por las duda que pudieran haber quedado en mi alma… -¡Te repito que mientes…!
-Pues si no eres tú a quien acabo de decir, también a ti te digo que mientes. Mi maestro, mi muy querido maestro que ustedes han convertido en eje de mercado sucio, vil; ese maestro que ilumina mi camino, ese gran maestro que ustedes han convertido en bandera de inquisición y espada de cruzadas, ese maestro que ustedes jamás vieron porque estaban ciegos… ¡Un momento, que estoy hablando!, digo que ese maestro que ustedes, fanáticos y estúpidos fariseos crucificaron, ese maestro, mi maestro, fue sólo un hombre, un gran hombre movido por un espíritu muy grande…
-No, ni lo verán aún en muchos siglos… es natural hermano mío que no lo puedas ver, y te repito que te faltan siglos para que goces tal placer…
-¿Pero es que he perdido el tiempo hablando? ¿No entendiste que tu ceguera te impide verlo? ¿Cómo quieres llegar a El, a mi maestro, cuando lo ofendes a cada minuto de tu vida? ¿Cómo quieres acercarte cuando te has erigido en su representante, y, más aún, te has autodenominado infalible, cuando El jamás dijo, ni siquiera insinuó, semejante insensatez?
-Un momento, ¿a qué gloria te refieres?
-Pues claro que te lo pregunto con toda razón, porque habiendo sido tu vicario de Dios, supongo que tienes los méritos suficientes para estar en

ella y disfrutarla; sin embargo, mírate, ¡pobrecito! Eres un infeliz más negro que el carbón, parece temieras a la luz; ¿es a eso que tú llamas gloria?... -No disputen por favor, que ya bastante molesto es el ambiente para todavía soportar riñas y blasfemias. Si quieren que nos pasemos discutiendo el tiempo que me resta de esta existencia, aquí estoy muy a la orden; pero, por favor, seamos decentes una vez en la vida. -No lo niego, ustedes han levantado y derrumbado tronos; pero, ¿es eso un mérito? ¿no el trono es el sitio ideal de la vanidad, del despotismo y el vicio? ¿Dónde, pues, está el mérito de coronar reyes? -Sí, eso es lo que ustedes dicen; que los coronan en nombre de Dios, claro, del dios de ustedes, porque el verdadero Dios es completamente ajeno a semejantes enjuagues; pero yo te pregunto: ¿no sería más honroso que a los gobernantes los coronara el amor y el reconocimiento de su pueblo…? ¿Qué valor moral representan ustedes, zánganos que no saben lo que es el trabajo? ¿Ya ves? ¡La haraganería corona a la vanidad, y ésta luego hinca la rodilla. Bien estudiado, está el sainete; se hacen mutuos honores, yo diría: ridículos…
-Es que en mundos de trabajo y pensamiento libre, la coronación de los reyes sería sólo burda pantomima de marionetas… -Las cosas son según el cristal con que se miran. Si a ti te satisface haber coronado y derrumbado reyes, a mi me satisface haber despertado conciencias… -¡Quizá, quizá tengas razón! Olvidaron lo anunciado; pero a la postre lo recordarán, no te quepa la menor duda. Los tiempos están ya vencidos y pronto se sabrá quien es quién… -Sí, pero no el juicio absurdo de que ustedes han hablado. Estamos al final del camino; pero para llegar a la Tierra Prometida tenemos que librar la última batalla, la más fiera de todas, pues ya has visto, como yo, que tu dragón aún tiene dos cabezas y cuatro cuernos, tres de ellos aún temibles; pero te prometo que pronto verás cómo pierde esa penúltima cabeza para quedarle sólo una, inofensiva y ridícula, que representa una tradición caduca, envejecida, que ya va olvidando el hombre…
-No lo creo. No. Las construcciones, los edificios, los templos, quizá sobrevivan a eso que llamas fe; quizá el hombre los use como museos y a ustedes como entes raros, como antropoides del pensamiento…
-Pides fe ciega a lo desconocido e irrazonable, cuando el hombre debía tener fe en sí mismo y en su futuro… -Me sorprenden tus palabras… no eres tú quien antes hablaba; no sé quién eres. Ya comprendo que no perteneces a la iglesia; pero se ve que la apoyas, ¿no es verdad?...
-¡Eso es lo que se desprende de tu discurso!...
Volvió la voz que desde un principio hablaba y que debe de haber sido la de un papa.
-¡Otra vez amenazas! –dije protestando-. ¿Pero no saben ustedes otro lenguaje? ¿No entienden que hay elementos superiores a la fuerza…?
-Pues el pensamiento…-¡Ah! ¿tu vanidad llega a tanto? ¿Crees posible una nueva Edad Media? -Si, ya sé que en España, en Argentina, en Colombia, en fin, en muchos países se han empezado de nuevo los autos de fe en público quemando libros, ¿y eso te enorgullece?...
-Pues, según yo, debía avergonzarte… pero hombre, deja que siga hablando el que antes lo hacia, que me pareció un jefe de Estado…
Mi sorpresa fue grande cuando a mis palabras contestó una tormenta de carcajadas y majaderías. Me quedé perplejo, en espera de que el tumulto amainara.

XLVIII
RAZONEMOS

Deben haber sido muchos los espíritus que en ese instante estaban en mi pieza, y uno de ellos seguramente era gobernante de altos vuelos, según se desprendía de su manera de hablar, manera impositiva propia de militar; pero yo aún no distinguía quien pudiera ser.
La baraúnda armada por la multitud de espíritus revoltosos disminuía, y las voces entraban en reposo. Una de ellas, más vibrante que las otras que reían con mofa apenas contenida, dijo así:
-Continuemos! -¿No te avergüenza cómo te tratan? –pregunté, más adolorido yo de la burla que él-. ¿Llega a tanto tu miopía? ¿Qué defiendes que olvidas tu dignidad?
¿Larguísimo silencio reinó a mi alrededor. Luego se insinuaron de nuevo las palabras en mis oídos; pero eran vacilantes, no eran firmes. A las primeras que así se llegaron, contesté de esta manera: -Concedo, para no discutir, que tu anhelo de destrucción del comunismo sea legítimo, más aún te concedo: que sea un anhelo de toda la humanidad porque el comunismo sea el signo negativo de los valores humanos; sí, te concedo todo eso; pero lo que no te concedo es que tú, no obstante lo mucho que grandes personalidades te lo han dicho, estés pasando por alto los motivos, las razones, el porqué de la existencia del comunismo…
-Es que tengo la impresión que pretendes matar un roble arrancándole una por una de sus hojas, y, ciertamente, el otoño te dará ayuda, el invierno te hará concebir esperanzas; pero la primavera agotará tus fuerzas y el roble seguirá viviendo…
-No me acuses, que ya está bien de amenazas y excomuniones. Hablemos con sensatez: ¿Qué puede pensar el labriego cuando una gavilla de bandidos asalta su troje? Ese labriego con un puñal en el pecho y un rifle apuntándole a la cabeza, aceptará todo hasta con sonrisas; pero ándese con cuidado la gavilla, que en su próxima incursión tal vez el labriego haya vendido la camisa para comprarse una escopeta…
-Eso mismito quiero decir: ustedes son ricos, ¿quién se atrevería a negarlo?; pero eso a costa de la miseria de millones de seres humanos de todos los continentes, y en vez de devolver ustedes algo de lo robado al labriego para menguar su descontento, ponen armas en su mano, e intrigan para que se lance al asesinato contra su vecino, también labriego y victima tuya también, que es precisamente lo que has hecho al armar a Honduras y Nicaragua para que ahoguen en sangre la vida de Guatemala. Concedo que en esto hay habilidad diplomática; pero podría darse el caso que ellos, en vez de matarse, se pusieran de acuerdo y utilizaran tus armas contra ti. -No; no, hermano. El pensamiento no puede ser encarcelado ni aniquilado. Te estás precipitando por una pendiente que termina en acantilado. Si sigues por allí tu ruina es inevitable. Esos recursos de que hablas, haciendo tanto alarde, son tu suicidio y la muerte de muchos pueblos inocentes que exigirán venganza. Necesitas urgentemente entrar en reposo y meditar, para que comprendas que a un hambriento no se le puede quitar el arrebato sólo con propaganda y experimentos fantásticos. El hambre va haciendo insensible e irrazonable a los hombres, hasta que no pudiendo resistir más se produce la crisis, en que en la muerte buscan su salvación. Cuando este fenómeno ocurre aisladamente, se le llama suicidio, cuando ocurre colectivamente, se le llama: revolución.
-¿Qué por qué no hablo de Rusia? Pues mira, de eso mejor será no hablar, puesto que en México sólo sabemos lo que ustedes quieren que se sepa;

así, pues, al hablar simplemente tendría que repetir lo que ustedes dicen, pues ¿de qué otra manera lo podría hacer…?
-Permíteme, ¿cómo podría formarme un criterio justo partiendo de lo que ustedes hablan? ¿En cual de las dos Rusias debo creer, la de los días de la segunda guerra mundial que ustedes laurearon tanto, o en la Rusia actual que ustedes atacan tanto? Y ampliando el concepto, ¿ya te olvidaste de los insultos que lanzaste a los japoneses a quienes llamabas micos?; y a los alemanes ¿no los llamabas asesinos…?
-Quiero decir con esto que ahora hablas de ellos de manera tan opuesta, como lo haces de Rusia, produciendo en la mente la sensación de que no te entiendes a ti mismo, ¿cómo te entenderemos los demás?; ¿te parece muy fácil cambiar la mentalidad de la gente de un día para otro con un poco de propaganda…?
-Haciendo caso omiso de lo que los rusos, de sí mismos digan, y partiendo de tus propias palabras podría decir que: Rusia, hasta 1915, era un país miserable, corrompido, analfabeta y sin industria, y toca la casualidad que tú, en tu propaganda constantemente estás reconociendo que es ahora, a escasos cuarenta años, una potencia militar e industrial de primer orden. Aun sin tener deseo de ponerse de parte de ese país, que sólo Dios sabe cómo vivirá en lo íntimo, el hombre sincero se hace la reflexión siguiente: ¿cómo se operó el milagro fantástico, increíble, de levantarse de la nada ese pueblo para ponerse a la altura en que ahora está…?
-Te advierto que cuanto más digas contra Rusia, más amigos le das, porque solo siendo cretino se escapa la anterior reflexión…
-Y la historia se repite en China. Hace escasos diez años era aún tierra de esclavos, hambrientos, viciosos y humillados, incapaces de levantarle la voz al amo blanco. Hace diez años aún vivían con varios siglos de retraso; pero ahora, ¿qué sucede?; ¿es que por obra de magia se transforma en potencia? ¡y no te atreves a declararles la guerra como lo habrías hecho hace diez años!; ¿por qué…?
-No discuto ese punto. Tal vez efectivamente como afirmas están padeciendo hambre; pero dime, hermano, ¿podrías señalarme un solo país en el mundo que viva la abundancia y la prosperidad? ¿Siquiera tú mismo podrías ser un ejemplo de abundancia y prosperidad? ¿Y cómo podrías serlo si estás al borde de la quiebra, y para prolongar tu vida pones en quiebra a tus vecinos…? -No pretendo atacarte gratuitamente; sólo hago contestar a tus preguntas, partiendo del sentimiento general y de la opinión que debías conocer; pero que se ve que ignoras… -No grites por favor, ya lo sé; eres la super-raza del mundo, ¿quién te lo discute?; pero contesta lo que a mí me importa: ¿quién te ama…?
-Antes de seguir adelante, dime, hermano, querido, ¿no cada día vas teniendo menos amigos en quienes confiar? ¡No han huido de ti, aun aquellos que han recibido tus millonadas? ¿No los que aún servilmente te apoyan sólo buscan tus millones para poder huir cuando su pueblo se subleve contra la iniquidad…?
-¡Dices que no es verdad, luego yo miento! Hagamos un experimento, pon a tus serviles a prueba. ¡No ves que hay miles y millones que darían y dan la vida por Rusia, mientras que nadie la daría por ti? Y esa es la prueba que te pido les impongas a tus serviles: el sacrificio personal. Ya verás qué pronto rehúyen el tema. ¿Por qué? Te lo voy a decir: porque tu representas al amo que paga, y que paga con largueza la traición y el crimen, luego tus serviles son todos traidores y criminales, mas tú no representas ya ningún ideal…

¿Bah! La democracia de que tanto hablas no es ya ningún ideal. Lo fue hace siglos; pero ya no lo es más. El ser humano ha trascendido ese límite que tú, miopemente, crees el máximo que se puede conseguir; y puesto que te opones al avance, al progreso y a la evolución, estás ahora contra la humanidad y la humanidad contra ti. ¿No has visto que allí donde más amigos debías tener, es donde más enemigos tienes? ¿Crees que valen mucho dictadores odiados de su pueblo que en cualquier momento se pueden caer? ¡Me sorprende que no entiendas el lenguaje de los hechos y de la razón…!

-Por eso, porque sabía que no te gustaría la voz de las multitudes, te dije al principio que de Rusia era mejor no hablar…

-Sí, sí he tenido visitas de gente de allá, pero muy escasas. A los tuyos les gusta molestarme, a ellos no les importo nada. Una de esas visitas fue la de Abraham…

-No te admire, hablo del Abraham bíblico, el mismo que antes fue Adán, quien, después de sacudirle el sueño a la humanidad, acaba de desencarnar. Otra visita fue la de un soldado anónimo herido en la batalla de Stalingrado y que murió no por las heridas, sino congelado. Para tu asombro, te diré, según afirmó, también cayó en Nippur, siendo también soldado 20 siglos antes de la era actual…

-¡No sabes de qué hablo? Retrocede en la historia y busca en los rumbos humanos, pues porque desconoces antecedentes o los quieres desconocer es que caminas dando traspiés…

-No te he dicho que estés ciego; pero ahora que lo dices, me parece que lo estás, y si no lo quieres creer escucha lo que muchos espíritus me han confiando: rearmas al Japón, ¿crees que olvidaron su derrota? ¿Crees que no saben lo sucedido a Hiroshima y Nagasaki? ¡Y lo que es peor: siguen muriendo japoneses por tus experimentos en el Pacífico! ¿Qué probabilidades tienes de que usen tus armas contra tu enemigo, si tú en estos momentos eres, de ellos, el peor enemigo…?

-No, no es todo lo que quiero decir: armas e impulsas a Alemania hacia la guerra. ¿Pues qué no estudiaste historia? ¿Ya hiciste algo para quitarles de la cabeza que son la raza aria del mundo? ¿Ya hiciste algo para que olviden sus últimas derrotas, que en mucho son más bien batallas gloriosas? ¿Ya les arrebataste su innata inventiva de la que tanto te has aprovechado? ¿Ya hiciste algo para que dejen de ser hombres disciplinados, trabajadores e inteligentes? ¿No te das cuenta que son más inteligentes y audaces que tú? ¡Y pides el apoyo de Francia, que si te lo da tendrá muy poca o ninguna vergüenza, pues sabe de antemano que, armar a Alemania y ver a los prusianos desfilar armados frente a la torre Eiffel, es la misma cosa. Y apoyas y das armas a Italia, lo cual es echar dinero bueno al malo, pues ¿qué no ves que ese es un poder en plena decadencia, que sólo se levantará si lo hace sobre nuevas bases? ¿No viste que en la última guerra, como potencia militar valió nada? ¿Lo valdrá ahora cuando medio Italia repudia tu causa? ¿No te das cuenta que te estás ganando el odio de los pueblos, que por las armas que repartes se sienten amenazados y que acabarán por tomar esas armas para levantarse contra ti…?

-Argumento así porque acabas de decir que no estás ciego, cuando veo que vas dando tropezones y que no sabes dónde empieza y dónde termina una banqueta, ni distingues dónde termina tu derecho y empieza el ajeno; de donde resulta que pretendes tener metidas las manos en todas partes, pues tu orgullo llega al grado de creerte el dueño del mundo, de vidas y haciendas…

-Pongámonos de acuerdo al menos en un punto, ¿quieres…?
-Entiendo que lo que defiendes son tus privilegios, privilegios de buen vivir….
-Está bien, no lo repitas tanto, está bien; y el comunismo te amenaza, amenaza a tus privilegios, de no ser así el comunismo no te importaría…
-Bueno, en principio estamos de acuerdo aunque eso último que dices no es muy buen argumento, pues si lo que defiendes es la libertad humana, ¿qué sucede con España que a zancadas va retrocediendo del estado nazi totalitario a la Edad Media? Ya ves, ese argumento no es muy sólido; así, pues, sólo queda lo que acabas de decir: que defiendes tu derecho a vivir; y cualquiera diría que tienes razón, yo mismo lo diría; pero tal vez varíe mi opinión si no contestas sincera y satisfactoriamente a unas cuantas preguntas…
-Pues hombre, unas cuantas tomadas al azar, por ejemplo: ¿la riqueza arrebatada a otros pueblos la disfrutan real y verdaderamente todos los ciudadanos americanos…?
-Quiero decir: que al hablar de privilegios no te has referido a todo tu país, sino concretamente a un limitado sector del país y que el resto de los ciudadanos viven tan en la miseria, como aquellos que fueron despojados; esto es, que repitiendo a los labriegos tú tienes muchos resentidos dentro de tus fronteras y, cuídate, son los más temibles, te pueden dar un susto…
.¡Ah! ¿Quieres otras preguntas?, pues mira; ¿qué diferencia fundamental existe entre los Estados Unidos de hoy y la Alemania de Hitler? ¡No me contestes si no lo haces sinceramente!
-¿Llamas libertad a lo que ahora viven ustedes? ¿Pero tú realmente lo crees? Me sorprende, pues supongo que lo estás diciendo de buena fe…
-¡Ah! vamos, ya está la excepción que yo llamaría apropiadamente el pretexto…
-Me alegro te inquiete mi charla, y va otra pregunta: ¿Crees que está bien la discriminación racial en tu país? ¿No has leído con detenimiento tu biblia? ¿Cuál es la diferencia ante Dios entre un negro y un blanco, entre un yanqui y un latino o un indígena latinoamericano? Son ustedes los yanquis más que Dios…?
¿No está clara mi pregunta? Si para Dios los hombres son iguales, ¿por qué no lo son para ustedes? -Bueno, pues entonces bota a la basura tu biblia y atente a la tradición y a las costumbres; pero sé sincero contigo mismo, y confiésate que de tus males el más culpable eres tú y que el comunismo es sólo aliado de tus víctimas, no importa en qué punto geográfico de la Tierra se encuentren…
-No, la lista de interrogantes es interminable, pues te podría preguntar cómo es posible que exijas cooperación de los países de la América, cuando les niegas hasta el derecho de mandarse solos. Les niegas el derecho de vender al mejor postor, para obligarlos a que te vendan a precio de hambre. Les niegas el derecho a ser independientes y les exiges acepten tu coloniaje… -No niego incultura y todo lo que dices; pero debes reconocer que de allí nace el resentimiento haciendo grietas en tu muro, por donde se cuela la rebeldía que luego tú llamas comunismo… -¿Te atreves a decir que miento…?
-Si, ya lo sé; pero lo que les ofreces son armas y lo que necesitan son herramientas…
Sólo al principio se nos dejó dialogar sin interrupciones; pronto empezaron los murmullos y las protestas sordas, que al llegar a este punto se transformaron en protesta abierta cuando una voz encolerizada dijo: -Ya está bien de cuento, que otros queremos también hablar.

Y otra voz protestó: -Quién lleva encima el peso de nuestra espada, tiene pleno derecho a tomarse el tiempo que le agrade. Y otro arrebató la palabra diciendo con desdén:
-Quien da el pensamiento que mueve el brazo que lleva la espada, tiene aún más derecho porque es el representante divino, y todos deben callar cuando él quiera hablar.
-¡A callar todos, mentecatos, que aquí quien ordena soy yo y el que está hablando lo hace con mi venia. Volvió el murmullo de protesta sorda. Allí mismo se estaba mirando la descomposición y el desorden. Así sucede entre los espíritus de baja categoría: entre ellos hay sólo jerarquías de mando, no de pensamiento, y todos se creen con derecho a ser el primer jerarca. En fin, en medio de ese principio de tormenta siguió nuestro diálogo. Yo contesté a las primeras palabras. ¿Qué importancia tiene que deje o que borre tu nombre? ¿Altera eso la historia?... -Está bien, está bien, si eso te hace feliz lo borraré; pero te advierto que de lo demás dejaré constancia… -¿No te basta mi promesa? ¿No prometí volver para confirmar y lo estoy haciendo a pesar de los siglos…? -Detrás de tus palabras hay ironía…
-Jamás me tomaste en serio, ¿cómo es que hoy pides lea en el libro de la vida el porvenir de tu pueblo?, ¿te sientes inquieto?, ¿crees que a voluntad cualquiera lo puede hacer?
-Sabes que, ayer como hoy, sólo se puede hablar por voluntad de quien puede más que tú… y no digo nada de mí, porque sólo soy un siervo… -Pides, y me es dado leer el futuro de tu vida porque el libro me ha sido traído; luego en justicia está que sepas que cabalgas en tres de los caballos apocalípticos; el amarillo que es la peste, el rojo que es la guerra y el negro que es la muerte… -No lo creas si te asusta; pero lo pediste, y ahora escucha: Italia tuvo su gloria en Roma; pero entró en decadencia y ahora asistimos a su transformación. Grecia tuvo su gloria en Atenas; pero los dioses la hundieron en decadencia y finalmente murió. Francia tuvo su gloria, entró también en decadencia y ahora, como Italia, asistimos a su transformación. Inglaterra tuvo su gloria, está ahora en decadencia y de ahí pasará a la muerte, como Grecia. Estados Unidos tuvo una meteórica gloria pasada, puesto que no fue de su propia civilización; por eso no tendrá decadencia, su derrumbe será vertical…
-No lo propuse yo, lo pediste tú; y es eso lo que dice el libro de la vida, no lo digo yo…
-No lo creas, si supones que con eso vivirás feliz; pero te advierto que te engañas solo, y que el despertar te hará sufrir… -Es que has escogido precisamente el camino contrario a la luz y por él te precipitas a velocidad que solo tú ignoras; los demás, todos, la vemos…
Ya era imposible seguir hablando, las protestas iban en aumento cada vez en voz más alta.
El cantar de un gallo lejano me hizo comprender que las estrellas se estaban diluyendo en la luz del sol. Mi ceguera, consecuencia de la intensa y quemante luz azul eléctrico de unas horas antes, iba desapareciendo. La noche se había anclado en el pasado, dando lugar a un amanecer risueño. Pronto sería el día, símbolo de vida.
Con las sombras huyen las alimañas, y yo estaba deseando que esta vez también huyeran, pues aún estaba en mi ser algo de terror apenas contenido la noche anterior. Lamentablemente, los espíritus revoltosos parece que querían enloquecerme.

IL

¿Roma, tu nombre es: destrucción! Lo digo yo, que puse tus primeras piedras cuando fui Tarquino. Puesto que no me dejáis dormir ni descansar, sombras de las sombras que en torbellino os agitáis a mi alrededor, puesto que queréis atormentarme con vuestra pestilencia, puesto que para vosotros no existe el honor ni el decoro, ni el sentimiento, ni el saber, ni el trabajo, sabed lo que dice la voz que de arriba baja:

-¡Roma, tu nombre es: fornicación! Así hablé, aparentemente a solas, aquel amanecer de infierno en que tantas sombras en torbellino se agitaban en mi alcoba, haciendo crujir la madera del piso viejo y las vigas apolilladas de mi techo.

Y para sacudirme a tan molestos insectos, los increpaba; por eso dije: -¡Roma, tu nombre es: la Gran Babilonia! No los veía, sólo los oía y olía Todo lo que queda en el mundo de oscurantismo, parecía haberse dado cita a mi alrededor para aniquilarme; pero yo, consciente de lo que sucedía, con palabras me defendí; por eso con energía dije:

-¡Roma, tu nombre es: Iniquidad! Y a estas palabras contestaban blasfemias y tormenta en las sombras, que al chocar producían rasgaduras eléctricas. Querían infundirme pavor; pero con energía que no es mía, me mantuve sereno y afirmé:

-¡Roma, tu nombre es: Vanidad! Dije así, resuelto, sabiendo que si en ese instante moría, moriría una vez más diciendo la verdad.

-¡Roma, tu nombre es: Muerte! ¡Nada de esto lo digo yo, lo dice el libro donde se registran los destinos y las vidas. El clamor soez a gritos protestaba ensordeciendo mis oídos. Traté de imponerme en el tumulto gritando: ¡Roma, tu nombre es: Mentira!

A pesar de todo, mi voz se imponía en el desconcierto que aumentaba incontenible. Ya las maderas de mi piso y muebles crepitaban como estando presas de incendio. Sabía que tenía la razón, por eso me mantuve sereno. Una voz se impuso con estruendo sobre el torbellino que luego entró en relativo silencio, y a esa voz contesté de la siguiente manera:

-Bienaventurado el que entendió las palabras de la profecía porque él entenderá lo nueve que se escriba. He dicho antes que sólo repetía lo dicho por la voz que de arriba baja, y ahora afirma que Roma es lo que es, y nadie la salvará del juicio que ya la ha condenado a perdición, y la sentencia se cumple minuto a minuto. Todas las armas del mundo no bastarán para adormecer de nuevo las conciencias ni para amedrantar a quienes anhelan venganza. No pidas piedad, Roma, que nunca la supiste dar. No llores, que eso está mal en una prostituta; no clames justicia, que sólo injusticia supiste aplicar; no vendas más milagrería, que todo el oro junto del mundo no te rehabilitará. Y arrastrarás contigo a perdición a todo el que contigo fornica, porque estás ya sentenciada y se hace reo de rebeldía a la ley, quien contra la ley se levanta en tu defensa. Los hombres de pensamiento claro te han abandonado, Roma, y sólo queda a tu alrededor la perfidia y la ignorancia que, a su vez, fueron ya condenadas por la ley; condenadas no tanto por sus propios delitos, sino por su alianza contigo, Roma, que pronto, muy pronto, vas a desaparecer. ¿No viste que la mujer otrora vestida de grana desapareció ya? ¿No viste que tu símbolo, número 666 encarnado en un dragón está en proceso de destrucción? ¿Y no es el dragón la representación animal de la tierra de los siete montes? ¿Dónde quedará el dragón y dónde quedarás tú, Roma, cuando se hundan los siete montes? ¿No oyes que la Tierra ya ruge, hablando por todos lo que no hablaron?

¿No crees que la Tierra pronto se cobrará diente por diente? ¡Ah! el Vesubio y Sicilia pronto de harán entender su lenguaje, Roma pagana, idólatra, blasfema.
No pude seguir hablando, porque el descontento entre las sombras fue tal que mi cama empezó a bailotear. Oí voces confusas por la gritería, y a lo que creí entender de esas voces, contesté: -La bestia que ustedes y yo hemos visto, fue: sin haber sido antes, y ya no es. Subió al abismo y arrastró al mundo a la perdición. Y los moradores de la Tierra, cuyos nombres no están escritos en el libro de la vida desde la fundación del mundo, por haber llegado después a él se han maravillado viendo a tal bestia, que ha sido y no es, aunque es…
Voces claras a mi oído me obligaron a contestar:
-Entiendes más de lo que digo, puesto que escrito para el hombre quedó, qué país de siete montes daría asiento a la mujer prostituta que montaba sobre la bestia; pero que lo has visto, de ella sólo ha quedado la pestilencia de su fornicación… -¿Más claro quieres mi pensamiento…?
-Pues oíd, que por mí no quedará una duda. Grecia se hundía en el fango del oscurantismo idólatra y pagano, cuando los hombres de elevado pensamiento huyeron en busca de amplios horizontes; y ellos fueron visto llegar, desde lo alto de cada una de las siete colinas que después el mundo ha llamado Roma. Ahí se dictaron, por los espíritus de aquellos hombres que de Grecia huyeron, las leyes civiles para un largo devenir, y se puso ejemplo de cómo se debía vivir. Y quienes así hicieron, fueron los que por recién llegados de otro mundo no estaban registrados sus nombres en el libro de la vida desde la fundación del mundo… Así, pues, los nativos inteligentes y los recién llegados fueron quienes intentaron sacar al mundo del caos hasta entonces existente… -Me alegro me haya entendido, y mayor es tu pecado, más propiamente llamado delito, si a pesar de ello insistes en pensar como lo haces…
-No hablo para que rectifiques el último momento, que al fin eso nada te valdrá; hablo para que sepas, si no lo sabes, lo que deberías saber…
-Sabes, porque se dijo bastante claro, que sobre esos siete montes se sentaría la mujer asesina; y cuando esto se habló, se supuso que los siete reyes eran los que fueron reyes en esas colinas que con el andar del tiempo se constituyeron en ciudad maldita. Pero grande es el error, porque la bestia y la mujer sobre la bestia no tomaron asiento sino hasta siglos después de haberse fundado Roma y de haberse predicho. No necesitas saber leer en el futuro para entender estas cosas, te bastará saber leer en el pasado…
-Insistir, sabiendo que se defiende el absurdo, no salvará tu vida. Escucha y calla; y te ruego que después releas lo escrito, que al fin guardas los originales en tu archivo. Después de señalar a los reyes y poderes que ayudarían en la imposición de la bestia se dijo: "…el otro aún no es venido, y cuando viniere es necesario que dure breve tiempo…"
-Me alegra que lo sepas y me sorprende que ignores a quién debe aplicarse en la hora actual. Esas palabras se refieren a Estados Unidos, que entonces aún no era, que ahora es; pero que será sólo por breve tiempo… -Si todo lo dicho se ha cumplido, ¿fallará la regla en el punto final…? -Me pediste que hablara, y estoy hablando. ¿Qué por qué no se habló más claro? ¡Por qué cuando se habla del pasado se citan lugares y nombres para la razón del hombre. Cuando se habla del futuro se habla para el alma del hombre. Y porque no se entendió, lo dicho, es que estoy aquí contestando a tus preguntas.

-No hay nada casual en la acción de los que trabajan por sacar al hombre del caos. No hay nada casual, todo fue previsto y dicho en debida oportunidad por boca de heraldos. Recuerda que se dijo: necesario es que otra vez profetices a muchos pueblos, y gentes y lugares y reyes... ¿Negarás que eso se viene cumpliendo al pie de la letra?
-Me sorprende cuando dices que no eres rey, pues por la forma como hablas lo pareces...
-Puedo hacerlo, hermano mío. Puedo hacerlo, porque para eso estoy aquí. Preguntas qué es el octavo, que es también de los siete y que va a perdición ¿Qué cómo puede ser uno de los siete caídos el octavo? Porque después de muerto se rehízo, y eso, solamente conociendo del espíritu se entenderá Babilonia, una de las siete cabezas, uno de los siete reyes que dieron vida al monstruo, murió, pero renació en Roma; por eso Babilonia dejó de ser y volvió a ser, llamándola para entenderse: Babilonia la Grande que ahora va a perdición...
-¿Preguntas quiénes fueron los diez reyes que armaron las cabezas de la bestia? ¿Y no lo sabes tú, que fuiste cabeza en las cruzadas? Ya lo ves, también aquí se predijo correcto cuando se dijo que aún no tomaban reino; pero que lo tomarían por una hora, como fue...
-No me comprendes, porque no te da la gana comprender...
-Es falso... sí, falso de toda falsedad... Es falso que las cruzadas hayan ido en defensa del cordero, como es falso que la Inquisición haya sido inspiración del único y verdadero Dios Creador... -No lo aceptes si eso te satisface; pero la verdad es la verdad, y ya has visto que la tan fantástica y temible bestia se ha ido destruyendo sola, porque en sí lleva el germen de su destrucción; y eso es lo mismo que decir que el Cordero está venciendo, puesto que la razón ya penetra en lo que por siglos fueron dogmas...
-No, hermano, no me siento molesto; antes por el contrario, muy a gusto de haber encontrado quien razone a pesar de sus prejuicios...
-Con mucho gusto contestaré... Las aguas como sangre que hemos visto y que son aquellas donde la ramera se sienta, han sido los pueblos y muchedumbres, y naciones y lenguas, que aceptaron por buena tu religión impía, religión de la vanidad, del despotismo y del orgullo, que nunca, ni siquiera en su origen, ha tenido nada que ver con Dios...
-Es tal como lo digo, y si no lo aceptas como explicación de lo sucedido, ¿por qué aceptaste lo que dije cuando empecé a hablar, al grado de convertirlo en sagrado sin haberlo sido?
-No importa tu escepticismo, iré contigo a donde me lleves. Repetiré: la mujer dejada por la bestia de las siete cabezas, es la grande ciudad que tiene reino sobre los reyes de la Tierra. ¿Qué ciudad crees que sea?...
.Vaya, te muestras sincero al opinar que es Roma, pues hasta el nombre de mujer lleva y reina sobre con ropa color purpura, ropa de mujer, el primer jerarca viste como mujer y es cargado en andas como mujer; así, pues, estamos de acuerdo; pero descubro en tus palabras la satisfacción cuando dices que reina sobre reyes... Mi sorpresa fue grande cuando escuché lo que aquella voz de un espíritu invisible me decía, y sorprendido le contesté:
-¿Eres cardenal y tu nombre es Spellman? Sólo tu nombre ignoraba, el resto ya me lo imaginaba; y debo decirte aunque no me creas, que como hombre quizá algo vales; pero como espíritu estás ya en la lista de los que sufrirán la segunda muerte, de los que en la próxima desencarnación pasarán a vivir en mundos inferiores más a tono con tus costumbres...

-No, ya no puedes hablar de tu grandeza si quieres hacerlo en futuro, sino cuando más en un relativo presente, y sólo en ese relativo presente causarán efecto tus palabras en país que conviene que viva solo en breve tiempo como sucederá con Estados Unidos. No en balde la ley hizo en tiempo, que ese pueblo leyera lo que debía leer, pues, ahora, ¿cómo alegará ignorancia al ser interrogado? -No hablo para convencerte, puesto que habiendo hablado hace tanto tiempo no convencí a nadie, y aunque lo dicho no fue mío, harto me duelo la indiferencia; y puesto que me rodea el silencio y supongo que algunos me escuchan, hablaré en pasado lo que otrora dijera en futuro: "Caída es la gran Babilonia, y es hecha habitación de demonios, y guarida de todo espíritu inmundo, y albergue de todas las aves sucias y aborrecibles. Porque todas las gentes han bebido el vino del furor de su fornicación; y los reyes de la Tierra han fornicado con ella, y los mercaderes de la Tierra se han enriquecido de la potencia de sus deleites.
Y oí entonces otra voz del cielo que decía: salid de ella, pueblo mío, porque no seáis participantes de sus pecados y que no recibáis de sus plagas; porque sus pecados han llegado hasta el cielo, y Dios se ha acordado de sus maldades. Tornadle a dar como ella ha dado, pagad lo doble según sus obras; en el cáliz que ella os dio a beber, dadle a beber doblado. Cuando ella se ha glorificado y ha estado en deleites, tanto dadle de tormento y llanto; porque dice en su corazón: yo estoy sentada reina, y no verá llanto. Por lo cual en un día vendrán sus plagas, muertes, llanto y hambre, y será quemada con fuego, porque el señor Dios es fuerte que la juzgará. Y llorarán y se lamentarán sobre ella los reyes de la Tierra, los cuales han fornicado con ella y han vivido en deleites, cuando ellos vieren el humo de su incendio estando lejos por el temor de su tormento, diciendo: ¡Ay, ay de aquella gran ciudad de Babilonia, aquella fuerte ciudad; porque en una hora vino tu juicio! Y los mercaderes de la Tierra llorarán y se lamentarán sobre ella, porque ninguno compra más sus mercaderías: mercaderías de oro, y de plata y de piedras preciosas, y de margaritas, y de lino fino, y de escarlata, y de seda, y de grana y de toda madera olorosa, y de todo vaso de marfil y de todo vaso de madera preciosa, y de cobre, y de hierro, y de marfil; y canela, y olores y ungüentos, y de incienso y de vino, y de aceites y flor de harina y trigo, y de bestias, y de ovejas; y de caballos y de carros, y de siervos y de almas de hombres.
Los mercaderes de esas cosas que se han enriquecidos, se pondrán lejos de ella por el temor de su tormento, llorando y lamentando, y diciendo: ¿Ay, ay, aquella gran ciudad, que estaba vestida de lino fino, y de escarlata, y de grana y estaba doraba con oro, y adornada de piedras preciosas y de perlas! Porque en una hora han sido desoladas tantas riquezas. Y todo patrón, y todos los que viajaban en naves, y marineros, y todos los que trabajaban en el mar se estuvieron lejos. Y viendo el humo de su incendio dieron voces diciendo: ¿qué ciudad era semejante a esta gran ciudad? Y echarán polvo sobre sus cabezas y darán voces, llorando y lamentando, diciendo: ¡Ay, ay, de aquella gran ciudad, en la cual todos los que tenían navíos en el mar se habían enriquecido de sus riquezas; que en una hora ha sido desolada"…
Tal dije en los tiempos idos sin auxilio de libro alguno, sólo repitiendo la voz que de arriba baja. Tal dije y digo, según tengo grabado en el alma.
Y el silencio, quizá precursor de trágica tormenta, reinó a mi alrededor. Sé que nadie estaba convencido, porque el convencimiento es producto de trabajo y evolución; pero al menos había logrado hacer pensar a quienes permanecieran cerca y, para mi objetivo, con eso era bastante. La idea no es profetizar en el último minuto para el último segundo, pues lo que había

que hablar, está ya hablado. No, la idea es recordar, y quienes recuerdan que se burlaron de lo anunciado, son los que guardan silencio inquieto. Los otros, simplemente no comprenden, porque en la gradación del progreso están todavía muy abajo.
Así, reinando la expectación de mi alcoba, expectación de misterio, volvieron a mi oído las ideas ajenas que preguntaban qué quise decir cuando me referí al incendio, y qué cuando al mar fue arrojada grande piedra de molino; y para satisfacer a quien con temblor en los labios preguntaba, dije, tal cual ahora escribo:
-Hermano mío, el pueblo de la actual Italia quiere arrojar de sí la culpa que como espíritus no en todos está. Saben los espíritus que lo hablado ya se está cumpliendo y no quieren ser cómplices de la ramera, para que no sean juzgados de lo que ella es única culpable. Y en estos momentos vive toda Italia en peligroso equilibrio sobre un alambre electrizado. ¿Se precipitará toda Italia en el abismo, en seguimiento de Roma? ¡No, que yo sepa! Lo que fue escrito ahora se explica: se incendiará pronto, muy pronto la nación entera, levantándose los justos contra los mercaderes; pero no será por mano de hombre que Roma sucumbirá, pues compete a la ley tal asunto, y está ya escrito su destino que cumplirá el Tíber. Y así llorarán los mercaderes la pérdida de su riqueza, y los justos, con la antorcha de la libertad encendida en la mano, harán sufrir el doble a la ramera, y el Vaticano se hundirá en las aguas como piedra de molino. Se dijo molino, porque molino de conciencias ha sido el Vaticano.
Volvió a mi alrededor el silencio imponente, inquieto, angustioso, pues nadie se atrevió a pensar en voz alta que yo mentía. Mis palabras horadaban en el muro negro de aquellas almas, sombras de sombras, y es que el espíritu en el espacio ve y razona las cosas de distinta manera. Creí escuchar la muy débil interrogación de si algún país intentaría ayudar a la ramera de Italia, contra el pueblo de Italia, y he contestado así:
-Lo está haciendo ya Estados Unidos, según queda dicho; mas anhelo que no persista en su loco intento de desafiar los altos juicios. Lo anhelo porque el pueblo yanqui ha empezado a pagar y seguirá pagando el error de sus gobernantes. Consulta, pueblo yanqui, tu libro sagrado, para que veas que no miento y que los que te guían te llevan rumbo al exterminio. Nadie debe meter las manos en Italia, porque ese pueblo, en la lucha que será sangrienta, busca su salvación al dar cumplimiento integro a la profecía, que no fue voz de hombre sino voz del más allá. Anhelo que Estado Unidos, el país de los mercaderes, despierte de la embriaguez en que vive, y tú, cardenal Spellman, en el último minuto puedes ayudar en ello, para que tome por el camino de la razón y renuncie a formar un ejército de doscientos millones de hombres, que convertirían el agua del mar en mar de sangre…
Guardé silencio por un instante; y, como no oyera voz alguna, seguí diciendo de esta manera:
-Grandes son ya tus culpas, coloso del Norte, culpas que crecerán si pretendes levantarte contra lo escrito en el libro de la vida, que pasarán los hombres y el mundo, y los soles, pero la palabra de Dios no pasará. Buscas sobre el mundo hombres que te sigan como ejército armado, cuando debías buscar un poco de amor en los pueblos que te odian. Europa junta, Asia junta, América junta y todo tu dinero junto no te darán los doscientos millones de hombres que buscas para ensangrentar el planeta. Mas algunos cobardes, tiranos y avaros, todos buscadores de oro, alentarán tus propósitos y te darán esperanzas; pero míralos bien, Coloso del Norte, que ellos son a su vez odiados de su pueblo. ¿Qué respaldo

humano te podrán dar? No quise esperar oír voces. Sabía que multitud de espíritus me acompañaban, pues los muebles y mi piso crujían. La pestilencia se mantenía intensa y el ambiente era por momentos más pesado. Y puesto que alguien me escuchaba, decidí llevar adelante lo que aún me faltaba por argumentar:

-Cuando estas palabras te lleguen, ¡oh! vanidoso pueblo de Norte América, sabrás, porque tu conciencia te lo dirá, que tienes en la mano la pluma para firmar con sangre tu sentencia. Y no importa de qué lado te coloques en esta vorágine de pasiones de la hora actual; de todas suertes caerás en la ruina, porque es ley del talión que pagues por lo que hiciste a tus semejantes; mas la deuda puede no crecer más, si te resuelves por el camino de la justicia abandonando causas malas y perdidas. Repito que breve será tu historia, ¡detente en el último centímetro del abismo! Si lo deseas aún puedes morir con honra, lejos de la horca...

Voces agitadas, molestas, insultantes, impacientes, se atropellaron, y de ellas saqué lo que ahora es mi respuesta:

-¿Qué cómo puedes hacer eso, preguntas tú que hablas en nombre de ese pueblo...?

-Te contesto, hermano querido, que pareces sufrir porque según veo no ignoras tu destino. Te doy la fórmula para que conquistes la honra con podrías morir: ¡deja a los pueblos que se gobiernen solos, pues es la hora del recuento y cada cual quiere mostrar un saldo bueno. Tu intervención en nada ayudará a los moribundos, antes los harás mal morir y eso será una culpa más que manchará tu rostro. ¡Cómo! ¿Te presentarás así, con cieno en la frente cuando tendrás que rendir cuentas? ¡Oh! pueblo de América del Norte, tú que has leído la versión moderna de las antiguas escrituras, tú que conoces la biblia sin entender sus renglones, vuelve a leerla y mira entre líneas, aprende a entender el pensamiento antiguo; pero siempre presente, aprende a leer para que sepas lo que se escribió de ti. Y si a pesar de ello insistes en querer sostener erecta la última cabeza de la bestia, confórmate desde ahora y no mañana digas ¡ay!, ¡ay...!

Preguntóme una voz si la piedra de molino lanzada al agua fue un simbolismo y yo contesté de esta manera:

-Hace veinte siglos se advirtió que la sangre humana mancharía el Tíber, y no hay nada más cierto que eso: en abundancia ha sucedido. Es por lo que tanto justa la luz, cuando señala que en esas propias aguas del Tíber deben morir quienes hicieron del mundo un patíbulo. ¡Oh! insensatos, he visto cuando la casa de la ramera se construía a la orilla del Tíber. Mas tarde he ido a sus cimientos, y de cierto te digo, a ti que preguntas sin que yo te vea, que poco, muy poco les falta para dejar de ser cimientos y al Vaticano para dejar de ser Vaticano; porque se hundirá en el agua como piedra de molino. Inútil la técnica moderna, que tendría que ser bastante buena para destruir la historia y borrar la sentencia.

Quienes me rodeaban guardaron tal silencio, que se surgieron la idea de continuar. No creo que se estuvieran burlando de mis palabras; es que ellos saben de sobra que, a medida que los déspotas mueren, expulsados son del mundo Tierra. Y si no comprenden muy exactamente las razones, por lo menos les ocurre lo que al criminal empedernido: no entiende el código penal, pero siente las penas que el código impone. Contesté a unas pocas preguntas:

-Si eso fuera todo lo que se puede decir, sería poco puesto que un país en guerra es cosa normal en nuestros días; y un edificio que se hunde, es también normal y frecuente; mas hay que saber que cuando esto ocurra,

será la víspera del cambio de la faz del mundo; porque será cuando del cielo se desprenda la estrella anunciada y entonces se trastornarán los países, las lenguas y los continentes, tal como se asentó en el sexto sello, y como más recientemente, al levantar la cortina, se ha dejado el detalle, sobreviviendo sólo aquellos que por sus méritos lo merecen. Y si para entonces el pueblo itálico ya ha ajustado sus viejas cuentas con la bestia y la ramera, que sin ser fue, sobrevivirá a la estrella Ajenjo para levantar sobre las ruinas de la vergüenza el nuevo tribunal, tantos siglos atrás interrumpido en su trabajo. Y vendrán nuevas y vigorosas leyes de amor y trabajo, de equidad y justicia; pero ¡ay! si el temor a la vana maldición y a las armas llegadas de afuera los detiene, si el terror al dios sanguinario paraliza los brazos y los hace retroceder; su destino, entonces, es la ruina...

-Tiene en las manos ese pueblo italiano, la antorcha de la libertad que ojalá pronto sea encendida para que dé luz a la humanidad. Nadie en estos momentos más responsable que Italia. Nadie como Italia tiene en las manos el destino humano. Nadie la substituirá. La sangre italiana borrará la vergüenza de la humanidad, o desaparecerá con el motivo de la vergüenza... -Levantaránse reyes cretinos en apoyo de la ramera; pero... ¿alguien borró lo escrito?; ¿alguien borrará este escrito?

-Mil años de cadenas esperan a la mentira, que cuando sea suelta nadie la creerá, y será el ridículo de la historia... -Roma, te prometo que en mil años más nos volveremos a ver: yo para reírme de ti, tú para llorar tu vergüenza viviendo en el olvido. Roma, de ti me despido, tu nombre es: Destrucción... Languidecían las palabras, haciendo pensar que serían las últimas de aquel hombre lisiado, quien acababa de entregar un paquete de papeles escritos a mano, desparpajados, arrugados muchos, ilegibles algunos.

El rostro demacrado y terroso, con el pelo lacio sobre la frente, estaba hundido en la sucia almohada, semicubierto por el cobertor deshilachado y áspero.

Su respiración era tan débil, que parecía estar ya muerto.

Sus últimas palabras habían sido: -Sé que con estos ojos no veré esas letras estampadas con molde... mas, eso, ¿qué importancia tiene?

Quedose el visitante de pie, con el paquete en las manos, sin saber que hacer. La llorosa anciana que lo observaba, dijo: -Ya tiene usted en las manos la única huella que él deja de su vida, ahora creo que debemos salir, pues su emoción ha sido fuerte.

Abandonó la casa el visitante haciendo rechinar la escalera de madera. Ya en el patio, el vecindario lo miraba con curiosidad interrogante. De no muy lejos llegaban las campanadas que llamaban al rosario, confundidas con las estridencias de una sinfonola cercana.

En suspenso termina este libro; pero no el asunto, pues mientras el lisiado que ya huye de la vida, viva, mucho tendremos que oír de sus labios y, más aún, que leer en sus papeles.

INDICE